

Selecta

Esteffany Florian Mariano



**VOLVER
A EMPEZAR**

BILOGÍA SEGUNDAS OPORTUNIDADES 2

Volver a empezar
Biología Segundas oportunidades 2
Esteffany Florian Mariano

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Narra Tereza

—Señora Roberts, el señor Paterson se encuentra aquí —dice Johanna al entrar en mi oficina—. ¿Desea que lo haga pasar? —me pregunta.

—No. Enseguida salgo. Iremos a almorzar —informo mientras apago el computador.

—Ya le aviso —musita para luego retirarse.

Termino de recoger unos papeles que se encuentran esparcidos sobre mi escritorio, me levanto de la silla y tomo mi bolso para dirigirme hacia la puerta. Al salir al pasillo me encuentro a William en una de las sillas de la recepción, ojea una revista con aires de aburrimiento.

—Nos vamos. —Hago que levante la vista de la revista que observaba y me dedica una cálida sonrisa—. ¡Tengo tanta hambre que sería capaz de comerme un restaurante entero! —exclamo, no dudo en llevar mi mano hacia mi enorme panza.

Él solo se limita a reír con fuerza.

—Con lo que te he visto comer estos últimos meses, no lo dudaría —ironiza acercándose a mí, para luego besar mi mejilla—. ¿Cómo están?

De manera inconsciente acaricio mi barriga con una sonrisa embobada.

Ocho meses han pasado desde que el doctor me comentó lo del embarazo. Al principio las cosas no fueron para nada fáciles. La noticia me tomó por sorpresa, me aterró como nunca lo hubiera hecho en mi vida. Un miedo indescriptible se apoderó de mí.

Un bebé. Un bebé que nacería sin su padre. ¡*Edward!* No existía un solo momento en el que lograra sacarlo de mi cabeza, simplemente no podía, no quería.

Suena masoquista de mi parte y sé que lo es, pero cada vez que recuerdo aquel momento en mi oficina, la decepción en su rostro, la desilusión, me siento desfallecer, no puedo evitar llorar al ser consciente del daño que le provoqué.

Solo deseo que sea feliz y que algún día pueda volver encontrarlo, que me pueda perdonar, sobre todo que pueda conocer a su hija, a ese ser maravilloso que crece dentro de mí, y que no tiene culpa de los errores y malas decisiones de sus padres. Tengo la esperanza de que algún día Edward pueda escuchar a su hija llamarlo papá.

Quizá se pregunten, ¿por qué no lo busco para decirle que va a ser padre? La respuesta es mucho más fácil de lo que se imaginan. Hay dos razones simples, la primera: que ya lo intenté.

Cuando me enteré de lo del embarazo entré en una depresión profunda. Clara, como buena amiga y excelente consejera, una vez más me ayudó a salir adelante, claro que en esta ocasión con refuerzos. Bertha y William. De eso les cuento más adelante.

Aún recuerdo aquel día específico en el que me hizo abrir los ojos.

«-Ya estoy cansada de esta situación. —Me arranca la sábana del cuerpo. Estamos en mi habitación de la que no había salido desde que supe del embarazo, es decir, aproximadamente dos semanas—. Créeme que, si fuera por ti, no te estaría insistiendo para que te levantes de esa cama. Te estás comportando como una niña, Tereza.

—Pues entonces vete y déjame en paz —grito de vuelta.

—Ganas no me hacen falta. Estás siendo muy egoísta. —Hace que me enoje más.

—Egoísta. Dice que estoy siendo egoísta. —Río sin ganas—. Estoy en esta situación por pensar en alguien más, y tú me dices egoísta.

—Primero, te me calmas que eso no le hace bien al bebé —me regaña—. Segundo, si lo dices por lo de Edward, sí, fuiste egoísta, porque decidiste por él sin tomar en cuenta su opinión. Eso

es ser egoísta y lo estás volviendo hacer, ¿es que no te das cuenta! ¡Estás esperando un bebé! Y en vez de estar cuidándote para que nazca sano y fuerte, ¿estás aquí encerrada! No te estás alimentando bien, no te has tomado las pastillas que el médico indicó, y te pasas todo el día llorando. No sé lo que para ti eso signifique, pero para mí, ¿eso es egoísmo! Porque solo estás pensando en ti, en tu dolor, olvidándote de todo, incluso de un niño que no tiene la culpa de haber sido concebido en medio de una gran tormenta».

Después de ese episodio comprendí que mi vida debe volver a su cauce, girar en torno a una sola cosa, en este caso a una sola persona. A mi bebé. Mi misión consistiría en que fuera feliz. Es por eso que luego de que me enteré que iba a tener una niña, busqué la forma de comunicarme con su padre, porque tanto ella como él merecían conocerse, merecían ser feliz.

Lamentablemente, con la única persona que pude comunicarme fue con Ross; al contestar el teléfono, me pidió que me alejara de su hermano, que no lo llamara, que él encontró con quién sustituirme. ¿Dolió? Por supuesto que dolió. Es por eso que al principio pensé que tal vez era una forma de vengarse de mí por lo que yo le hice a su hermano. Entendí su enojo, pero también lo sufrí. Sin embargo, al parecer, sí era cierto. Es lo que William me confirmó. ¿Cómo William sabía aquello? Su hijo decidió irse a Inglaterra a estudiar, no quería separarse de Ross. Fue así como se enteró, su hijo le informó.

La única tranquilidad que me queda es saber que al menos la pequeña Ross es feliz con la persona que ama, al igual que Edward, aunque esa persona no sea yo.

La segunda razón por la que no seguí insistiendo es la misma que me llevó a separarme de él. No quería que en un futuro próximo Edward me culpara de haber arruinado sus sueños, pero tampoco que me odiara. Fue por eso que insistí. No obstante, sin ningún resultado favorable.

—¿En serio piensas comerte todo eso? —pregunta William al escuchar todo lo que le he pedido al camarero.

—Aún no sé por qué te sorprendes, sabes que lo haré, me has visto comer más de lo que he ordenado ahora —respondo con una gigantesca sonrisa.

En estos meses William ha estado presente cada vez que me he atragantado con cantidades enormes de comida sin poder evitarlo, también ha estado en cada momento importante brindándome su apoyo incondicional. La verdad es que nunca pensé que él se convertiría en el gran amigo que hoy es para mí; sabe respetarme, cuidarme y ha comprendido que entre él y yo no podría desarrollarse ninguna relación que no sea la amistad.

Gracias a él, a Bertha y a Clara, he podido sobrellevar todo lo pasado en estos últimos meses. Desde mi separación con Edward, el enterarme de mi embarazo y la muerte de Luisa, mi madre.

Dos meses después de la partida de Edward y la información de mi embarazo, mi madre falleció al entrar en la parte decisiva de su enfermedad; el saber que iba a ser madre me llevó a reconciliarme con la mía antes de perderla por segunda vez. Los médicos no pudieron hacer nada a pesar que puse en sus manos todos mis recursos.

Recuerdo aquel día como si hubiera sido ayer.

La fui a visitar como Tania me pidió, no lo hice por ella, lo hice por mí, por mi bebé. Necesitaba cerrar ese capítulo de mi vida, quería que, cuando mi hijo o hija naciera, y me preguntara por su abuela, tener un buen recuerdo de ella. La perdoné y sentí cómo una carga pesada desaparecía de mis hombros, de mi alma.

Si digo que no dolió, mentiría, porque a pesar de todo lo que me hizo, seguía siendo mi madre y eso no se puede borrar por más que quisiera. Lo más duro de esa etapa fue ver a una joven de quince años derrumbarse por la muerte de una madre. Ver a Tania deprimida, sin ganas de vivir...

Fue la parte más dolorosa del proceso. Al parecer, Luisa sí fue una buena madre para ella y le estoy agradecida por eso.

Después de todo, sí tengo algo que agradecerle a Luisa: mi hermana, esa jovencita que vino a llenar un espacio de mi corazón que hace tiempo estaba desocupado, y eso se lo agradeceré el resto de mi vida.

Después de la muerte de Luisa, El departamento de niños y familia, intentó llevarse a Tania a un lugar de acogida, pues aún era menor de edad. De inmediato, junto con Clara y los abogados de William, nos pusimos en el proceso de papeleo para que Tania se quedara conmigo. No fue fácil, pero lo logramos, claro que la prueba de ADN fue determinante en ese caso. Hoy por hoy Tania vive conmigo.

—Tienes razón. —Ríe—. Espero que no te quejes por las libras de más adquiridas después del embarazo.

—Es que no lo puedo evitar. —Hago un puchero, a lo que William vuelve a sonreír—. Es como si tuviera un dragón en mi estómago que me exige ser alimentado en vez de un bebé.

—Lo bueno de esto es que al menos ya puedes retener los alimentos dentro de tu estómago. —Toma un poco de vino del que el camarero dejó en nuestra mesa.

—¡Gracias al cielo! —digo de manera exagerada.

Los primeros cinco meses de embarazo fueron toda una tortura, no paraba de vomitar, no había nada que comiera que no lo devolviera. Según el médico, no es común, pero sí normal que algunas mujeres les dure más los síntomas, incluso se dan casos en los cuales algunas mujeres se pasan los nueve meses sintiendo náuseas y vomitando. Ese era mi caso. Gracias al cielo solo duraron cinco meses, los peores de mi vida. Mi consuelo es que pronto tendré a mi bebé entre mis brazos.

—¿Ya has pensado en el nombre?

—Aún no... —En eso llega el camarero con lo ordenado—. No me decido —respondo de manera distraída al introducir el tenedor en mi boca. Desde que me informaron el sexo del bebé, Clara, William, Bertha y Tania han estado insistiendo con el nombre; será una hermosa niña. Una niña que nacerá sin su padre.

—¡Tereza! —me llama al ver que me he quedado ausente.

—Es que... me hubiera gustado que él estuviera aquí, conmigo, que juntos pudiéramos elegir el nombre de nuestra niña —suelto con melancolía.

—Tereza, mírame. —Levanto mi rostro hacia él—. No puedes seguir así, eso no le hace bien al bebé. —Sostiene mi mano por encima de la mesa.

—Lo sé, pero...

—Nada de peros. Tranquila, sé que entre todos elegiremos un hermoso nombre para la bebé. —Me mira con ternura.

—Gracias, William, eres un gran hombre.

—Lo sé. —Me hace reír, como lo ha venido haciendo todo este tiempo.

Narra Edward

—Oye. Levántate. —Intento despertar a la chica que se encuentra dormida en mi cama. Creo que su nombre empieza con N. *Nadia, Nidia, Narda...* En fin. No importa.

Después de meses sumergido en la más devastadora tristeza, comprendí que debo seguir hacia delante, por la abuela, por Ross, por mí y mi futuro. Es por eso que acepté la oferta de Lapo Elkann y me vine a Inglaterra.

Decidí que, lo que me resta de vida, jamás volveré a sufrir por ninguna mujer, me olvidaré de Tereza, aunque eso implique arrancarme el corazón.

Quizá la forma en la que venía haciéndolo los últimos meses no es la más efectiva. Admito que pasé una noche de película para adultos, es decir, fabulosa, pero no se compara con lo que sentía al tenerla a ella entre mis brazos. Mi vida sigue entre estudios, fiestas y mujeres hermosas para llevar a mi cama. El problema llega al despertar en la mañana cuando giro buscando a Tereza, sin encontrarla, y en su lugar ver otra mujer de la que apenas recuerdo su nombre. La decepción y la tristeza me invaden, me enoja cuando esas chicas insisten para que las abrace o en busca de alguna relación seria que, por supuesto, no puedo ofrecerles.

La muevo una vez más sin delicadeza, logro que por fin abra los ojos.

—Hey, Nidia, ¡qué bueno que despertaste!

—Me llamo Nilda —me interrumpe.

—Como sea. Saldré a correr y quiero que al regresar no estés aquí —explico, tomo mi iPhone y mis audífonos.

—Pero... pensé que te gustaría que pasáramos el día juntos y repetir lo que hicimos anoche. —Intenta parecer sexy. A lo mejor se le olvidó que acaba de levantarse.

—Me encantaría —miento—, pero tengo cosas importantes que hacer. —Me dirijo hacia la puerta.

—¡Espera! —Me detengo.

Se levanta sin pudor alguno como Dios la trajo al mundo, toma un bolígrafo de mi mesa de noche, se acerca, levanta mi mano y comienza a escribir algo en ella. Mientras lo hace, mis ojos no se apartan ni un momento de sus grandes pechos y aunque sé que no son naturales, no dejo de admirarlos.

—Llámame. —Levanto la vista hacia ella, para luego dirigirla a mi mano.

—Claro. —Ambos sabemos que eso no pasará—. Por favor, cuando salga, cierra la puerta —musito y me pierdo en las calles de Londres.

No sé cuánto tiempo es el que llevo corriendo. No siento las piernas. El aire en mis pulmones es escaso, lo que me obliga a parar y sentarme en una de las bancas que se encuentran en el parque.

Dejo a mis pulmones recuperar el aire perdido. Cierro los ojos olvidando por un momento dónde estoy y lo que sucede alrededor. La letra de una nueva canción que empieza a sonar en mi teléfono hace que regrese en el tiempo y es inevitable no pensar en ella al escucharla. En lo que fue y nunca será, en sus besos y en aquellos «te amo» que ahora sé nunca fueron reales.

No recuerdo haber tenido esa canción en mi teléfono. Sin embargo, cada palabra es como una puñalada a mi corazón.

Nunca te tuve, es quizá lo que extrañe.

Nunca te tuve, es lo que me hará falta.

El silencio y el orgullo fueron mis verdugos.

Te amé, pero ya es demasiado tarde.

Te amé, sin embargo, ya no tiene sentido.

Te amé, y me condené por eso.

No fue la distancia la que me alejó.

No fue la distancia la que nos separó.

*Fue la distancia la que me enseñó que nunca podría escribir un *somos TÚ y YO*.*

Decido apagar el reproductor para no atormentarme más. Retiro los auriculares y es cuando noto que hay alguien sentado a mi lado, me observa como si pudiera leer mi mente.

—Ella volverá a ti —dice sin despegar sus ojos de mí.

—¿Perdón? ¿Qué dijo? —pregunto sin llegar a comprender si habla conmigo o es una de esas personas que se la pasa hablando sola por las calles.

—La mujer por la cual tu corazón llora, volverá a ti. —Me deja estupefacto.

—Pero... ¿cómo sabe? —Intento preguntar por qué él sabe que sufro por una mujer. ¿Acaso será una especie de adivino?

—Solo lo sé. No importa cómo. También sé que ella te ama.

—No lo creo. —Recuerdo lo que me dijo la última vez que la vi: «No te amo, nunca te amé».

—Ahora quizá pienses que no es así. Estás dolido. Sin embargo, te daré un consejo. Cuando vuelvas a verte con ella, no seas muy duro, olvida el pasado y solo dedícate a amarlas. Cuídalas. Ellas te necesitan.

—¿Ellas? Pero ¿de quién está hablando? Creo que se ha confundido.

—Eres Edward Samz, ¿verdad? —Asiento—. Entonces no me he confundido.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Quién es usted? —Espero que me aclare lo que está pasando.

—Un amigo. —Se levanta de la banca y comienza a caminar lejos de mí.

—¡Oiga, espere! —Empiezo a andar tras él. Sin embargo, me veo interrumpido por el sonido de mi teléfono, anuncia una llamada entrante.

Lo saco de mi bolsillo para ver quién llama. Puede ser importante. *Ross*. Antes de contestar, alzo la cabeza para ver al señor con el cual hablaba hacia un momento, pero ya no lo veo, ha desaparecido.

«¡Vaya que camina rápido!».

Mi teléfono vuelve a sonar interrumpiendo mis pensamientos y obligándome a contestar.

—¿Qué quieres? —inquiero en un tono fuerte al tomar la llamada.

—Como que alguien se levantó con el pie izquierdo hoy —contesta *Ross* al otro lado de la línea.

—*Ross*... —Intento disculparme por el tono fuerte en el que le he hablado.

—No importa —me interrumpe—. Solo te llamo para recordarte que prometiste venir a almorzar con nosotras y antes de que lo preguntes, sí, *Cristián* también vendrá, te guste o no es mi novio, no es ni la primera vez ni la última que lo verás, así que te aconsejo que de una vez y por todas, te hagas la idea, él no tiene la culpa de lo que pasó.

Gruño sin poder evitarlo.

—Bien —acepto con resignación—. Allí estaré. —Cuelgo enseguida antes de que empiece con un nuevo discurso.

He olvidado por completo el almuerzo en casa de la abuela, pero saber que ese chiquillo también estará allí, mis ganas de asistir son nulas, pero le prometí a la abuela que iría a almorzar con ellas. Sé que, si no voy, se enojará muchísimo conmigo y *Ross* probablemente no vuelva a dirigirme la palabra nunca en la vida.

La relación con mi hermana en estos momentos atraviesa una pequeña crisis, por así decirlo.

¿Por qué?

Bueno. Está el hecho de haberme ocultado su relación con ese chico, me molesta que no sea cualquiera, sino que es el hijo de la segunda persona que más detesto en mi vida.

Sé que él está enamorado de mi hermana, lo digo porque nadie que no esté realmente enamorado de alguien dejaría su país, su familia, sus amigos, para venir a un lugar desconocido para él. Al menos una parte de mí se tranquiliza al saber que ama a Ross y que no es un simple juego para él.

No obstante, cuando lo veo, no puedo evitar pensar en su padre, no puedo evitar recordar a Tereza besándolo frente a mí, diciendo que nunca me amó; cada vez que lo veo es como ver una repetición en cámara lenta de uno de los peores días de mi existencia.

Él no tiene la culpa, me repito una y mil veces, pero eso no aleja el dolor que siento en mi pecho al verlo.

Al llegar al apartamento, tomo una ducha bastante larga. Me preparo, de manera mental, para asistir a tan dichoso almuerzo.

Sí, como han podido notar, no vivo con ellas en la misma casa.

La razón: la universidad queda un poco lejos, por lo que alquilé un apartamento cerca. Todos mis gastos y los de mi familia son cubiertos por la beca que me ofrecieron.

Otra de las razones por la que decidí alquilar un apartamento es que la abuela no está de acuerdo con mi nuevo estilo de vida y cada vez que llevaba a una de mis amigas a la casa, ella se encargaba de correrla de la forma más descortés posible. Está convencida que lo ocurrido con Tereza y conmigo es un mal entendido, es decir, mi propia abuela está del lado de una mujer prácticamente desconocida para ella y no de su propio nieto que ha sido engañado y humillado vilmente. Tan convencida está de eso, que en más de una ocasión intentó comunicarse con ella para arreglar las cosas entre nosotros. En fin.

Toco el timbre de la casa y al segundo timbrado sale la abuela limpiándose la mano con una pequeña toalla.

—Cariño —dice lanzándose a mis brazos y dándome dos besos en las mejillas—. Pensé que no vendrías.

—Cómo negarme la dicha de ver a mi abuela favorita. —Sonrío.

—Es que últimamente estás muy desaparecido, apenas llamas —dice en tono de reproche.

—Es que he estado un poco ocupado con...

—Sí. Sí. Ya sé, la universidad —interviene con una sonrisa—. ¿Qué esperas, piensas quedarte parado todo el día en la puerta? —Se hace a un lado.

—Ross —saludo a mi hermana al llegar a la sala donde se encuentra sentada jugando con su teléfono.

—Por lo que veo, aún siguen con sus peleas absurdas —nos riñe la abuela.

—La decisión para dejar nuestras peleas absurdas, como tú las llamas, la tiene Ross. —Me refiero a que se consiga otro novio.

—En tus sueños. —Sabe a qué me refiero.

—¡Chicos! Tengamos una comida tranquila. ¡Por favor!

—Como digas, abuela. —Beso su frente, Ross gira los ojos y me saca la lengua—. Infantil —artículo con los labios de modo que solo ella pueda verme.

—Iré a terminar el almuerzo —dice la abuela dirigiéndose hacia la cocina.

—Te acompaño —suelta Ross al levantarse del sofá, a lo que yo bufo.

Sin nada más interesante que hacer, me dirijo al comedor a esperar que Ross y la abuela

terminen.

Al entrar, me encuentro con el niño bonito de espaldas a mí, habla por teléfono. Mi primer pensamiento es girar y volver hacia la sala. Me digo que debo superarlo, así que me siento en una de las sillas del comedor.

—¡Una niña! —Lo oigo decir con evidente alegría—. ¿Cómo la llamarán? Si es tan hermosa como la madre, lo imagino. —Se gira hacia mí y se sorprende al verme—. ¡Papá! Tengo que colgar. —Me deja con una sensación desagradable—. Sí. Felicítala de mi parte, dile que pronto iré a verla. No olvides enviarme fotos. Adiós, hablamos luego. —Cuelga el teléfono y lo guarda en el bolsillo de su pantalón—. Hola.

—Hola —saludo de vuelta.

—¿Cómo estás?

—Podría estar mejor —respondo sin ganas de seguir con esta estúpida conversación. Y por primera vez desde hace mucho tiempo, siento que mis plegarias son escuchadas al ver a la abuela y a Ross entrar al comedor con las manos llenas de platos.

—¡La comida está lista! —exclama la abuela.

Nos acomodamos en la mesa y empieza a servir.

—¿Lograste hablar con tu padre? —pregunta Ross a Cristián; se gana una mala mirada de mi parte.

—Sí. —Me observa.

—¿Cómo estás? ¿Qué te dijo? —Vuelve a atacar mi hermana.

Ella sabe cuánto detesto que se mencione siquiera el nombre de ese hombre, aun así, lo hace para molestarme. Según ella, es tiempo de pasar página, y créanme cuando digo que lo he intentado, pero es imposible dejar de amar a alguien de la noche a la mañana, eso ella no lo entiende.

—Bien —responde tímido—. Cuando estemos a solas te cuento. —Chico listo. A diferencia de mi hermana, él sabe que se encuentra en terreno minado.

—A mí también me gustaría saber cómo está William —suelta la abuela, entusiasta.

¿Ya les dije? Mi propia familia está en mi contra.

Sé lo incómodo que debe sentirse el chico en estos momentos al tener que contestar esas preguntas, pero en una situación como esa, ¿quién no lo estaría?

¡Yo lo estoy!

—Ha empezado un nuevo proyecto. —Cede a los deseos de Ross y la abuela.

—¡Estupendo! —exclama Ross—. ¿De qué trata?

—Es una pequeña empresa de publicidad, y cuando digo pequeña, es porque apenas está comenzando.

—¿No es eso muy arriesgado? Nunca es bueno emprender un negocio de esa índole solo, siempre es aconsejable tener uno o más socios para inyección de capital. Así, si la empresa no resulta como esperaban, la pérdida es menor —razona mi hermana.

—En realidad la idea no es de él, solo será un socio más de la empresa, como tú bien dijiste, él inyectará capital a la empresa.

—A eso me refiero, así es más seguro. ¿Quiénes serán sus socios? ¿Los conozco? —indaga Ross y veo cómo el chico se tensa.

—Son socias —musita con la cabeza fija en el plato.

—¿Socias? —curioseas con evidente interés.

—Sí.

—¡Oh! ¡Qué bien! Admiro mucho a las mujeres emprendedoras. ¿Quiénes son?

—No creo que te interese saberlo —habla, para luego mirarme—. Mejor cuéntame, ¿cómo vas con el proyecto que te pusieron en el colegio? —Cambia de tema, la verdad es que hasta yo me estaba cansando de ello.

—Ya casi lo termino. De seguro sacaré A, pero no me cambies de tema, sigue hablando de la empresa que está levantando tu padre. Sabes bien que cuando entre a la universidad estudiaré administración de empresas, por lo tanto, me interesa saber todo lo relacionado con el tema, y dentro de esto está conocer a los grandes empresarios. ¿Cómo se llaman? ¿Son tan exitosas como él?

—Es... es Tereza Roberts y su amiga Clara —susurra, pero lo he oído. Todo queda en silencio por breves segundos y es la abuela quien lo rompe.

—¡Qué bueno! —Ignora lo tenso del ambiente—. Tereza es una gran mujer, espero que tengan mucho éxito, ambos lo merecen. —Creo que romperé mis dientes de tanto apretar la mandíbula.

—Abuela —la llama Ross intentando que deje el tema, pero no funciona.

—¡No sabes cuánto la extraño! Me encantaría poder volver a verla pronto —continúa—, le he dicho a Edward que lo que paso entre ellos...

No la dejo terminar y me levanto de la mesa dispuesto a marcharme cuanto antes de este lugar.

—Edward, cariño, ¿hacia dónde vas? —me pregunta la abuela y la ignoro por completo.

Al salir del comedor, me encuentro fuera de la casa y siento que puedo volver a respirar.

Narra Tereza

—¡Violetta! ¡Ya es suficiente! —Le quito el tarro de helado.

—¡Pelo, mami! ¡Yo quielo, ma! —Intenta volver a tomarlo—. Beta dijo que podía comer todo lo que quiela. —Hace un puchero.

Dirijo una mirada a Bertha, a lo que ella se encoge de hombros con una sonrisa.

—Lo siento —suelta no muy arrepentida—, sabes que no puedo resistirme cuando me mira con esos ojitos, me es imposible negarle nada.

Esta niña apenas tiene tres años y medio, y es toda una manipuladora. Si quiere algo, lucha hasta conseguirlo. Tiene a todos comiendo de la palma de sus manos. ¿Cómo lo hace? No lo sé, a mí me tiene igual.

—¡Está bien! Pero en la noche, cuando no pueda dormir, tú te encargarás de ella.

—Yo encantada.

—¡Shi! —grita Violetta—. Voy a mimi con Beta. —Se levanta de la silla y comienza a saltar.

—Ustedes harán que me salgan canas verdes —bufo saliendo de la cocina mientras escucho su risa detrás.

Empiezo a subir las escaleras cuando mi teléfono comienza a sonar.

—Hola —digo después de descolgar.

—¡Vaya! Cuánto entusiasmo —habla William al otro lado de la línea.

—Disculpa, estoy agotada. Violetta hará que vuele un día de estos. —Escucho una carcajada del otro lado.

—¿Dime qué te hizo ahora?

—El día de hoy se la ha pasado comiendo dulces que obviamente yo no le he dado. Sabes cómo se pone cuando los come.

—Bertha. —Me imagino que tiene una sonrisa.

—Sí. No sé cómo hace para convencerla, pero siempre termina cediendo —bufo—. En fin. ¿Y tú? ¿Cómo te ha ido? ¿Has logrado cerrar el negocio?

—Me ofendes, querida, ya sabes que cuando algo me interesa no lo dejo escapar. Aunque siempre hay una excepción.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál es?

—Tú —dice sin más.

—William... bien sabes que...

—Lo sé. Lo sé... discúlpame, ¿sí? Esta semana alejado de ustedes ha hecho que me replantee muchas cosas. Y, bueno, las extraño mucho, a ti y a Violetta. Ustedes son mi familia.

—Tú también eres imprescindible para nosotras. Violetta ha estado vuelta loca preguntando por ti. Dijo que tú le prometiste llevarla al parque cuando vuelvas.

—Sí. Se lo prometí, pronto estaré por allá.

—¿Cuándo regresas?

—El viernes a primera hora estaré allá, prometo llevarlas a almorzar cuando regrese.

—Te estaré esperando.

—Te tengo que colgar, nos veremos pronto. Cuídate.

—Igual tú, adiós.

Hace una semana que William se marchó a California con el fin de cerrar un negocio muy beneficioso para nuestra empresa de publicidad.

Antes de nacer Violetta, Clara y yo nos dimos cuenta de que estábamos gastando una fortuna en

campañas publicitarias para nuestros restaurantes.

Fue así que en una de nuestras conversaciones pensamos que, en vez de estar gastando dinero en publicidad, sería más provechoso que tuviéramos nuestra propia empresa publicitaria. Al principio todo empezó como un juego que terminó convirtiéndose en realidad.

Así que luego de estudiar los pros y los contras, nació Your Dream Reality.

La idea es la promoción de nuestras empresas, pero cuando William escuchó sobre ello, decidió unirse a este proyecto como nuestro socio, para la promoción de su cadena de supermercados.

Un año más tarde, fue tan grande el impacto publicitario, que tuvimos que abrir dos sucursales más de nuestros restaurantes, al igual que William, quien también se expandió.

Y lo que fue una idea simple para promover nuestros restaurantes, se convirtió en una de las principales empresas publicitarias del país.

Otros empresarios al ver la expansión de nuestros negocios, también quisieron que hiciéramos mercadeo de los suyos.

Esa es la razón por la cual William se encuentra en California, fue a cerrar un contrato con una importante marca de ropa, es uno de los clientes más influyente que hemos tenido.

Duramos aproximadamente dos meses trabajando en la propuesta que íbamos a presentar.

Lo bueno es que valió la pena, porque gracias a las habilidades de William para los negocios, tenemos el contrato.

Mi despertador suena anunciando el inicio de un nuevo día. Como de costumbre, me levanto y me dirijo a la habitación de Violetta.

Al llegar, veo cómo su cama está recogida, como si nadie hubiese dormido en ella, entonces es cuando recuerdo que se iba a quedar con Bertha a dormir anoche. Sin perder tiempo, me dirijo a su recámara, pero no hay señal alguna de ellas, como último recurso, decido ir a la cocina.

Entro a la cocina, me encuentro con Violetta devorando un plato de cereal mientras Bertha atiende algo en la estufa.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días! —responden al unísono.

—¡Qué madrugadora ha resultado mi niña! —Deposito un beso en su frente—. Como veo que ya estás lista para el colegio, yo iré a tomar un baño para que nos podamos ir.

—¿Va a desayunar? —inquire Bertha al ver que salgo de la cocina.

—Un poco de café. —Emprendo mi camino de nuevo, pero al llegar a la puerta, recuerdo algo y me detengo—. ¿Dónde está Tania?

—Salió temprano para la universidad, dijo que tenía algo pendiente que hacer.

—Está bien. Ahora bajo.

Después de dejar a Violetta en el colegio, me dirijo a la empresa.

—¡Buenos días, Samuel! —saludo al joven que vigila la puerta.

—¡Buenos días, Sra. Roberts! ¿Cómo amaneció el pequeño terremoto hoy?

—Cada vez más inquieta, la acabo de dejar en el colegio. —Sonrío.

—Lo imagino. —Me devuelve la sonrisa.

—No tienes ni idea, creo que tú no serías capaz de aguantar un día entero con ella —bromeo.

—A lo mejor salió a la tía. —Se acerca a mí como quien va a decir un secreto—. Yo que usted, no la dejo acercársele a la niña, a lo mejor se le pega lo irritante.

—¡Samuel! —exclamo en un tono de advertencia, a lo que él se encoge de hombros, limitándose a sonreír—. ¿Hasta cuándo seguirán con esas absurdas peleas? ¡Parecen niños de

cinco años!

—Es ella la que inicia, yo solo me defiendo.

—Como si tú no la provocaras —lo reto—. En fin, solo espero no tener que ir a visitar a mi hermana a la cárcel cuando acabe contigo.

—Existe la probabilidad de que sea a mí a quien tenga usted que visitar.

—Como digas. —Camino hacia el ascensor—. Te veo luego.

Subo al elevador y marco el piso donde está mi oficina.

Samuel Collins es un joven de dieciocho años, que un día se presentó en mi oficina solicitando un empleo, al principio me negué a contratarlo por dos razones: primero, no existía vacante en la empresa en esos momentos. Segundo, es muy joven y no poseía ningún tipo de experiencia. Verlo me hizo recordar a Edward cuando nos conocimos.

Sin embargo, cuando escuché su historia y la razón por la cual necesitaba el empleo, no pude negarme.

Samuel vive con su madre. Su padre lo abandonó siendo apenas un niño.

Estudia medicina en la misma universidad a la cual asiste Tanía gracias a media beca que ganó. Esa es la razón por la cual vino a mí solicitando cualquier tipo de empleo, para así poder cubrir los gastos del resto de su carrera y ayudar a su madre con los de la casa.

¿Por qué él y Tanía no se llevan bien?

Después de la muerte de Luisa, Tanía decidió estudiar medicina y especializarse en Oncología, para así ayudar a las personas que padecen cáncer. Dice que como la vida no le dio la oportunidad de salvar a su madre, intentará evitar el sufrimiento que ella vivió a otras familias.

Es ahí donde entra Samuel en escena. No sé con exactitud qué fue lo que pasó entre ellos. Lo único que sé es que un buen día, al regresar de la universidad, llegó a casa hecha una furia, capaz de desatar la más grande tormenta.

Cuando le pregunté qué pasó, se puso a gritar como loca, soltando todos los insultos existentes y por haber contratado a un chico llamado Samuel, que resultó siendo él que da la bienvenida a los empleados en la puerta.

A la mañana siguiente, cuando nos reunimos a desayunar, ella estaba de lo más feliz jugando con Violetta, como si nada hubiese pasado. Después de eso, todo lo relacionado con Samuel quedó en el olvido, hasta que una mañana Tanía llegó a la empresa conmigo. Algunas veces iba ayudarme a digitar uno que otro papel. Al llegar, se encontró con Samuel. Solo les puedo decir que necesitamos a casi a todo el personal de seguridad para evitar que la loca de mi hermana le sacara los ojos al pobre chico.

Desde ese día y como medida de seguridad, cada vez que mi hermana asiste a la empresa conmigo, Carlos, quien ahora es jefe de seguridad, nos recibe en la puerta con dos hombres más para evitar cualquier tipo de accidentes. Tanía prácticamente se arrodilló y me suplicó que despidiera a Samuel, pero no lo hice, no quería cometer una injusticia, además, ella se negaba a contarme lo que había pasado entre ellos.

Cuando salgo del ascensor en el piso correspondiente, me llevo una grata sorpresa al encontrarme a William detrás de Johanna enseñándole algo en el computador, mientras que la chica antes mencionada parece un tomate andante.

—¿Interrumpo? —Alzo la voz llamando la atención de ambos.

Levantán su rostro hacia mí. William sonrío; Johanna se apresura a ponerse de pie de forma torpe y lo golpea en el proceso.

—Mi nariz. —Se cubre con las manos.

—¡Oh, por Dios! —grita la chica, aterrorizada—. ¡Señor! ¡Lo siento tanto! Yo... n-no quería golpearlo.

Me apresuro a llegar hacia donde se encuentra William para mirar lo grave del accidente.

—¡Está sangrando! —chilla Johanna cuando ve que le retiro las manos de la nariz—. ¡Llamaré a una ambulancia! —Levanta el teléfono y procede a presionar números al azar.

Antes que cometa una imprudencia, le arrebató el teléfono y cuelgo.

—¡Johanna! —siseo para que se centre en mí. Alza su rostro y sus ojos conectan con los míos—. Tranquilízate. No es nada grave. —Cuando ha dejado de temblar y un poco más centrada, comienzo a empujar a William hacia mi oficina, quien no ha parado de sonreír al ver el nerviosismo de la chica, a pesar de su nariz sangrante—. Ve donde Carlos, que te preste un botiquín de primeros auxilios, y tráelo hacia mi oficina.

Al instante, parpadea, confusa. Sin embargo, asiente empezando a caminar de prisa hasta el ascensor.

—Esto es lo más divertido que me ha pasado en mucho tiempo. —Sonríe después de ver a Johanna desaparecer en el ascensor.

—Eres cruel —lo reprendo—. ¿Es que no ves que la pobre casi se desmaya del susto?

—Eso es lo divertido. —Vuelve a sonreír. Hago que se siente en un sofá con la cabeza hacia atrás para evitar que siga sangrando.

Unos minutos más tarde, entra Johanna corriendo a la oficina.

—Aquí tiene, señora Roberts. —Me entrega el botiquín.

Limpio la sangre derramada y coloco un poco de algodón en los orificios de su nariz por si vuelve a sangrar.

—¡Listo! —digo después de terminar.

—Señor Paterson, de verdad lo lamento tanto, no quise hacerle daño —se disculpa Johanna, quien no se ha movido del lugar.

—No te preocupes, Johanna, fue un accidente, además te dije que no vuelvas a llamarme señor Paterson, me llamo William. ¿Entendido?

Asiente y baja su mirada hacia el piso.

—Pero...

—Nada de peros —la interrumpo—. Como puedes ver, no fue nada grave, tranquilizante y vuelve a tu puesto.

—Sí, señora Roberts —contesta y luego se retira.

—Creo que le gustas —me dirijo a William.

—Soy del gusto de todas. —Se encoge de hombros.

—¡Wow! ¡Cuánta humildad!

—Solo bromeaba. No creo que a tu asistente le guste. Solo estaba nerviosa por el pequeño accidente.

—Lo dices porque no viste lo que vi.

—Ah, ¿sí? ¿Qué fue lo viste?

—A una mujer enamorada.

—No lo creo, pero si es así, sabes muy bien que hace tiempo decidí no tener ninguna relación sentimental con nadie.

—Lamento que sea así, pero te voy a pedir que, por favor, no la ilusiones, no le des falsas esperanza. Johanna es una gran mujer y ha sufrido bastante. No quiero que tú, ni nadie le haga daño.

—Entendí. ¿Quieres que me aleje?

—Solo si no te interesa ella. Ahora, cambiando de tema, tenía entendido que volvías el viernes.

—Sí. Así es, pero adelanté trabajo y quise darte una sorpresa, además, muero por ver a Violetta.

—Sabes muy bien que a esta hora está en el colegio, pero si lo deseas, a medio día puedes pasar por ella, me harías un gran favor, tengo un montón de trabajo.

—Lo haré.

—No sé qué haría sin ti.

La verdad es que William es un tío consentidor para Violetta. La busca en el colegio, la lleva al parque, al médico, ha asistido a cada reunión y cada recital realizado en el colegio. Él es un gran apoyo para mí, nunca sabré cómo agradecerle que haya estado para mí y para Violetta cuando más lo hemos necesitado.

Hace dos años que intentamos mantener una relación de pareja, mas no funcionó. Me di cuenta que, por más que lo intentáramos, nada daba resultado y es que mi corazón pertenece a otro hombre. Al final decidimos terminar y ser solo amigos, los mejores amigos hasta ahora.

Narra Edward

—¿Volver a mi país?! —grito sin poder creerlo.

Richard me mira con una ceja arqueada, mientras Harry observa paciente esperando una respuesta.

—¿Tienes algún inconveniente? —pregunta Harry al ver que nada sale de mi boca.

—Sí... No... es que... —Intento explicarme, pero nada coherente sale de mi boca—. ¿Es obligatorio que vuelva allá?

—Sabes que eso es parte de tu contrato —explica Harry sin inmutarse por mi reacción.

Harry es el abogado del señor Elkan, se encarga de todos los asuntos legales de sus empresas, esto incluye las becas que este dona a miles de jóvenes de todo el mundo. Hoy, cuando ingresé a la empresa donde estoy haciendo las prácticas finales de mi carrera, lo último en lo que pensé fue encontrarme a Harry con contrato en mano diciendo que debo volver a los Estados Unidos.

Miro a Richard, quien está a mi derecha, y sus ojos brillan de la emoción que representa para él volver a nuestro país. Sé que está feliz con la idea de regresar. No obstante, para mí un solo nombre se repite una y otra vez en mi cabeza. *Tereza*.

Cuando conocí a Richard en la universidad, nunca llegué a pensar que se convertiría en mi mejor amigo. Él, al igual que yo, estudia con una beca otorgada por el señor Elkan, aunque estudiamos diferentes carreras, siempre coincidimos en las mayorías de las materias. Él estudió mecánica automotriz, mientras yo me especialicé en el diseño. Al final tuvimos la dicha de que nos tocara hacer las prácticas en la misma empresa. Solo esperábamos nuestro contrato de trabajo, pero nunca imaginé que ese contrato me haría volver al sitio al que pensé jamás hacerlo.

Siempre deseé que a Richard y a mí nos tocara trabajar en el mismo lugar, aunque eso era poco probable. Hablamos de cómo sería nuestra amistad o de cómo esta se afectaría al separarnos. Su sueño era volver a los Estados Unidos, mientras el mío era nunca hacerlo. Nunca tocábamos el tema, esperábamos el momento y cuando llegara el tiempo de separarnos, lo sabríamos manejar. Las probabilidades de que nos enviaran al mismo lugar era una en un millón.

A diferencia de mí, Richard no pudo viajar con su familia, por eso sé que él haría todo lo posible para que, al terminar la carrera, lo enviaran de regreso a su país. Sé que estoy siendo egoísta al pensar solo en mí. Sé que debo alegrarme por mi amigo porque pronto se reunirá con su familia, pero se me hace difícil.

—Pero ¿por qué Estados Unidos? —Me siento cada vez más hundido.

—El señor Elkan quiere abrir otra sucursal allí y como ustedes fueron lo que se graduaron con el más alto índice académico, quiere que ustedes la dirijan.

—¡Eso es estupendo, Edward! —exclama Richard sin ocultar su emoción.

—Tu amigo tiene razón, es una gran oportunidad, desde que trabajo para el señor Elkan nunca antes había hecho con ningún estudiante lo que está haciendo con ustedes. ¡Siéntanse afortunados!

—Yo... yo... déjenme dirigir esto, por favor. —Salgo de la oficina.

—¡Edward! —Escucho a Richard llamarme—. ¡Edward, por favor, espera!

Me detengo frente al ascensor esperando que llegue.

—Sé lo difícil que está siendo digerir esta información —dice al llegar junto a mí—. Yo más que nadie sé lo que significa volver a los Estados Unidos para ti, pero creo que es una gran oportunidad y no lo digo por el hecho de volver a ver a mi familia. Lo digo porque creo que ya es tiempo de que enfrentes tu pasado, tienes que seguir hacia adelante, no puedes vivir así toda tu vida, debes hacerlo por las personas que te quieren, tienes que cerrar ese ciclo. Piensa bien lo que

vas hacer, sabes que siempre te apoyaré en lo que decidas. —Palmea mi espalda.

Entro en el ascensor sin molestarme en responder nada de que lo ha dicho. Sus palabras se repiten en mi mente y llego a la conclusión que tiene razón. Es tiempo de enfrentarme a mi pasado.

—¿Listo? —inquire Richard, quien se encuentra sentado con una enorme sonrisa a mi lado en el avión.

Un mes ha pasado desde que recibimos la noticia que debíamos volver a los Estados Unidos. Después de meditar y pensar en ello, decidí que, si quería que mi vida siguiera su curso normal, este era el momento de cerrar el ciclo que viví con Tereza, ya es tiempo de rehacer mi vida, de olvidarla de una vez y por todas.

Me preocupaba que Ross y la abuela no quisieran regresar conmigo. Sin embargo, recibieron la noticia como si la estuvieran esperando estos últimos tres años. Por ahora no pueden viajar conmigo. Ross tiene que terminar su último semestre de bachiller, por lo tanto, la abuela decidió quedarse con ella hasta que se gradúe. Obviamente, el niño bonito, se alegró al saber que volveríamos a nuestro país.

Lo único que me relaja en estos momentos es que ellas están felices y espero impaciente la hora de volver a tenerlas junto a mí.

—Ahora mismo no sabría decirte —hablo sin despegar mi vista de la ventana.

—¡Vamos, Edward! ¡Anímate! ¿No me digas que te estás arrepintiendo? —me pregunta y la sonrisa que tenía en la cara se borra por completo.

—¡No digas bobadas! —Golpeo su brazo.

Me acomodo en el asiento, cierro los ojos intentando no pensar en lo que me espera al llegar a los Estados Unidos.

El silencio que existe hasta ese momento es interrumpido una vez más por Richard.

—¿Edward?

—¿Sí? —Respondo aún con los ojos cerrados.

—Gracias. —Lo escucho decir. Abro los ojos y lo veo.

—¿Por?

Este es el sueño más grande de Richard. Desde que lo conocí en la universidad, su más grande anhelo era conseguir un trabajo rentable para sostener a su familia, y que dicho trabajo fuese cerca de ellos.

—Por aceptar todo esto, sé que no está siendo fácil para ti volver al lugar donde una vez quebraron tu corazón, y no sabes lo agradecido que estoy por hacer esto por mí y mi familia, por eso es que estoy sumamente agradecido, sabes que siempre puedes contar conmigo.

—No me digas que te pondrás a llorar —gorjeo, a lo que él suelta una carcajada—. Tú también puedes contar conmigo. —Vuelvo a la seriedad del asunto.

—Lo sé, hermano. Bueno, cambiando de tema, lamento informarte que tendré que negarte mi presencia por un momento —suelta con una sonrisa ladeada.

Frunzo en ceño al no entender lo que quiere decir, pero al ver a una azafata pasar por nuestro lado y a Richard no quitar la mirada de su trasero, comprendo a qué se refiere.

—Diviértete —digo al verlo desabrochar su cinturón—. No olvides usar protección, no queremos ninguna sorpresa por el momento.

—Te tomo la palabra —suelta sin más para empezar a caminar en la misma dirección por donde va la azafata.

Coloco mis auriculares y me pierdo en la letra de la canción que escucho.

Cada frase hace que los recuerdos surjan con más ímpetu sin poder evitarlo.

Es delirante, tan demente, no buscarte entre la gente, olvidar que no estás, no me quieres más, que nunca volverás, me mentiste en cada capa, es eterna la semana sin estar junto a ti me pesa vivir; regresa, voy a morir.

La conciencia me miente, no puedo aceptar perderte, es profunda como el mar la tristeza de buscarte en mi mente.

Porque duele, duele tanto amarte así, la ilusión se me escapa, me deshace despertar y no tenerte aquí, siento que me mata, duele tanto amarte así.

Siento frío, son heladas en la calle las miradas, no te puedo olvidar lo quiero intentar, no puedo ni comenzar.

Siento cómo me zarandean por los hombros, lentamente comienzo abrir mis ojos acostumbrándolos a la claridad. Al parecer, me quedé dormido.

Ubico el lugar donde me encuentro y lo que tengo frente a mí me hace sentir escalofríos.

—¡Bienvenido a los Estados Unidos! —grita Richard sobresaltando a más de uno en el avión.

Una mueca se dibuja en mi rostro en un intento de sonrisa.

Narra Tereza

—Y es muy bonito —dice Violetta, quien no ha dejado de hablar desde que la busqué en el colegio.

—¿Te gusta? —Me refiero al chico nuevo que hoy ingresó a su clase y del cual no ha dejado de hablar.

—No, mami, yo nunca voy a tener novio, él es mi amigo... Y le gustan las maliposas, igual que a mí.

—Me alegra saberlo, porque las niñas como tú no pueden tener novio porque son muy pequeñas.

—Pelo tú te gande y no tiene, ¿porque tú no tiene, mami?

—Mmm... Bueno... yo...

—Ya hemos llegado, señora —me informa Chad, nuestro chofer, le sonrío como agradecimiento por salvarme del incómodo momento que sería explicarle a mi hija por qué no tengo novio.

Nada más abro la puerta y Violetta sale disparada a los brazos de Samuel.

—Qué pesada estás. —La levanta y la sostiene en sus brazos—. ¿Me vas a decir qué te trae por aquí?

—Vine a trabajar con mami.

—Qué niña más aplicada. —Le hace cosquilla.

—Vamos, Violetta, deja a Samuel trabajar —la llamo camino al ascensor.

—Pelo, mami, me quiero quedar con Samy. —Hace un puchero.

—Mi amor, sabes que no puedes, él tiene que trabajar...

—Ve, sube con mami, y cuando termine mi turno, te busco y vamos a la cafetería por un helado, ¿vale?

Se pone el dedo índice en el mentón como si lo estuviese pensando.

—¿De chocolate? —pregunta, entusiasta.

—Del que quieras —responde feliz.

—Eta bien. —Le da un sonoro beso en la mejilla, la deposita en el suelo y camina hacia mí.

Alza la mano y comienza a agitarla. Antes que el ascensor se cierre, veo a Samuel devolviéndole el gesto.

Al llegar al piso donde está mi oficina, me encuentro con una escena que me hace fruncir el ceño.

Frente a la puerta de mi oficina están parados Johanna y Clara con el oído pegado a mi puerta y susurrando.

—¡Tía! —grita Violetta haciendo que ambas mujeres se sobresalten.

Sin evitarlo, comienzo a reír.

—Mi pequeña —saluda Clara a Violetta después de recuperarse del susto—. ¿Cómo estás, princesa?

—Bien. ¿Puedo jugar contigo y Jona?

—Pero si no estamos jugando nada. —Arruga el ceño.

—Porque estaban en la pueita de mami...

—Eso mismo me pregunto yo —interrumpo.

—Princesa, ¿por qué no vas con Johanna para que te dé un chocolate de esos que tanto te gustan?

—Ahora sí me vas a decir —suelto después de que la niña se aleje.

—Hay un hombre sumamente guapo esperándote en tu oficina.

—¿Y qué hace ahí? —inquiero, extrañada.

—Al parecer es un potencial cliente, pero cuando llegó no ha querido que nadie lo atienda excepto tú, por lo que ha decidido esperarte.

—¿Cuánto tiempo lleva esperándome?

—Aproximadamente media hora. —Posa sus manos en mi cabello para peinarlo.

—¿Qué haces? —Golpeo sus manos para que las aleje de mí.

—El hombre que está ahí dentro es un maldito dios griego. —Se encoge de hombros.

—Se supone vamos hablar de negocios, según tú. —Le señalo.

—Sí. Eso fue lo que él dijo, pero nunca se sabe, tú eres una mujer soltera y...

—Y nada —siseo antes que me venga con el sermón de siempre.

Que estoy joven, que tengo que dejar el pasado atrás, que Violetta necesita una figura paterna, eso y muchas cosas más.

—Está bien. Está bien. —Levanta la mano en señal de rendición—. Camina, no lo hagas esperar más.

Camino con pasos rápido hacia mi oficina, me detengo frente a la puerta, la empujo para luego entrar en ella.

Veo un hombre de espaldas a mí observando con suma atención una foto donde aparece Violetta en el jardín de la casa.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —Hago que él gire hacia mí aún con el portarretrato en las manos.

Por unos momentos olvido cómo es que se respira al contemplar la imagen que se encuentra frente a mí.

—Eres más hermosa de lo que imaginé. —Me hace salir de la burbuja en la que me encuentro.

¡Dios! Este hombre es lo que las adolescentes llamarían "dios griego" en todo el sentido de la palabra.

—Perdón, ¿nos conocemos de algún lado? —indago un poco recelosa por lo que dijo anteriormente.

—¡Oh, no! Disculpe mi atrevimiento, pero he escuchado mucho hablar de usted, y solo son halagos los dirigidos hacia su persona por tan increíble hermosura. Sin embargo, se han quedado cortos, es usted más hermosa de lo que hubiese pensando —explica con una brillante sonrisa, lo que hace que me sonroje.

Por Dios, Tereza, pareces una adolescente hormonal.

—Gracias. Veo que usted sabe muchas cosas acerca de mí, pero desconozco quién es usted.

—Lo siento tanto, qué descortés he sido. Mi nombre es Richard Ruiz. —Se acerca a mí y planta un beso en mi mejilla.

—Un placer, señor Ruiz, Tereza Roberts para servirle, aunque creo que usted ya debe saber mi nombre.

—La verdad, sí, he escuchado maravillas de usted, también he leído cosas en los periódicos, lo que ha hecho que mi interés por usted y su empresa aumente.

—¿Entonces imagino que lo que lo trae por aquí son negocios?

—Efectivamente —responde sin borrar la sonrisa de su rostro.

—Tome asiento —le digo al ver que hemos estado parados todo el rato—. ¿Ya le han ofrecido algo de tomar? —inquiero camino a mi escritorio.

—Sí, muchas gracias.

Lo que trajo ese hombre tan apuesto hasta mi empresa fueron negocios, me habló de una

pequeña empresa que están levantando él y su amigo, que necesitan de la publicidad que le podemos brindar nosotros, me habló de que ha escuchado excelentes recomendaciones por parte de nuestros clientes y eso ha hecho que decidieran contratarnos en vez de a otra empresa, algo curioso; es que resulta que esa empresa, pese a que es nueva, tiene un excelente futuro, pues su propietario no es nada más ni nada menos que Lapo Elkann. El multimillonario empresario automovilístico.

Cuando escuché su nombre, no pude evitar recordar a Edward. Mi Edward, aquel último día que lo vi, cuando le dije todas esas cosas horribles... Eso es algo de lo que siempre voy a arrepentirme. No obstante, todo con tal de que él pueda cumplir sus sueños.

No puedo olvidar que fue Lapo Elkann quien, de cierta forma, me alejó de él.

Seguimos conversando por mucho tiempo y llegamos a un acuerdo. Claro que tiene que hablar con su socio antes de firmar el contrato, que a más tardar estaría para dentro de un mes.

Nosotros nos encargaremos de hacer la campaña publicitaria y el lanzamiento de la marca que ellos van a lanzar al mercado. Esto nos deja en una posición muy favorable porque, aunque la empresa no es grande, cuando salga a relucir el nombre de Lapo Elkann, todas las demás empresas publicitarias quedarán por debajo de la nuestra, dándonos un muy alto prestigio que no todos se pueden dar el lujo de tener.

El señor Ruiz resultó ser una persona muy agradable y simpática, claro que al ser tan joven era de esperarse.

Después de llegar al acuerdo, duramos como media hora más conversando de cualquier cosa, me habló de su familia y yo le hablé de la mía, me inspiró mucha confianza, por lo que hablamos con mucha fluidez. Hasta que llegó el tema del padre de Violetta.

—Disculpe, no quise incomodarla —dice cuando ve que me he quedado callada.

—Discúlpeme usted a mí, no me gustaría hablar de eso. Espero que entienda.

—Entiendo, no fue mi intención hacerla sentir mal. Lo mejor será que me retire.

—No quiero que se vaya llevándose una mala impresión de mí o de mi empresa.

—Eso nunca, pero como verá, tengo muchos asuntos que atender. Ha sido un verdadero placer conocerla, señora Roberts. —Se pone de pie.

—El placer ha sido mí, señor Ruiz. —Lo imito para acompañarlo hasta la puerta.

—Nos veremos pronto. —Se despide con dos besos en las mejillas haciendo que nuevamente me sonroje. Algo que no pasa desapercibido por William, quien entra a mi oficina luego que el señor Ruiz sale.

—¿Quién es? —curioseas William después de acomodarse en la silla frente a mi escritorio.

—Es un cliente.

—Un cliente que te hizo sonrojar. —Ya sabía que no lo dejaría pasar.

Levanto mi mirada hacia a él y tiene una sonrisa burlona en su rostro.

—No te estés imaginando nada —le reprocho—. Solo es un cliente. —Me concentro en el trabajo que está en mi escritorio ignorando la carcajada que William acaba de lanzar.

«Un cliente muy guapo», susurra mi consciencia.

Narra Edward

—¿Que hiciste qué?! —le grito a Richard mientras camino de un lugar a otro aflojando mi corbata.

—¿Te podrías calmar? —Ignora por completo mi estado de ánimo.

Es que a mi mejor amigo se le ocurrió la idea de contratar la empresa de publicidad de Tereza para que haga la campaña publicitaria de la nuestra. Cree que es una excelente idea. Según él, esta es la forma más madura para que yo me acerque a ella y le haga entender que la he olvidado.

Magnífica idea, ¿no?

Esa ha sido la idea más descabellada que he escuchado en mucho tiempo por dos razones lógicas.

Primero: ¿cómo ayuda el estar al lado de tu ex superarla?

Segundo: ¿cómo le hago saber que ya la olvidé, cuando no es cierto?

—No me pidas que me calme. —Lo señalo con mi dedo índice.

—Mírale el lado positivo, Edward.

—¿Lado positivo? ¿Cuál? No le veo nada positivo al estar junto a Tereza otra vez. ¿No te das cuenta? Ella fue quien me rechazó. ¿Qué te hace pensar que ella quiera verme otra vez? Además, existe la probabilidad de que rechace el contrato cuando sepa que yo también estoy detrás de esto. ¿Pensaste en eso? —Arqueo mis cejas.

—Por supuesto, tú solo te presentarás cuando el contrato ya esté firmado, así ella no tendrá más remedio que aceptarlo.

—¿Por qué haces esto? —Me rindo sabiendo que no lo haré cambiar de opinión. Cuando una idea se le mete en la cabeza, ni aunque lo golpeen desiste de ello.

—Porque eres mi amigo, quiero que seas feliz. Desde que te conozco nunca te he visto en una relación seria y estoy seguro de que todo se debe a ella.

Nos quedamos en silencio por un momento hasta que suspiro, me rindo al plan de mi amigo.

—Está bien, lo haré —suelto al fin y en su cara se forma una inmensa sonrisa—. A todas estas, ¿cómo está? —Me aterra la respuesta.

—Es una mujer muy hermosa. —Se encoge de hombros—. Ahora entiendo cómo es que no has podido sacarla de tu mente. Yo en tu lugar no sé qué haría.

—Me aterra encontrármela de nuevo. Tengo miedo a mi reacción cuando la tenga frente a mí.

—Hay algo que debes saber antes de volver a verla. Quiero que me prometas que no cambiarás de opinión cuando te lo diga. —Me lanza una mirada triste.

—Ya me estás preocupando...

—Siento ser yo quien te dé la noticia...

—¡Habla de una vez!

—Ella... ella tiene una niña. Edward —me llama al ver que me he quedado callado por un momento.

—Quiero estar solo.

—Edward, yo...

—¡Que me dejes solo!

Comienzo a sentir una presión en el pecho que me dificulta respirar, mi ritmo cardíaco se acelera dándome señal de que aún sigo aquí y vivo, siento cómo mi corazón es desgarrado con lentitud.

—¡Maldición! —Arrastro con mis manos todo lo que hay encima de mi escritorio—. Te odio,

Tereza Roberts. Juro que pagarás todo el dolor que me estás causando en este momento. Haré que te arrepientas cada día de tu vida el haberte burlado de mi amor por ti.

Tomo una botella, de las que están en el mini bar, mi espalda choca con la pared y comienzo a deslizarme hacia abajo hasta terminar completamente en el piso.

Una hora después entra Richard en mi oficina, me encuentra hecho un desastre.

—¿Qué hiciste? —Llega hasta a mí y retira la botella de whisky de mis manos.

Al ver que no le respondo nada, sale de mi oficina y vuelve entrar un par de minutos después con un conserje y el guardia de seguridad.

—Por favor, limpie este desastre —se dirige a la conserje—. Usted ayúdeme a levantarlo y llevarlo hasta mi auto —habla al guardia—. Esta vez te pasaste. —Es lo último que escucho al ser depositado en una superficie blanda sumergiéndome en la oscuridad.

Mis párpados pesan cuando intento abrir mis ojos, una luz que se filtra por algún lado me dificulta la tarea, cuando al fin lo logro, me incorporo en la cama... de mi habitación.

¡Mi cabeza va a explotar!

Por un breve lapso de tiempo me pregunto cómo llegué a este estado, pero miles de imágenes pasan por mi mente no permitiéndome estar en la ignorancia por mucho tiempo. Un deseo se instala en mi pecho y se hace más fuerte por cada minuto que pasa. Un deseo que voy a cumplir, aunque sea lo último que haga.

Prepárate, Tereza Roberts. Voy por ti.

Hoy es el día, por fin ha llegado el momento por el que esperé tanto tiempo. Hoy es el día en el cual volveré a encontrarme con aquella mujer que destrozó mi vida. Hace una semana que el contrato quedó firmado. Todo salió según lo planeado. Tereza desconoce completamente quién es el socio de Richard, por lo que jugamos con ventajas. Porque esto no es más que un juego donde solo habrá un ganador.

Hoy la volveré a ver y aunque admito que estoy un poco nervioso al no saber cómo iré a reaccionar o cómo lo hará ella al verme, la determinación que tengo hace que estos desaparezcan. Si la abuela estuviera aquí, de seguro me regañaría; ha intentado hacerme entrar en razón por lo que tengo pensado hacer. Sé que no estaría de acuerdo con mi proceder, por eso me alegra que en estos momentos no esté aquí. Debo de aprovechar el momento y avanzar en mi plan lo más que pueda antes de que ella regrese, porque sé que, cuando se entere, es muy posible que ni me vuelva a hablar.

—¡Edward, ¿ya estás listo?! —grita Richard desde algún lugar de la casa.

—¡Sí! ¡Enseguida bajo! —vocifero de vuelta mientras bajo las escaleras y acomodo mi corbata.

Cuando llego al final de la misma, veo cómo observa su reloj de muñeca con impaciencia. Alza su mirada y me ve.

—Sabes que no podemos darnos el lujo de llegar después de ella. —Me contempla, serio, a lo que yo solo asiento.

Bajamos al parqueo del departamento, no sin antes tomar las llaves de mi porche. Abro las puertas, me subo en el asiento del piloto y acomodo mi cinturón; Richard hace lo mismo. Quince minutos es lo que nos toma llegar al restaurante donde quedamos para celebrar el acuerdo al que llegaron nuestras empresas, también para que Tereza por fin pueda conocer al misterioso socio de Richard.

Respiro profundo, trato de calmar mi acelerada respiración, mis nudillos se aprietan en torno al volante hasta hacerse blancos y los recuerdos de aquel doloso día llegan sin pedir permiso.

—Edward —me llama Richard y me trae al presente. Coloca una mano en mi hombro y ya sé

qué significa esto. Ha llegado el momento, y pase lo que pase, él estará conmigo—. Debemos entrar —habla al verme un poco más centrado.

Salimos del auto y le coloco el seguro, para luego ingresar al restaurante.

Pedimos la mesa, que estaba previamente reservada, y nos sentamos a esperar. Según tengo entendido, Tereza vendrá con su socia. Es obvio, ella nunca se separaría de Clara.

Narra Tereza

¡Estoy tan feliz! Nuestra empresa ha logrado un contrato millonario, nos encargáremos de la marca publicitaria de una de las empresas de Lapo Elkann. Es imposible no emocionarme cada vez que lo recuerdo, esto hará que nuestra empresa se mantenga en el mundo empresarial por muchos años, nos dará la estabilidad que tanto deseábamos. Además, hoy por fin podré conocer al otro socio del señor Ruiz, según tengo entendido, es con él que tendré que tratar de ahora en adelante.

En estos días previos a la cita, me he estado preguntando si el socio del señor Ruiz será igual de agradable que él.

—Johanna —llamo a mi asistente mientras sigo tecleando en mi computador.

—¿Sí, señora Roberts? —dice momento después de entrar a mi oficina.

—Aparte del almuerzo que tengo para hoy con el señor Ruiz y su socio, ¿qué otra cosa hay?

La veo mirar en su agenda en busca de lo que le pregunté.

—Quedó de verse con el señor Paterson a las tres para la selección del nuevo vino para sus restaurantes.

—¿Solo eso?

—Sí, señora.

—Ok. Háblale a William, dile que no podré reunirme con él hoy, y avísale a Clara que salimos en quince minutos.

—Con permiso. —Se retira después de recibir mis órdenes.

Concluyo con el reporte que hacía, cierro el computador, tomo mi cartera y salgo al pasillo donde me espera una muy sonriente Clara.

—¿Lista? —Asiento.

Subimos al ascensor y veinte minutos después ella estaciona frente al restaurante.

—¡Buenas tardes! —saludamos al chico de recepción.

—Alguien nos espera —le comunico.

—¿Nombre?

—Richard Ruiz. —Revisa su lista.

—Por aquí, por favor. —Se adentra al restaurante.

Lo seguimos hasta llegar a una mesa donde se encuentra Richard y otro hombre que nos da la espalda.

—¡Tereza! —exclama Richard al levantarse de su lugar para llegar hasta nosotras. De reojo veo cómo su compañero se mueve en la silla—. Clara —saluda a mi amiga y socia—. Permítame presentarle a mi socio, Edward Samz —informa y es cuando su compañero gira hacia nosotras. Me deja por completo aturdida.

—Edward... —Logro pronunciar con esfuerzo.

—Nos volvemos a encontrar, Tereza —comenta con una sonrisa escalofriante. Giro hacia mi amiga, quien está igual de sorprendida que yo.

Escucho voces a lo lejos, pero no distingo de quiénes son.

Siento cómo alguien tira de mi brazo, pero mis ojos no pueden apartarse de aquellas aceitunas que me miran con burla, con odio.

Vuelven a tirar de mí trayéndome de nuevo a la realidad.

—Disculpennos un momento. —Escucho decir a Clara.

Coloca su mano en mi espalda, me obliga a andar delante de ella, a medida que avanzo, siento

su mirada sobre mí. Me desnuda como si de esa forma pudiera descubrir todos mis secretos.

Secreto, secreto, secreto.

Se repite una y otra vez en mi cabeza.

Delante de mí una puerta es abierta y soy empujada dentro de aquella habitación.

—Tereza —me llaman a lo lejos.

Mi mente vuelve a perderse, dándole paso a la angustia.

—Violetta —sale de mis labios sin poder evitarlo, siento cómo una lágrima se desliza por mi mejilla.

—Tereza, mírame. —Puedo oír la voz la Clara. Sus manos van a cada lado de mi rostro obligándome a fijar mi vista en ella.

—Violetta —vuelvo a decir, para luego sentir cómo los brazos de mi amiga me envuelven.

—Lo sé, cariño, pero ahora debes de tranquilizarte —musita, porque si hay alguien que sabe lo que está pasando por mi mente en estos momentos, es ella—. Tenemos que volver allí afuera y en el estado en el que estás, no podemos hacerlo. ¿Recuerda cuando hablamos de qué harías si la vida cruzara a Edward en tu camino de nuevo? ¿Cómo reaccionarías? Al parecer, ha llegado el momento. Ahora quiero que respires hondo, que pienses en Violetta y en lo que esto significa para ella, debes ser fuerte y enfrentarlo.

—¿Quieres que le diga de su hija?

—En algún momento tendrás que hacerlo. Pero aún no lo es, tendrás tiempo de elegir el instante adecuado, parece que tendremos que verlo muy seguido, nos tocará trabajar con él.

Respiro varias veces para tranquilizarme hasta que mi respiración vuelve hacerse normal.

En estos tres años y medio siempre pensé en el momento que tendría que encontrarme con Edward, sé que eran muy pocas probabilidades las que tenía para que esto ocurra, pero siempre hubo una parte de mí que sabía que algún día tenía que suceder. Ese día ha llegado.

—Vamos, déjame arreglarte un poco el maquillaje que se te corrió.

Al terminar, tomo el pomo de la puerta para abrirla mientras me repito: "Tú puedes hacerlo".

Llegamos a la mesa y sus ojos vuelven a clavarse en mí.

—Señores, disculpen nuestra demora. —Muestro una radiante sonrisa, aunque por dentro mi corazón late de forma acelerada.

Cuando voy a tomar asiento, Edward se levanta del suyo para retirar mi silla, en el proceso roza mi piel de forma intencional, lo sé por el brillo burlón en sus ojos y por el sobresalto que di por dicha acción.

¿Qué planea?

Narra Edward

Mi corazón va a toda prisa, como si quisiera salirse de mi pecho. No he podido evitarlo. ¡Dios! ¡Qué hermosa está! Estos tres años y medio sin verla la han hecho más espectacular todavía. ¡Su cuerpo! Con más curvas de las que recordaba, no he podido evitar recorrerla con la mirada. Esos pensamientos me llevan a las innumerables veces que la hice mía, una ola de deseo me recorre todo el cuerpo. Sacudo mi cabeza e intento pensar en otra cosa.

Espanto todo sentimiento hacia Tereza Roberts. No puedo sentir deseo. El único sentimiento que puedo albergar hacia ella es odio. Solo odio. Ella tiene que sentir el mismo dolor que provocó en mí.

—¿Estás bien? —pregunta Richard y siento preocupación en su voz.

—Mejor que nunca, querido amigo —le respondo mientras le doy un trago a mi vino—. ¿Por qué tardarán tanto? —Veo mi reloj y me doy cuenta de que llevan más de quince minutos en lo que supongo es el baño.

—¿Edward? —llama mi amigo.

—Dime.

—Creo que ya no es buena idea seguir con este absurdo plan. Sé que sufriste muchísimo, pero...

—Pero ¿qué estás diciendo? Tú fuiste el de la idea. —Miro hacia él como si se hubiese vuelto loco.

—Lo sé. Sin embargo, no imaginé la reacción que le causarías al verte. ¿Acaso no la viste? Estaba pálida, fue como si hubiera visto un fantasma. Creí que se iba a desmayar en cualquier momento.

Cuando voy a responderle, somos interrumpidos por la llegada de ambas mujeres. Antes de Tereza sentarse, me levanto de mi silla para retirar la de ella, al hacerlo, rozo con mi dedo índice la piel de su hombro derecho de forma disimulada. Veo cómo se estremece y se sobresalta provocando que una sonrisa amenace con fluir de mis labios.

Narra Tereza

La situación se complica cada vez más. Mi idea es que, en la próxima ocasión que me reúna con Edward en un mismo lugar, aprovecharé el momento para decirle de Violetta. Lo que nunca imaginé es lo rápido que sería.

Hemos quedado de vernos a la mañana siguiente para ponernos al día con el proyecto, mañana él tendrá que ir a mi oficina para ver las ideas ya plasmada en las maquetas. Ya lo tenía decidido, ese día Edward conocería la verdad de por qué lo abandoné, sobre todo, que tenemos una hija. Tengo la esperanza de que pueda perdonarme, sé que le hice mucho daño al dejarlo como lo hice. Sin embargo, no tenía otra opción.

Me aterraba la idea que, al saber la verdad, terminara odiándome más de lo que me odiaba en esos momentos. Sus ojos estaban llenos de rencor, un rencor que es dirigido directamente hacia mí.

Mis nervios están a flor de piel, mis manos no dejan de temblar, mis zapatos han de estar gastados de las vueltas que he dado en mi oficina como un león enjaulado. El momento ha llegado, falta media hora para reunirme con Edward, las uñas de mis manos se encuentran gastadas de morderlas con mis dientes.

Anoche no pude pegar el ojo pensando en la forma de cómo abordar el tema, mis ojeras así lo demuestran.

Tocan mi puerta y me detengo abruptamente.

—Pase —digo con voz temblorosa.

—El señor Samz ya se encuentra aquí —anuncia Johanna luego de entrar a mi oficina.

—Hazlo pasar —hablo mientras me dirijo hacia mi escritorio para tomar asiento.

La puerta de mi oficina es abierta una vez más mostrando la figura imponente de Edward Samz. Mi respiración se acelera al verlo, es algo que no puedo evitar, su presencia me sigue afectando de forma abrupta.

—Edward. Toma asiento, por favor.

—¡Vaya! Te recordaba más profesional.

—¿Perdón? —Mi ceño se frunce al no entender lo que dice.

—Se supone que soy un cliente y no debes llamarme por mi nombre de pila, a menos que yo así te lo pida, y no lo he hecho. —Se arregla la chaqueta—. Eso solo lo hacen los amigos... los muy íntimos, y usted no está en esa categoría.

—Disculpa. Pensé...

—No tiene por qué disculparse, señora Roberts. —Levanta su mano impidiendo que continúe—. Para usted de ahora en adelante seré el señor Samz. Quizá se crea en el derecho de tutearme, pero no es así. Entre usted y yo la única relación que existirá de ahora en adelante es de cliente-empendedor. —Sus ojos no se apartan de los míos—. El único motivo que requiere mi presencia aquí es el contrato que nos une, le pido que no me haga perder el tiempo. Muéstreme lo que tiene para mí.

No puedo ocultar el asombro que me invade al escuchar sus palabras, una parte de mí, la cobarde, quiere dar marcha atrás a la decisión tomada antes, pero la que posee el sentido común me lo impide. He tomado una decisión y he de cumplir con ello.

Me armo de valor y vuelvo a hablar.

—Edw... Señor Samz, necesito hablar con usted un asunto de manera urgente, me gustaría que lo tratásemos antes de empezar a hablar del contrato. Es muy importante.

—No tenemos nada de qué hablar, a no ser que sea del negocio que nos une. —Puedo ver el rencor reflejado en su mirada cuando lo dice—. Pensé que le había quedado claro.

—Solo te pido... —Alza una ceja—. Le pido... por favor, escuche.

—Si lo que deseas es hablar conmigo acerca de la relación que tuvimos, le recuerdo que terminó y, como en aquella ocasión me lo pidió, logré olvidarla, después de todo no fue tan difícil.

—Mis ojos se cristalizan.

¿De verdad? ¿Habrás logrado olvidarme? Un nudo se forma en mi garganta al considerar que sea cierto.

—Si no te das por enterada la aventura que tuvimos, el revolcón que nos dimos, terminó hace tres años. —Me observa forma amenazante.

En ese momento comprendí que para Edward Samz nunca fui esa persona tan importante como él me hizo creer, comprendí que quizá fui la novedad del momento, lo comprobé al ver la burla en sus ojos, su sonrisa, allí tuve la confirmación que necesitaba para saber que a Edward no le interesaba nada referente a mi vida, por lo tanto, acepté que Violetta tampoco le tendría que importar.

Estaba cansada, cansada de sus desplantes, de sus insinuaciones. Si antes pensaba que entre Edward y yo podría desarrollarse una relación cordial, estaba completamente equivocada. En estas últimas semanas me ha demostrado que lo único que quiere y le hace feliz es hacerme sufrir.

¿Cómo lo hacía? Fácil. Mis empleados están a punto de tirar la toalla.

Después de firmar el contrato con su compañía, inmediatamente nos dedicamos a hacer estudios de mercado para poder presentar una campaña publicitaria que resultase atractiva. Llevamos tres semanas montando y desmontando maquetas y presentaciones porque al señor Edward Samz ninguna le parece la indicada. ¡Tenemos los mejores publicistas del país!

Sin embargo, estos estaban a punto de renunciar porque han tenido que trabajar hasta el cansancio, abandonado otros proyectos para poder centrarse en la campaña de publicidad de la empresa que está dirigiendo Edward junto a su amigo que, hablando de este, intenté convencerlo para que sea él con el que tuviera que tratar y no con Edward, pero se negó alegando que su amigo es el indicado.

Cuando le pregunté en qué se basaba para eso, sus respuestas fueron absurdas, por decirlo de algún modo.

—¡Ya no lo soporto! —exclamo al recibir la negativa de Edward a la última propuesta que le mostramos.

—Cálmate —me pide Clara, quien se encuentra en mi oficina buscándole la lógica a por qué Edward se negó esta vez.

Le lanzo una mirada enojada, a lo que ella se encoge de hombros.

—Te juro que si vuelve a negarse a otra de nuestras propuestas... cancelo el contrato, aunque esto implique perder completamente mi empresa.

—No exageres.

—¿¡Que no exageres!? ¿Es que no te das cuenta que solo lo hace para molestarte?

—Lo sé, esa es la razón por la que no debes alterarte, no puedes darle el gusto de que te vea así. Tranquilízate. Pensaremos en algo. —Eso no logra calmarme.

El día vuela. Estoy sumergida entre papeles, intento encontrar una solución para el proyecto que Edward ha rechazado todo este tiempo. ¿Qué planea? ¿Por qué se empeña tanto en ello? Sé que le hice mucho daño en el pasado, pero eso no le da el derecho de atormentarme de esa forma. Tal vez merezco todo lo que está sucediendo. Sin embargo, ¡mis empleados no tienen la culpa!

Él actúa de forma irracional, me atemoriza el hecho de que aún ni siquiera sabe que tiene una hija de tres años que desconoce, pese a ello, me lastima. Tengo miedo de su reacción cuando se entere. Si está tan empeñado en hacerme sufrir, ¿qué pasará cuando sepa de la existencia de Violetta? De algo estoy segura, y es que él no puede enterarse, no todavía.

Su única intención es hacerme sufrir; comprendí que lo mejor para Violetta es mantenerla a salvo de la furia de su padre dirigida a mí y que podría muy fácil alcanzarla.

Dos toques en la puerta alejan mis pensamientos.

—¡Adelante! —Miro al frente, veo cómo Clara se introduce en mi oficina.

—¿Piensas amanecer aquí? —Mi ceño se frunce al no entender la pregunta—. Ya es tarde —dice al ver que no le respondo.

Observo mi reloj y ahogo un grito de sorpresa al ver la hora. Me levanto y comienzo a ordenar todo en mi escritorio.

—¿Por qué no te has marchado aún? —inquiero al percatarme que ella también sigue en la empresa.

—Estaba relatando un contrato, terminé de hacerlo hace diez minutos y, al ver las luces de tu oficina encendidas, pregunté a Johanna, que también permanecía aquí, y me informó que todavía no te habías marchado, por lo que decidí esperarte.

—¿Se fue Johanna? —Me siento culpable por hacerla permanecer en la empresa hasta esta hora.

—Sí. Le dije que podía marcharme.

—Gracias. Vamos —suelto después de recoger el desastre de mi oficina—. Necesito abrazar a mi bebé. —Sé que la nostalgia en mi voz es palpable.

Cuando llego a casa, Violetta se encuentra dormida, subo a su habitación y deposito un beso en su frente.

—Todo estará bien, lo prometo —hablo sin que esta pueda escucharme.

Narra Edward

—¿No crees que ya es suficiente? —insiste Richard al ver que no le presto mucha atención.

—¿Ahora estás de su lado? —Me dirijo al mini bar para tomar un trago de whisky.

—No. Es solo que creo que te estás pasando, no le veo sentido a todo esto. —Se encoge de hombros.

Suelto una carcajada que lo toma desprevenido y me observa sin entender mi reacción.

—¿Te gusta? —Bebo el contenido de mi vaso de un solo trago—. No me digas que te conquistó con su carita de ángel. —Sé que se puede notar el rencor en mi voz—. No te ilusiones mucho, en cualquier momento puede apuñalarte por la espalda dejándote inservible.

«Ya lo hizo conmigo», quise agregar.

—Es una mujer muy hermosa, lo admito. —Escucharlo hace que se me revuelva el estómago—. Pero nunca te haría algo así, eres como mi hermano, y aunque lo niegues, sé que aún la amas...

—¡Cállate! —Estrello contra la pared el vaso que tengo en mi mano—. Te prohíbo que vuelvas a repetir lo que dijiste, lo único que siento por esa mujer es odio, el más puro odio. —A estas alturas respiro con dificultad.

—Solo quiero que entres en razón —habla sin amedrentarse ante mi reacción.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? Antes de llegar aquí, me apoyabas, estabas de acuerdo conmigo.

—Sí. Me equivoqué, ahora comprendo que no es la forma, sé que estás sufriendo, no me gusta verte así. Debes de existir otra manera de hacerla pagar por lo que te hizo, una en la que tú no salgas lastimado.

«No la hay», me hace ver mi consciencia. Tereza Robert se ha metido en mi corazón de tal forma que, si ella sufre, yo sufro, y es algo que no puedo evitar. Guardo esos pensamientos en mi cabeza, no quiero que Richard se siga oponiendo a mi venganza contra ella.

—Hoy regresan Ross y la abuela. —Decido cambiar de tema.

—Lo sé. —Conoce mi intención—. ¿Piensan quedarse a vivir acá?

—Sí. Solo se quedaron allá a hasta que Ross terminara la secundaria, ya lo sabes. La abuela desea volver, toda su vida está en este país; nació, creció y, según ella, morirá aquí.

—Tu abuela puede ser muy persuasiva. —Sonríe—. Podrás tenerlas junto a ti de nuevo, ¿no te alegra?

—Sí —digo no muy convencido y es que con el empeño que tiene la abuela de ver a Tereza, no estoy muy alegre que digamos.

Miro el reloj, y me alerto al ver la hora. Tomo mi saco comenzando a colocarlo sobre mí.

—Me tengo que ir —aviso a Richard, quien frunce su ceño.

—¿Hacia dónde vas? —pregunta y, por su tono de voz, sé que es mera cortesía, pues con mirarme sabe la ubicación—. Solo te pido que pienses lo que te dije. —Asiento no muy convencido.

—¿Puedes pasar a recoger a Ross y a la abuela al aeropuerto?

—Sabes que sí, yo también deseo verlas.

—Gracias —comento antes de salir y cerrar la puerta tras de mí.

Media hora más tarde, me encuentro aparcando en la empresa de Tereza.

—Buenas tardes, Johanna —saludo al llegar a la planta donde se encuentra su oficina.

—Señor Samz, qué placer tenerlo por aquí —dice con una sonrisa cortés, que se borra al mirar lo que parece ser una agenda. De inmediato, sé de qué se trata—. Su cita con la señora Roberts es

para dentro de una semana.

—Primero. —Levanto el dedo índice para enfatizar lo que digo—. Llámame Edward, nos conocemos hace tiempo, aunque tengamos años sin vernos, por lo tanto, dejemos el formalismo. Segundo, olvidé tratar un asunto muy importante con la señora Roberts, no creo que se moleste si me presento sin cita.

—De acuerdo, déjeme avisarle que usted se encuentra aquí.

—No hace falta, yo mismo me presento. —Cuando veo que quiere refutar, me adelanto dirigiéndome hacia la oficina y la dejo sin opción.

Al abrir la puerta, me encuentro a una Tereza de espaldas a mí, inclinada hacia delante dándome una buena vista de su trasero. Creo que alguien acaba de despertar.

Narra Tereza

Estoy concentrada trabajando en una maqueta cuando siento que la puerta de mi oficina es abierta.

—Johanna, te pedí que no interrumpas. —Sigo en mi labor.

Al no escuchar respuesta, me enderezo para ver el porqué de su silencio. Trato de dar la vuelta, pero unos fuertes brazos me aprietan por la cintura para detenerme.

Un olor, más bien, su olor, se filtra por mi nariz, acelera mi pulso, y es que llevo más de dos meses conociendo a consciencia su nueva fragancia.

—Edward, suéltame, por favor —pido con voz temblorosa.

—¿Por qué haría eso? —Mi mente se encuentra en blanco y no sé qué responder—. Esto me agrada —dice mientras siento cómo recorre mi cuello con su nariz.

Mi cuerpo tiembla ante su contacto sin poder evitarlo, reconociéndolo, anhelando sus caricias. Cierro los ojos y me dejo llevar por su toque. Su nariz es sustituida por su lengua, por su boca erizándome la piel.

—Pensé que eras una mujer más centrada, Tereza —suelta sin dejar de besarme—. ¿Estás dispuesta a que te tome aquí, en tu oficina?

Abro mis ojos al percatarme de lo que ha dicho y por fin reacciono. Comienzo a moverme entre sus brazos buscando que me suelte, pero sin lograrlo.

—No hagas eso —jadea, no hago caso y continuo—. ¡Tereza! —pronuncia mi nombre con voz ronca. Y es cuando puedo percibir su dureza clavada en mi trasero.

Dejo de moverme al instante y aprovecha para colocarme frente a él.

La visión que tengo frente a mí me deja aturdida, hace que mi boca se seque. Sus ojos están oscuros por el deseo y sus pupilas dilatadas, sus labios entreabiertos con una clara invitación para hacer besados.

—Pídemelo. Pídemelo que te bese, Tereza, solo si lo pides, lo haré —musita preso del deseo.

—Yo... yo... —Trago saliva e intento pasar el nudo que se forma en mi garganta, humedezco mis labios y sus ojos no dejan escapar detalle.

La razón me advierte que está mal, que me detenga, que lo que Edward busca es solo hacerme sufrir, pero mi parte masoquista lo desea; desea dejarse arrastrar, porque lo necesito, siento que mi necesidad de él me consume.

Tres años soñando con él, con sus besos, con sus caricias, tres años soñando con volverlo a tener frente a mí.

—Bésame. —Olvido todo.

Tal vez más tarde me arrepienta de todo, pero ahora mismo me siento en el cielo al sentir su boca impactar con la mía. Su beso es rudo, fuerte, es como si buscara fundirse conmigo en un solo ser. Succiona, muerde y me arranca más de un gemido.

Sus manos en mi cintura me aprietan más contra él y la mía va a su cuello para acercarlo y busco calmar mi sed de sus besos. Su boca abandona la mía y casi protesto, pero, al sentir sus besos en mi cuello, la protesta muere en mis labios. Mi respiración es irregular, la suya también, me empuja hacia mi escritorio pegándome a este, las manos que estaban en mi cintura las siento en mi espalda, en mi trasero.

Mis jadeos son notorios y podría asegurar que se escuchan hasta en el estacionamiento.

Su boca vuelve a asaltar la mía. Aprieta más mi cuerpo y me jala hacia su pelvis, busca fricción contra su erección.

—¡Mami! —Escucho gritar de pronto. Ese grito me atrae de vuelta al presente.

Empujo a Edward lejos de mí al reconocer la voz de mi hija.

Logro separarme justo a tiempo y veo su pequeño cuerpo correr hasta donde estoy sin percatarse de lo que sucede a su alrededor.

—¡Mami! —Vuelve a gritar al llegar hasta mí, levanta sus manos para que la levante, cuando lo hago, sus pequeños bracitos me rodean el cuello y la siento sollozar.

—Intenté detenerla —dice William detrás de ella—. Johanna me dijo... —Se detiene en medio de lo que iba a decir, percatándose de la presencia de Edward.

Mis ojos vuelan hacia él, pero los suyos están fijos en el pequeño cuerpecito que está aferrado a mí.

Narra Edward

¡Por Dios! ¿Cómo pude ser tan débil? Estúpido, mil veces estúpido. Sentir sus labios sobre los míos fue como surgir, como si mi alma y mi corazón resucitaran al mismo tiempo. Su olor, su cercanía hacen que haga cosas de las que luego me arrepiento, como lo estoy en estos momentos.

Cuando mis labios tocaron los suyos, el mundo desapareció, todo a mi alrededor dejó de existir. Olvidé todo, de tal forma que no identifiqué que tiene una hija con otro hombre y que no me ama. Que ella tiene una familia que la hace feliz y que yo sobro en la ecuación.

Quiero gritar, pero no puedo. Me he quedado petrificado en el lugar. La observo, inspecciono sus labios hinchados por el momento de pasión que presenciamos y sus brazos rodean el cuerpecito de su hija.

«Esa niña podría ser mía», me hace ver mi subconsciente. Sin embargo, ella me alejó, me engañó. ¿Cómo podría siquiera pensar que esa increíble mujer le daría un hijo a alguien como yo? Un simple chofer, que no tenía ni con qué caerse muerto. ¿Cómo podría una mujer de su nivel rebajarse a tener un hijo conmigo? ¡Qué iluso fui!

Ahora estoy aquí contemplando mi triste realidad. Tereza Roberts nunca me amó, y es que tengo que repetírmelo una y otra vez para entenderlo. Sin embargo, siempre existirá la duda. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué jugar con mis sentimientos de esa forma tan cruel? Es algo que no lograré entender.

—¿Qué le sucede? —La escucho preguntarle a William, aún agitada y a la vez preocupada.

¿Sabe él la clase de mujer que tiene a su lado? Hace un momento estuve a punto de hacerla mía en la mesa de esta oficina y ella parece no recordar que tiene una relación con otro hombre. ¿Tan descarada es? Nunca conocí esa faceta suya, es que pienso en la forma en la que correspondió a mis besos y todo mi cuerpo arde en deseo, en rabia, me llena de impotencia no poder gritarle a este insulso que su mujer no es más que una vil...

Lo escucho carraspear detrás de mí y giro en su dirección.

Me observa fijamente y yo hago lo mismo.

—¿William? —Vuelve a llamarlo Tereza y hace que retire su mirada de mí.

Lo veo caminar hacia ella, acariciar la espalda de la niña y besar su cabeza. Un dolor se instala en mi pecho al comprender que podría ser yo el que estuviera ocupando su lugar. Susurra algo en el oído de Tereza, ella niega con la cabeza y enfoca su vista en mí. Nos observamos por lo que parecen ser horas, y decido que ya es suficiente.

No se puede ser tan masoquista en la vida. Aparto la mirada y me dirijo hacia la puerta para alejarme de aquella tortura. Llego hacia mi coche como un zombi, con miles de pensamientos que van y vienen. Escucho mi teléfono sonar y lo ignoro. No quiero hablar con nadie, lo único que deseo es olvidarme de una vez por todas de Tereza Roberts.

Recorro las calles de la ciudad sin rumbo fijo, cuando decido que ya es suficiente, aparco en el primer bar que consigo abierto, dispuesto a arrancarme a Tereza del corazón.

Narra Tereza

Todo a mi alrededor da vueltas, mi corazón late a prisa, pero ahora mi cabeza está con mi bebé, quien solloza aferrada a mi cuerpo y olvido todo en el instante en que ella ingresa así en mi oficina.

Solo cuando William se acerca y me hace ver que Edward se encuentra en mi oficina, reacciono. Levanto el rostro y veo que tiene su vista fija en mi hija, actúo por instinto y la acerco más a mí. Mis ojos no se despegan de él. Pasa lo que me parece una eternidad, hasta que lo veo girar y salir de mi oficina cerrando de un portazo, hace que mi niña se sobresalte sin dejar de sollozar.

Aparto la vista de la puerta y me concentro en lo que realmente importa: mi hija.

—¿Qué le pasa? —le pregunto a William—. ¿No se supone que tiene que estar en el colegio? —Estoy preocupada, ¿por qué Violetta no deja de llorar?

—Te han estado llamando sin lograr comunicarse contigo, así que me llamaron a mí. —Asiento con la cabeza y espero que continúe—. Al parecer, Santiago...

—¿Quién es Santiago? —Oigo cómo el llanto de mi hija aumenta—. Ya, amor, cálmate. —Comienzo a desesperarme al ver que no obtengo resultado.

—Santiago es un niño del cual Violetta se ha hecho muy amiga, según la directora, ayer faltó al colegio y Violetta no habló durante todo el día, hoy cuando llegó, se la pasó preguntando por él y, al no verlo, comenzó a llorar y no se ha detenido hasta el momento.

—Yo quero a Santi —balbucea mi hija.

Me parte el alma verla en ese estado, su cara está toda roja y sus ojos hinchados, es como si en cualquier momento pudiera darle un ataque.

—Ya, chiquita, iremos donde Santi. —Su llanto cesa de inmediato y me mira con sus ojos brillantes por las lágrimas; asimila lo que acabo de decirle.

—Santi —repite.

—Sí, mi amor, veremos a Santi, pero tienes que regalarle una sonrisa a mami primero, ¿vale? —Asiento y veo cómo sonrío mostrándome sus pequeños dientes.

—¿Tienes la dirección del niño? —le inquiero a William.

—Sí. Te conozco demasiado y supuse que sería lo primero que ibas hacer. —Me sonrío.

Tomo mi bolso y camino con Violetta a cuestas para salir de la oficina.

Narra Edward

—¡Oye! —Siento cómo me sacuden—. Despierta. —Vuelvo a escuchar.

—Mhm, ¿Tereza? —murmuro entre sueño.

—¿Edward? —Oigo a alguien a lo lejos mientras me mueven—. ¿Edward, eres tú?

Levanto mi cabeza y busco el emisor de aquella voz. Al principio no logro distinguir nada. Parece que ya ha anochecido. Cuando logro enfocar bien la vista, encuentro a una chica que me mira con una radiante sonrisa.

—Es que no lo puedo creer —dice sin dejar de sonreír—. Pero ¡qué pequeño es el mundo!

Trato de concentrarme en distinguir quién es la chica que, al parecer, me conoce, pero la cantidad de alcohol que hay en mi cuerpo me lo dificulta.

—¿Es que ya no te acuerdas de mí? ¿O estás tan borracho que no me reconoces? —Me leyó la mente.

Abro los ojos al reconocer aquel tono bromista.

—¿Sofi? —jadeo con asombro. Cuando me fui a vivir a Inglaterra, perdimos contacto. El dolor que me provocó Tereza con su rechazo hizo que me alejara de todos aquellos a quienes conocía, incluyendo a quien fue mi mejor amiga por años. Esa es otra de las razones por la que no puedo perdonarla.

—La misma que viste y calza. —Sonríe.

—No puedo creer que trabajes aquí. —Observo el lugar.

Llevamos un rato conversando y poniéndonos al día con nuestras vidas, de las cosas que sucedieron en los últimos tres años.

Me regañó por no haberla llamado y la verdad es que me siento culpable. El próximo año termina la universidad, tuvo que buscar trabajo para poder estudiar porque sus padres no tenían el dinero para ayudarla; es ella quien los ayuda a ellos, cada vez que puede les envía algo de dinero. Es por eso que trabaja en este bar, según me cuenta. La situación se le puso difícil y no le quedó de otra.

—Es lo que me ha tocado. —Se encoge de hombros.

Nos quedamos un momento en silencio sin saber qué decir.

—Vente a trabajar conmigo.

—¿Contigo? ¿Qué haré? Sabes muy bien que no sé hacer nada de lo que se hace en una oficina.

—¡Claro que sí! Puedes... puedes... —Me quedo sin palabras al no encontrar algo que pueda ofrecerle.

—No te preocupes —comenta al ver la tristeza en mi rostro—. Llevo un tiempo acá y no me ha ido tan mal, hasta estoy acostumbrada.

—Pero quiero ayudarte. Fuiste mi mejor amiga. —Veo que mueve sus labios y en ellos se forma una mueca. Recuerdo que antes de irme a Inglaterra, ella me declaró su amor e incluso me besó. ¿Por qué no me habré enamorado de Sofi? Ella no me hubiese hecho daño como lo hizo Tereza—. Lo siento —musito al ver la incomodidad en su rostro.

—No te preocupes, Edward, todo estará bien. —Sé que no se refiere al trabajo.

—Ven almorzar conmigo mañana. Quizá se me ocurra algo para entonces, además, Ross y la abuela acaban de llegar y seguro querrán verte.

—Sí. —Sonríe—. A mí me gustaría verlas también.

El tiempo pasa volando, ella atiende clientes y de vez en cuando se escapa para hablar conmigo y seguir poniéndonos al día.

—Creo que debo irme —comunico al tomar mi chaqueta de encima de la barra.

—Está bien, nos veremos mañana. —Se despide con dos besos en la mejilla—. Me alegra volver a verte y que podamos retomar nuestra amistad donde lo hemos dejado —confiesa.

Asiento con la cabeza, para luego marcharme directo al apartamento donde están la abuela y Ross, sabiendo que me espera una gran reprimenda.

—¡Ya llegué! —grito para hacer notar mi presencia.

—¿Se puede saber dónde estabas? ¿Qué te tenía tan ocupado que no te dio tiempo para recoger a esta pobre anciana en el aeropuerto? ¿Es que no sabes que mi único anhelo es estar lo más que pueda rodeada de ustedes antes que muera? ¡Eres un desconsiderado, Edward Samz Ramírez! — exclama.

Veo por encima del hombro de la abuela a Ross reír mientras ella me regaña. Extiendo mis brazos, la envuelvo con ellos y beso su cabeza.

—Te quiero, abu. —Intento que no siga con su parloteo y es que, a pesar de que el efecto del alcohol disminuyó considerablemente, me empieza a doler la cabeza.

—Yo también te quiero, pero eso no te quita lo desconsiderado. —Me devuelve el abrazo—. ¿Edward? —llama mientras sigue envuelta en mis brazos.

—¿Sí, abuela?

—¿Es alcohol lo que huelo en ti? —Se separa con el ceño fruncido.

La sonrisa de Ross se extiende mucho más al ver que quedo sin habla ante la acusación de la abuela.

Después de hora y media escuchando lo dañino que puede llegar ser el alcohol, por fin puedo ingresar a mi habitación, tomo una ducha y me lanzo a la cama, mis ojos se sienten pesados y lo único que deseo es olvidar este día de mi memoria.

Salgo de la oficina rumbo al restaurant donde me esperan Ross y la abuela. Richard también vendrá a almorzar con nosotros, pero él iba a ir por su cuenta, de esta forma yo aprovechaba para recoger a Sofi.

He encontrado un puesto para ella, quiero que sea mi asistente personal y no puedo aguantar más las ganas para informarle. Llegamos al restaurant y la ayudo a bajar, nos adentramos y una hermosa chica de deslumbrante sonrisa nos guía hasta donde se encuentran los demás.

—¡Familia! —gorjeo cuando ya estoy junto a ellos, hago que Ross y la abuela se levanten para saludar a Sofi.

—Abuela, déjala respirar —suelto en tono de broma al ver cómo la envuelve. Ella se sonroja y después la libera—. Quiero presentarte a alguien —digo al tiempo que la hago caminar hasta el lado donde se encuentra mi mejor amigo.

—Sofí, te presento a Richard, mi amigo y socio. Richard, ella es Sofí, la que fue y es mi mejor amiga acá en New York.

—Un placer, Sofía. —Besa su mejilla.

—El placer es mío.

Acabadas las presentaciones, nos disponemos a almorzar entre risas y anécdotas.

En un momento dado, levanto mi cabeza del plato del que comía y veo a la abuela ausente, como si hubiese visto a un fantasma. La preocupación envuelve mi cuerpo y me levanto rápidamente para colocarme junto a ella.

Narra Tereza

Llego al restaurante porque quedé de reunirme con Karen. Karen es la mamá de Santiago o, como Violetta lo conoce, Santi. La empresa para la que trabajaba quebró, esa es la razón por la que Santi no ha asistido al colegio. La situación económica no es la misma para ella.

Karen estudió economía en la universidad y, aunque solo era la asistente administrativa para la empresa para la cual trabajaba, pudo darse cuenta que estaba desapareciendo un dinero injustificado, por lo que se lo comunicó a sus jefes. Sin embargo, ya era demasiado tarde y la empresa no pudo recuperarse.

Hoy me reuniré con ella, hemos quedado para almorzar y hablar de negocios. El que ella se haya quedado sin trabajo y sea la madre del amigo de mi hija, me ha venido como anillo al dedo. El economista que teníamos ha renunciado, al parecer ha decidido mudarse a otro estado con su familia, traté de convencerlo para que se quedara, pero no lo hizo alegando que trabajaría para la empresa de su suegro que estaba a punto de jubilarse.

Desde luego, hice investigar a Karen, aunque su hijo sea muy amigo de la mía, no la conocía, no iba a ofrecerle un cargo tan importante a un desconocido sin recomendación alguna.

Su currículum es impresionante; realizó varios estudios de grado, dos maestrías en empresariales en Harvard gracias a unas becas que adquirió por su índice académico. Lo único triste de su historia es que el padre de su hijo la abandonó de inmediato cuando se enteró de que estaba embarazada y sus padres, quienes le advirtieron que ese no era un muchacho bueno, no quisieron saber nada de ella ni de su hijo, por lo que eran solo ella y el pequeño. Es por eso que no dudé ni un instante en comunicárselo a Clara, ella estuvo de acuerdo y redactó el contrato; este almuerzo es para la firma del mismo.

Al llegar al restaurante, Gaby, la recepcionista, nos saluda como de costumbre. Decidí ir a uno de mis restaurantes en el centro de la ciudad, el más íntimo para este tipo de negocios.

—¿Cómo se encuentra hoy, señora Roberts?

—Muy bien, gracias. —Le sonrío.

—¿Y esa pequeña? —Agita su mano para saludar a Violetta.

—Traviesa, como siempre. ¿Tienes mi mesa lista?

—Sí, señora, la misma de siempre. La señora Foster la espera.

—Gracias. Nos vemos luego. —Me dirijo hacia la mesa.

—Mami, mira, Santi —dice Violetta al visualizar a su amigo. Se remueve en mis brazos buscando que la deposite en el suelo, cuando sus pies tocan el piso, echa a correr hacia él.

Sonríó al verla, pero mi sonrisa se congela al ver a Edward al lado de nuestra mesa socorriendo a una señora que me resulta muy familiar, trago saliva y decido avanzar, a medida que lo hago, puedo reconocer a Ross, quien abre sus ojos, sorprendida, al verme.

Otras personas están en su mesa, mas no logro distinguirlas, pues están de espaldas a mí. Cinco pasos detrás de ellos reconozco a la mujer a quien Edward socorre, que no es nada más ni nada menos que doña Julia.

Una silla es removida y mis ojos siguen cada movimiento de la figura femenina que ahora se encuentra al lado de Edward, intenta que doña Julia tome agua. Mi corazón se oprime al reconocerla, es Sofí.

El dolor que siento en mi pecho solo dura unos segundos y es sustituido por miedo. Miedo que incrementa al ver a doña Julia pálida; sus ojos grises dan la sensación de querer salir de sus cuencas, su mirada ahora es cristalina mientras observa a Violetta jugar con Santi, la observa

como si hubiese logrado descubrir la cura contra la enfermedad más mortífera del planeta. Yo sigo parada en el mismo sitio, anclada, asustada, solo reacciono cuando ella lo hace levantándose de la mesa y comienza a dirigirse hacia donde se encuentra mi hija.

Me apresuro a llegar antes que ella, cargo a mi hija sin siquiera saludar a Karen e intento salir del restaurante. No obstante, es demasiado tarde, al darme la vuelta, diez pares de ojos me observan. Me congelo en el mismo sitio, un instinto sobreprotector se apodera de mí y hago que Violetta esconda su rostro en la curva de mi cuello y clavícula.

Narra Edward

Pasado el susto por el *shock* de la abuela, se levanta de la mesa y deja a todos asombrados. La veo caminar con decisión hacia una mesa que se encuentra dos después de la nuestra y se detiene detrás de una figura que nos da la espalda.

Miro a Ross como si tuviera la respuesta a la actitud de la abuela y ella se encoge de hombros al igual que Richard y Sofi, quienes también se levantan para seguirla. Cuando veo girar a la figura que nos da la espalda, comprendo a qué se debe la impresión de la abuela. Había olvidado que el restaurante donde nos encontramos pertenece a la cadena que dirige Tereza, mas no imaginé encontrármela aquí.

La veo pasear la vista de un lado a otro, recorre los rostros que la rodean, en último instante le veo dirigir su mirada hacia la puerta como si deseara echar a correr, pero al verse rodeada de nosotros, suelta un suspiro cansino.

—¿Tereza?! —exclama la abuela, lo hace sonar como una pregunta. Tal parece que no la reconoce.

—Doña Julia, qué bueno verla —suelta pasado unos segundos.

—Sí. Mucho tiempo. ¿Cómo has estado?

Mi vista no se aparta ni por un momento de ella, su cuerpo se ve tenso apretando contra sí a la niña que lleva en brazos, pese a que intenta varias veces levantar la cabeza. Imagino que por escuchar más voces a su alrededor. Tereza no se lo permite, la obliga a permanecer con su cabeza oculta entre la curvatura de su cuello.

—Muy bien, señora Julia. Me ha alegrado verla, tengo que irme, yo...

—¿Es tu hija? —Extiende su brazo como para tocar a la pequeña y mi ceño se frunce al ver a Tereza dar un paso hacia atrás.

—Sí —responde de manera simple.

—¿Puedo verla?

—Llevo prisa, será...

—Solo será un segundo. No te tomará mucho tiempo. —Siento que ruega.

Los ojos de Tereza se clavan en mí y un escalofrío me recorre el cuerpo. Después de lo que parece ser una eternidad, acaricia la espalda de la niña mientras le habla al oído, esto hace que levante su rostro hacia nosotros. Ella nos observa de manera curiosa, sus ojos se detienen en los míos y sonrío.

«¡Qué hermosa es!».

—¡Qué hermosa es! —suelta la abuela como si me leyera el pensamiento—. ¡Hola, cielo! ¿Cómo te llamas!

—Veleta —dice con su vocecita de niña, a lo que supongo su nombre es Violetta.

—Tienes un hermoso nombre.

—Vio... —Se escucha decir otra vocecita saliendo detrás de Tereza—. ¿Te vas? —indaga y sus ojitos se tornan triste.

—Mami —habla la niña y sus ojos también se cristalizan.

Veo a Tereza inclinarse y hablarle al niño, luego hace lo mismo con una señora que supongo es su madre. Esta asiente y toma al niño entre sus brazos.

—Señora Julia, de verdad lo siento mucho, pero ya tengo que irme.

—¿Podremos vernos otro día? —cuestiona la abuela.

—Cuando usted quiera. —Saca una tarjeta de su cartera y se la entrega—. Llámeme. Hasta

luego.

La veo caminar con prisa hasta la salida del restaurante, no tarda en desaparecer por la misma.

De regreso a nuestra mesa, me percato de una mano que sostiene la mía, levanto el rostro y me encuentro con la mirada de Sofí, no le tomo importancia; al parecer, mi amigo Richard sí, porque me observa enarcando sus cejas.

Llegamos a casa, cada cual se encierra en su habitación.

Medía hora después, escucho unos ruidos fuertes, preocupado, salgo a ver qué está pasando. Sigo el sonido y llego a la habitación de la abuela que es de donde provienen. Empujo la puerta, ya que se encuentra ligeramente abierta.

—¿Abuela? ¿Qué haces? —susurro al ver cómo se mueve por toda la habitación removiendo cosas. Aunque no haya desempacado, esta no es la forma correcta.

No me contesta y sigue en lo suyo. Momento más tarde, la veo tomar algo parecido a una fotografía y llevar su mano a la boca y la cubre como si no creyera lo que ve.

Levanta su rostro y veo cómo se desliza una lágrima por su mejilla, cuando repara en mi presencia, sonrío, camina hasta donde estoy, me abraza y luego me empuja fuera de la habitación para cerrarme la puerta en la cara.

Narra Tereza

Habían pasado dos días desde el incidente en el restaurante, todo marchaba con normalidad a pesar del susto que me llevé con la reacción de la señora Julia al ver a Violetta. Al otro día, lo hubiese olvidado. Ahora me encuentro en la oficina poniéndonos al día con Karen sobre las cuentas de la empresa; todo marcha bien.

—Hemos tenido ganancias del cuatro por ciento en lo que va de año —le digo a Karen cuando escucho que tocan a mi puerta—. Adelante. —Veo a Johanna ingresar por ella—. ¿Ocurre algo?

—Sí. Hay una señora afuera que pregunta por usted.

—¿Tiene cita? —Intento recordar si tenía alguna reunión programada para hoy.

—No. Pero dice que es muy importante hablar con usted y que no se irá hasta que lo haga.

Mi frente se arruga sin comprender quién puede ser esa señora y qué querrá hablar conmigo.

—Hazla pasar. —Cierro los libros contables—. Seguiremos esto más tarde —le informo a Karen, ella asiente, se lleva los libros con ella y sale de mi oficina.

—Pase, señora. —Escucho decir a Johanna.

—¡Buenos días, Tereza! —saluda la señora Julia al ingresar en mi oficina, me deja sorprendida.

—Señora Julia, tome asiento, por favor —digo al salir de la sorpresa—. ¿Le puedo ofrecer algo de tomar?

—Agua estaría bien, gracias.

Me comunico con Johanna para que le sirva agua, cuando lo hace, se retira y nos deja una vez más solas. Cuando veo que pasan varios minutos y no dice nada, hablo.

—¿Qué la trae por aquí, señora Julia? —suelto sin poder soportar más el silencio instalado entre nosotras.

—Bueno... —Sonríe y siento que se burla de mí—. La verdad que he querido hablar contigo desde nuestro encuentro en el restaurante. —Al decir aquello, me pongo en alerta.

—Ah, ¿sí? —Intento conservar la calma—. Debe ser muy importante para que haya venido hasta acá.

—Lo es. —El silencio de momentos atrás vuelve—. ¿Cómo está tu hija? —Hace que mi corazón lata a prisa.

—E-Ella está bien, gracias por preguntar.

—Sabes, cuando la vi no pude evitar recordar a la mía. —Su voz suena nostálgica.

—¿La madre de Edward? —Me atrevo a preguntar con miedo.

—Sí. —La veo buscar en su bolso y extrae una fotografía que luego me entrega—. Mira. —Un jadeo de sorpresa sale de mi boca.

—E-Es esa... —Trato de hablar, pero ninguna palabra sale de mí.

—Es idéntica a Violetta —habla por mí, dos lágrimas se deslizan por mi mejilla.

—Lo sabe, ¿verdad? —afirmo y ella asiente con su cabeza.

—Lo correcto no es que yo lo sepa, la pregunta aquí es, ¿por qué Edward no sabe que tiene una hija?

Todo quedó en silencio, puedo escuchar los latidos de mi corazón. A mi mente viene cada recuerdo que tengo con mi hija. El miedo a perderla se hace más intenso, más real. Muchas veces traté de decirle a Edward que estaba embarazada, cuando Violetta nació también intenté comunicarme con él para hacerle saber que teníamos una hija, pero no fue posible comunicarme, y el día que lo logré, quien me contestó fue Ross colgándome la llamada antes de poder hablar con

él, pidiéndome que me alejara de su hermano.

Entendí su preocupación, sabía que lo que ella evitaba es que volviera a hacerlo sufrir, en su momento la admiré por eso. Sin embargo, me hubiese gustado que me permitiera hablar con él en ese momento, porque después no tendría el valor para decirle a Edward de la existencia de su hija. Lo sé, suena egoísta y cobarde de mi parte, pero es mi realidad. Quiero poder decirle a Julia que lo intenté, que intenté decirle a Edward de su hija; el destino no me dio la oportunidad y que, al ver el desprecio de él hacia mi persona, desistí de la idea. Me llené de temor; tengo miedo de que rechace a su hija como me rechaza a mí, eso nunca lo podría permitir, porque antes que todo está la felicidad y el bienestar de Violetta, si es necesario llevarla a otro continente para evitar que ella sufra, lo haré, mi hija está por encima de todo y todos. Ni Edward, que es su padre, podrá pasar sobre mí.

—Estoy esperando una respuesta, Tereza, ¿por qué mi nieto no sabe que tiene una hija? Espero que tengas una explicación muy convincente porque en este momento estoy muy decepcionada de ti —dice con tristeza—. Siempre te consideré una mujer muy inteligente con un gran corazón, pero veo que me he equivocado, lo que has hecho raya en lo inhumano. Edward merece saber que tiene una hija. —Sus ojos se ven brillosos por las lágrimas retenidas.

—Lo intenté. —Mi voz es apenas audible—. Intenté muchas veces decirle de la existencia de Violetta, pero las veces que contacté con él, no logré comunicarme, hubo solo una vez y quien respondió a mi llamada fue Ross. —Lo que más deseo es borrar la cara de decepción del rostro de doña Julia.

—¿Ross? Ella nunca dijo que llamaste...

—Y no lo iba hacer. —Sonríó con tristeza—. Esa vez me colgó la llamada pidiéndome que nunca más vuelva a intentar comunicarme con su hermano.

—Pero ¿cómo es eso posible? Esa niña...

Le cuento cada detalle de lo ocurrido en estos últimos años desde mi embarazo, hasta que me interrumpe.

—Comprendo lo que me has contado, entiendo tus miedos respecto a esta situación, pero la más perjudicada en este lío será la niña. ¿No has pensado qué pasará cuando comience a preguntarse por qué los demás niños tienen papá y mamá, y ella no?

—Claro que lo he hecho, me lo he imaginado miles de veces. —Rompo en llanto—. Compréndame, doña Julia, tengo miedo, miedo a la reacción de Edward cuando se entere, no puedo decírselo ahora, no en estos momentos cuando su corazón está lleno de rencor, de un rencor dirigido hacia mí.

—No puedes pasarte la vida con miedo a la reacción de mi nieto, él necesita saberlo, la niña merece tener a su padre con ella —exclama—. Conozco a Edward, sé que cuando se entere se molestará y es normal que lo haga, pero luego recapacitará, querrá estar con su hija —susurra un poco más calmada.

—Está bien, pero le pido que me dé tiempo para decirle, buscaré el momento adecuado para hacerlo.

—El momento adecuado pasó hace tiempo, Tereza, el tiempo es hoy. —Alza la voz.

—Deme un mes... —ruego.

—Imposible, eso es mucho tiempo.

—Solo un mes —suplico—. Quiero preparar a Violetta para decírselo también.

Mis ojos la observan detenidamente. Temo que no me permita el plazo que le pido, es que aparte de preparar a Violetta y explicarle lo de su padre, yo también necesito prepararme para la

reacción de Edward.

—De acuerdo. —Suelta un suspiro cansino—. Te daré un mes para que le digas a mi nieto que tiene una hija, pero con una condición.

—¿Cuál?

—En ese mes quiero que me permitas estar junto a la niña, que me permitas estar con ella de alguna forma, es mi bisnieta, quiero conocerla. Esa es la condición que tengo para no ir en estos momentos a decirle a Edward que tiene una niña.

Las semanas han transcurrido con normalidad, bueno, dentro de lo que cabe. Han pasado dos semanas desde que hablé con Julia y está de más decir que me hizo cumplir mi palabra de poder conocer a Violetta. Creo que es una de las mejores decisiones que he tomado, aun bajo cohesión; mi hija ha estado feliz, ha compartido con su abuela, han ido al parque a comer helados, incluso Julia es quien ha estado pasándola a buscar al colegio.

La reacción de mi hija cuando le dije que tenía una abuela me sorprendió.

—¿Y papi?

—¿Papi?

—Sí. En el colegio lo niño que tienen abela tienen papá. —Hace un puchero como si lo que me explicara es algo que yo debería saber.

Miro a la señora Julia que, hasta ese momento, se encuentra detrás de mí a una distancia prudente, aunque esta le permita escuchar la conversación que tengo con la niña.

Sonríe y en sus ojos noto aquel brillo común en los seres humanos que dice: "Te lo dije".

—Eh... —Intento explicarle a Violetta por qué su padre no se encuentra en estos momentos con nosotras, pero nada coherente sale de mi boca.

Sus ojos me escudriñan esperando una respuesta.

—Lo que pasa, mi cielo, es que tu papi está de viaje, pero pronto se reunirá con nosotras —interviene Julia y de todo corazón se lo agradezco—. ¿Verdad, Tereza?

—Sí, mi amor —respondo—. Tu papi está de viaje, pero pronto estará con nosotras.

—¿Quen ele tú? —Observa a Julia.

—Yo...

—Ella es Julia, tu abuela. —Espero de forma ansiosa su reacción.

—Lulia —dice y sonrío—. Mi abela.

Desde ese día ninguna se ha separado de la otra. Sin embargo, el tiempo avanza y mi miedo aumenta a la espera del momento que Edward se entere.

Sé que Julia cumplirá su palabra si el plazo que me dio se cumple y no he dicho nada.

Esta semana he tenido tiempo de pensar, de buscar las palabras correctas para decirle, he ensayado frente al espejo, pero ninguna palabra es adecuada para hacerlo. Debo agradecer que, por lo menos, no se haya aparecido por la empresa, sino que ha estado enviando a Richard para que sea él quien tenga que reunirse conmigo.

Me llena de dicha y me entristece al mismo tiempo, mi mente repite una y otra vez la imagen de él junto a Sofía en el restaurante agarrados de las manos. ¿Será que tienen algo? ¿A lo mejor ella le prohibió que pisara mi oficina? No sé qué pensar, pero de algo estoy segura y es que el dolor que siento al imaginármelo con ella me carcome por dentro. Ella que, de alguna forma, es la culpable de nuestra separación. Tengo tantas ganas de preguntarle qué se trae con ella, mas no tengo derecho a hacerlo cuando fui yo quien lo alejó.

Mañana por la noche podré verlo, me muero de los nervios. William me invitó al compromiso de su hijo y no pude negarme, insiste alegando que él estará allí, quiero verlo, pero no en esas

circunstancias.

Su hermana me odia desde que rompí con él, el desprecio que me tenía regresó, no la culpo, pero duele. Lo que menos quiero es estar en un lugar donde no soy bienvenida, aunque Cristián me aprecia e insistió, al igual que su padre, en que vaya a su fiesta, no quiero que Ross se sienta incómoda por mi culpa.

Solo queda esperar, deseando que todo salga a la perfección. Mi vestido lo compré ayer, así que no debo de preocuparme por ello. Veremos qué sucede. Sé que él estará ahí, es su hermana la que se compromete.

Me observo en el espejo una vez más, compruebo mi atuendo. Elegí un vestido corto blanco que no es del todo de mi agrado, pero es perfecto para la ocasión. Lo compró Clara y me exigió que lo use, según ella, le demostraría a Edward de lo que se está perdiendo.

Al final opté por él, según tengo entendido, la celebración del compromiso se va a celebrar en uno de mis restaurantes en una cena íntima donde solo están invitados los familiares de los novios y la familia más cercana. Dejo mi cabello suelto y paso mis manos por él para acomodarlo un poco. Cuando me cercioro de que todo está en orden, decido salir de la habitación para esperar a William, él quedó de pasar a recogerme a las ocho y faltan solo diez minutos.

Al llegar a la sala, este ya se encuentra ahí con las piernas cruzadas en uno de los sofás.

—¡Estoy lista! —me anuncio al ver que mantiene su vista en mí, sin moverse.

—Estás hermosa. —Depositita un beso en mi mejilla—. Serás la envidia de esta noche.

—Exagerado, aunque tú sí que estás guapo.

—Nací así. —Se encoge de hombros haciéndome reír.

—No lo dudo. ¿Nos vamos?

—Por supuesto. Las damas primero. —Extiende su mano derecha cediendo el paso.

Llegamos al restaurante, me detengo un momento y busco calmar mi respiración.

—Todo estará bien —dice William al notar mi inquietud.

Asiento con la cabeza y le regalo una sonrisa. Coloca su mano en mi cintura instándome a caminar. Nos adentramos y mis ojos recorren la estancia. Admiro la decoración, los tonos crema y azul prevalecen.

—¡Buenas noches! —saluda William sacándome del trance en el que estaba—. Disculpen la demora.

Mi vista se dirige a la mesa donde ya se encuentran todos, observo cómo cada uno de ellos tiene su mirada clavada en nosotros. Mis ojos buscan los de Edward, al encontrarlo, un escalofrío recorre mi cuerpo entero haciendo que me estremezca. Sus ojos reflejan rabia, odio y al fijarme bien, puedo notar que no me mira, sino más bien la mano que William tiene en mi cintura. Estoy tentada a apartar la mano de William, pero mi instinto desaparece cuando veo a Sofia acariciando su hombro, lo que hace que él gire hacia ella.

—¡Qué bueno que ya han llegado! —habla Julia, quien rompió el silencio que se formó después de nuestra llegada—. Por favor, tomen asiento.

Nos dirigimos a nuestros lugares. William, como buen caballero, retira mi silla invitándome a sentar. Al hacerlo, respiro tranquila al darme cuenta de que a mi lado derecho se encuentra Richard, a quien sonrío y del lado izquierdo William.

La cena transcurre suave dentro de lo que cabe, yo solo me limito a comer intentando que mi mirada no se dirija donde Edward se encuentra. En ocasiones no puedo evitarlo y nuestras vistas conectan, él la apartaba con rapidez, se dedicaba a sonreírle y hablar con Sofia, aquello hizo y hace que mi corazón se encoja del dolor.

—¿Quieres bailar? —inquire William en mi oído. Asiento y busco alejarme un poco de estos sentimientos que me abruman.

Extiende su mano hacia mí, la tomo y vamos a la pista de baile. Nos movemos al son de la música, en la segunda canción ya me he olvidado de Edward y su amiguita; William logra hacerme reír a carcajadas. No sé si es el vino o lo bien que él me hace sentir, pero mis brazos lo rodean atrayéndolo más hacia mí.

—¿Tereza? —me llama.

—Mmm. —Es toda la respuesta que doy.

—Será mejor que no vuelvas a hacer eso —dice y su voz suena un poco ronca.

—¿El qué? —pregunto a la vez que deposito otro beso en la curvatura de su cuello.

—Soy tu amigo, pero también soy un hombre. Además, quiero conocer a mis nietos y por la mirada que me está dirigiendo Edward en estos momentos, dudo que lo haga.

—Él no tiene por qué meterse en mi vida. —Me limito a decir—. Él también se está divirtiendo de lo lindo —resuello—. Yo también tengo derecho a hacerlo, entre él y yo no hay nada.

—¿Quieres que te lleve a casa? —Ahogo un puchero y niego—. Creo que te has pasado con el vino.

—No. Iré a refrescarme un poco.

—¿A dónde vas?

—Al baño, ya regreso.

Narra Edward

Mi cuerpo reaccionó en el instante que la vi ingresar con el imbécil ese. Mis ojos se dirigen al lugar donde él la tiene sujeta de la cintura. Estaba a punto de levantarme y alejarlo de mi mujer.

«¿Tu mujer?», pregunta mi consciencia burlándose de mí. «Ella es mía y quería dejárselo claro a ese idiota».

Siento una mano sobre mi hombro izquierdo, giro hacia al lugar de donde proviene el toque y me encuentro con la mirada de Sofí.

—¡Contrólate! —dice en mi oído. Sonrío, le hago ver que estoy tranquilo, aunque por dentro exploto del coraje.

La cena transcurre con una lentitud desesperante, mi mirada conecta en más de una ocasión con la de Tereza. Al parecer no soy el único que se siente alterado por la presencia del otro. De reojo veo cómo se levanta y se dirige a la pista de baile con William.

¿Ya no es el idiota? Sigue siendo un idiota.

Mis ganas de asesinarlo aumentan al ver cómo Tereza lo rodea con sus brazos pegándose más a él. La veo hablarle algo al oído y deseo con todas mis fuerzas saber qué le dice.

—¿Quieres bailar? —inquire Sofí a mi lado. Niego con la cabeza sin apartar la mirada de la pista de baile.

Veo a Tereza apartarse de él, se dirige por un pasillo y en ese instante me levanto de la mesa dispuesto a seguirla. Una mano se cierne sobre mí, la aparto sin perder de vista mi objetivo. Cuando voy a mitad de camino, un cuerpo frente de mí me impide avanzar.

—Apártate. —Aprieto mi puño buscando controlarme y no armar un show en el compromiso de mi hermana.

—No voy a permitir que le hagas daño otra vez —suelta William haciéndome reír.

—No sé qué te haya contado, pero te aseguro que yo no soy el malo de la historia. Ahora, apártate de mi camino o no respondo.

Levanta la mano y se aparta. Sin embargo, cuando intento avanzar, vuelve y me detiene. Gruño.

—La lastimas y te las verás conmigo —suelta y lo veo dirigirse hacia donde están los demás.

Llego al final del pasillo, dos puertas aparecen ante mí indicándome los baños, abro la puerta del que indica que es el femenino y me introduzco en él. Por suerte, la única persona que está en el lugar es Tereza, me da la espalda sin percatarse de mi presencia. Mis ojos la recorren de arriba abajo; me detengo más de la cuenta en sus piernas desnudas.

—¿Qué haces aquí? —inquire ella y me saca de mi ensoñación.

¿En qué momento giró?

—¿Qué haces aquí? —Vuelve a preguntar con un tono más fuerte al ver que no le respondo.

La veo tomar su bolso dispuesta a salir de aquí, agarro su abrazo y la atraigo hacia mí.

—¿Q-Qué crees que estás haciendo? —Se remueve en mis brazos buscando soltarse. Aprieto más el agarre que tengo sobre su cuerpo, coloco una mano detrás de su cuello y la otra en su cintura, juntos mis labios con los de ella en un beso dominante, posesivo; encuentro su lengua y la acaricio con la mía, esto provoca que un gemido salga de su boca.

La alzo y la coloco en el lavamanos sin dejar de besarla.

El oxígeno comienza a hacernos falta, por lo que dirijo mis labios por todo su cuello.

—Eres mía —susurro en su oído y muerdo su lóbulo—. Solo mía. —Acaricio sus piernas, siento que explotaré en cualquier momento.

Escucho un teléfono sonar, lo ignoro y vuelvo hacia sus labios, muerdo el inferior con fuerza,

pero sin hacerle daño.

El teléfono vuelve a sonar y ella me aparta con fuerza. Me asombro.

Busca en su bolso hasta encontrar el aparato, se lo lleva al oído e inmediatamente la mirada de deseo que tenía desaparece y es sustituida por una de preocupación.

—¿En qué clínica están? —Su tono de voz es de miedo—. Sí. Ya salgo por allá.

Sale corriendo del baño y la sigo, necesito una explicación. ¿Quién la llamó? ¿Qué la alteró de esa manera? Llego junto a ella, la veo hablando con William.

—Bertha la ha llevado a la clínica. —Escucho que le dice—. Tengo que ir con ella. —Llora, me duele verla así, desesperada, angustiada. William sale deprisa.

Aparece un par de minutos después, le dice algo a su hijo, para luego marcharse con Tereza y deja instalada una angustia en mi pecho.

Vuelvo a la mesa al mismo tiempo que lo hace Cristián.

—¿Qué le pasó a Tereza? —pregunta la Abuela—. ¿Por qué se fue de esa manera?

—Violeta tiene fiebre y tuvieron que llevarla a la clínica —responde Cristián aparentemente tranquilo, pero lo noto preocupado.

¿Será algo muy grave?

—¡Violetta! —exclama ella haciéndonos sobresaltar a todos.

—Sí. Al parecer le subió un poco más de la cuenta, mi padre prometió llamar cuando sepa algo —dice.

Veo cómo la Abuela se mueve incómoda en la mesa, le resto importancia y le doy un trago a mi copa de vino.

—Me retiro —habla después de un momento la abuela, toma su bolso y se levanta de la mesa.

—¿A dónde vas, abuela? Llegaste conmigo y yo te llevo —le digo.

—No. Yo llamaré un taxi. —Toma su teléfono y empieza a marcar; sus manos tiemblan y comienzo a preocuparme.

—Está bien, vamos, yo te llevaré a casa. —Le quito el teléfono y cuelgo la llamada.

—Pero, pero...

—Pero ¿qué? —pregunto con el ceño fruncido.

—No quiero ir a casa, quiero ir a la clínica, necesito saber cómo está Violetta. —La angustia en su voz me desconcierta.

—Entiendo que estés preocupada, abuela, pero ya es muy tarde, lo mejor será que vayas en la mañana.

—No. Necesito ir ahora. —Comienza a caminar hasta la salida, la sujeto del brazo y la detengo.

—No vas ir a ningún lado, no voy a permitir que andes sola a esta hora de la noche.

—¿Quién te crees? —grita enojada—. No soy una niña para que me trates así.

—Abuela, ¿qué te pasa? —Habla Ross quien se mantenía apartada hasta el momento—. ¿Cuál es tu preocupación por esa niña? Entiendo que te preocupes por ella, pero la forma que lo haces es como si esa niña fuera algo tuyo y no lo es. ¿No te das cuenta que me lástima, que lástima a mi hermano al querer ir en ayuda de alguien que no lo merece? —Su voz se torna ronca—. Esa mujer hirió a mi hermano, jugó con él y tú quieres irte de mi fiesta de compromiso tras una mujer que no merece la mínima compasión. —Cristián la rodea con sus brazos buscando que se calme.

—Julia, tu nieta tiene razón —apoya Sofí.

—¡Ya basta! —grita haciendo que todos permanezcamos en silencio; lágrimas corren por sus mejillas—. Ustedes no saben nada, no entienden nada. Esto no puede seguir así —susurra como para ella, sin embargo, logro escucharla.

—¿A qué te refieres, abuela? ¿Qué es lo que no puede seguir así?

—Lo siento —dice dirigiéndose hacia mí—. Ella prometió decírtelo, ella me pidió tiempo y yo se lo concedí...

—¿De qué estás hablando? No logro entenderte nada, abuela —interrumpo.

—Mi preocupación por esa niña se debe a que ella lleva mi sangre.

—¿¡Qué!?! —preguntamos Ross y yo al unísono.

—Violetta es mi bisnieta, ella es tu hija —dice. Las exclamaciones de sorpresa no se hacen esperar, nadie dice nada. Intento que mi cerebro le envíe la orden a mis labios para que se muevan, pero nada sale de ellos.

—¿Abuela? —la llama Ross—. ¿Es... es eso cierto? —pregunta.

Siento a alguien jalarme por mis brazos y sentarme en una silla, mis manos se dirigen a mi cabeza despeinándome.

—Lo es. —Escucho decir a alguien y creo que es Cristián.

—¿¡Qué!?! ¿Tú lo sabías? —Escucho que Ross le pregunta—. ¿Cómo pudiste ocultarme algo así? —Escucho el sonido de una palma sobre algo.

—No me correspondía a mí decirlo —dice.

—¡Por Dios! ¡Estamos hablando de mi sobrina! ¿Y tú, abuela? ¿Cómo te atreviste a ocultarnos algo así? —Por su tono de voz sé que está llorando.

—No me correspondía —se limita a decir.

—Ya no vengas con eso... ¿Desde cuándo lo sabías? —interroga.

—Desde la vez que nos encontramos en el restaurante... Yo...

Ahora entiendo muchas cosas, las veces que tuve contacto con la niña ella siempre trataba de ocultarla, como si temiera a mi presencia.

—¿En qué clínica están? —pregunto recuperando la voz.

—Cariño, yo...

—¿En qué clínica están, abuela? No lo volveré a repetir.

—En la Ángel guardián.

Tomo mis llaves y corro rápidamente hasta la salida.

Espero hasta que el *valet parking* traiga mi auto. Cuando este aparece, ya todos han salido al restaurante. Richard se acerca a mí arrebatándole las llaves que el *valet parking* iba a entregarme.

—No puedes conducir en ese estado, vamos, yo conduzco. Nos subimos al auto y partimos hasta la clínica.

Esta no te la voy a perdonar, Tereza Roberts, juró que, si a mi hija le pasa algo, sin haberla conocido, te fundiré en la cárcel.

Llegamos al hospital y salgo apresurado del vehículo, no está entre mis planes mirar atrás para ver si la puerta quedó completamente cerrada. La recepcionista se niega a darme la información que necesito acerca de dónde tienen a mi hija. ¡Por Dios, es que tengo una hija!

—Déjame intentarlo —dice Richard, quien se encuentra a mi lado—. Trata de calmarte, por favor, o harás que nos saquen de aquí antes de que puedas verla. —Asiento, lo veo hablar con la recepcionista, me señala, ella me observa por unos segundos antes de apartar la vista y dirigirla al computador.

—Gracias. —Escucho decir a mi amigo—. Está en cirugía en estos momentos. —La sangre en mi sistema se congela, todo me da vueltas.

—Si... si le llega a pasar algo a mi hija, te juro...

—Nada le va a pasar —me interrumpe—. Quizá no sea nada grave. —Palmea mi hombro, trago

saliva mientras nos dirigimos al ascensor.

Al llegar a cirugía siento que me toma una eternidad, salgo del ascensor con prisa y no tardo mucho en dar con la causante de mi agonía. Sentada, con las manos en la cabeza y con Bertha a su lado acariciando su espalda. Al verla mi enojo crece, llego en dos grandes zancadas hasta ella, la tomo con fuerza de su brazo izquierdo haciendo que se levante de la silla, su rostro queda a tres centímetros del mío.

—¿Cuánto tiempo más ibas a esperar? —Es la primera pregunta que sale de mi boca.

Sus ojos se abren como queriendo salirse de sus cuencas, lo que me da a entender que no es necesario repetir la pregunta porque ella me ha entendido.

—¡Contéstame, maldita sea! ¿¡Pensabas ocultarme para siempre que tengo una hija!? —Mi respiración es cada vez más pesada, siento una mano en mi hombro, sé que es Richard buscando que me calme, lo fulmino con la mirada y él se aparta.

—M-Me lastimas. —Su voz es como un susurro.

—¡Me importa un comino! —digo exaltado—. No creo poder hacerte más daño como el que tú me has causado a mí hasta el momento. —El malestar en mi voz es palpable.

De repente siento cómo soy apartado de ella de manera brusca; al buscar el causante de la intromisión, observo a William de espalda a mí inspeccionando el brazo de Tereza, el cual yo tenía agarrado hace un momento.

Mis manos se convierten en puños mientras mi pecho sube y baja de manera descontrolada.

—¡Apártate! —grito dando dos pasos hacia ellos.

—Estás muy equivocado si piensas que permitiré que la sigas lastimando.

—Imbécil. —Veo a Richard queriendo llegar hasta mí, pero ya es demasiado tarde, mi puño impacta contra la mejilla de Paterson. Tereza lanza un pequeño grito, al igual que Bertha, se arrodilla en el suelo y trata de socorrerlo cuando este cae al suelo.

Él la aparta y se levanta. Limpia la comisura de su boca.

—Te advertí que te apartaras. —Lo señalo con mi dedo índice.

—Y yo te dije que no dejaré que le hagas daño. —Su puño da contra mi mejilla. Cuando intento volver a golpearlo, Richard me detiene colocándose frente a mí.

—Si sigues con esto, nos sacarán de aquí. ¿Es eso lo que quieres?

Niego con la cabeza, miro el pasillo y veo cómo se acercan dos hombres uniformados, es la seguridad de la clínica.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta uno de ellos.

—Nada, oficial —contesta mi amigo—. Todo en calma.

El hombre nos observa por unos segundos hasta que al final deciden marcharse, no sin antes darnos una mirada de advertencia. Mientras ellos se pierden por el pasillo, veo ingresar a mi familia, a Sofí y a Cristián, este último se detiene al lado de su padre.

—¿Cómo está la niña? —inquire la abuela, preocupada. Me siento un idiota al instante, ni siquiera pregunté por el estado en el que se encuentra mi hija.

Tereza me observa con sus ojos bañados en lágrimas.

—La están operando de emergencia en estos momentos. —Deja escapar un sollozo—. Los médicos todavía no nos dicen nada.

Un impulso me hace dar un paso al frente buscando consolarla, decirle que todo irá bien, pero este es frenado al observar cómo William la envuelve en sus brazos, besa su cabeza y susurra en su oído.

—¿A dónde vas? —indaga Richard al ver que me levanto del asiento de donde estoy.

—Necesito respuestas. Necesito saber por qué me la ocultó todo este tiempo.

—Te entiendo, pero no es el momento adecuado. Primero espera que salga el médico a decirnos algo de la niña. A pesar de lo que te ha hecho, es su hija la que está en el quirófano en estos momentos, no debe de estar pasándola bien.

Dirijo mi vista hasta donde se encuentra, las lágrimas no dejan de salir de su rostro. La abuela intenta consolarla. Ross está sentada un poco alejada mientras Cristián la observa desde la pared en la cual está recostado.

La puerta del quirófano se abre de imprevisto y todos nos ponemos de pie como un resorte.

—¡Doctor! ¿Cómo está mi hija? —jadea Tereza antes de que este siquiera abra la boca.

—La niña está en perfecto estado, le hemos extirpado las amígdalas que fueron la causa de la inflamación en su garganta; la fiebre y el dolor fueron producto de dicha complicación, todo está en orden.

—¡Gracias al cielo! —exclama la abuela.

—¿Puedo verla? —pide Tereza.

—Sí. En unos minutos la llevaremos a la sala y podrán verla. Solo una persona a la vez, deben tener cuidado, al ser una niña tan pequeña el proceso de recuperación puede resultarle un poco difícil, deben evitar que se esfuerce intentando hablar. Hay que mantenerla en completo reposo.

—Muchas gracias, doctor.

—Es mi deber servirle. —Se retira.

Unos minutos más tarde aparece una enfermera indicando que ya podemos ver a la paciente. Conduce a Tereza por un pasillo y no dudo en seguirla.

Cuando llegamos a la puerta, la enfermera repara en mí.

—Solo puede pasar uno.

—Yo iré —digo y esta se queda sorprendida.

—¡No me puedes hacer esto, Edward, yo soy su madre! —chilla Tereza.

—¡Yo soy su padre, maldita sea! —grito y veo cómo se sobresalta. Por suerte la enfermera se retiró—. ¿Hasta cuándo me seguirás negando la oportunidad de acercarme a ella? —pregunto un poco más calmado.

—No te la estoy negando....

—¿Y qué se supone que has hecho todo este tiempo?

—Intenté comunicarme contigo varias veces. —Veo cómo los demás se acercan a nosotros—. Pero nunca atendías a mis llamadas y el día que al fin lo logré... —Se detiene al observar que ya no estamos solos.

—¿Qué pasó? —insisto al ver que no tiene intenciones de seguir.

—Nada. Solo déjame entrar a ver a mi niña, por favor, no es conveniente que sea a ti a quien vea al momento de despertar, no puedes simplemente presentarte ante ella y decirle, ¡oye, adivina qué! ¡Soy tu padre! —Me duele en el alma saber que tiene razón—. Déjame hablar con ella primero, tenemos que esperar a que se recupere.

—Está bien, pero quiero que cuando eso suceda, pueda acercarme a mi hija, no me gustaría tener que llegar a los tribunales contigo. No quiero más excusa.

—¡No me amenes! No tienes ningún derecho.

—No es una amenaza. Estás advertida. —La señalo con mi dedo índice para luego darme la vuelta.

Al girar, observo cómo la abuela me mira con desaprobación. La ignoro por completo sentándome en una de las sillas que se encuentra disponible en el pasillo. Y por fin me permito

asimilar con exactitud que soy padre. Tengo una niña de tres años. Me permito sonreír sin disimularlo al imaginarla entre mis brazos.

Narra Tereza

Hoy es el gran día. Hace un mes de la operación de Violetta y ella se encuentra recuperada, hoy es el día acordado para decirle a la niña que tiene un padre. Este mes ha sido tedioso, Edward no me ha dejado en paz ni un momento insistiendo en pasar tiempo con ella.

Ahora que está recuperada y ya puede hablar, he decidido reunirme con Edward aquí en casa, pues creo que es el lugar más conveniente. Bertha se ha encargado de preparar la cena y dejarla lista en el comedor.

Faltan diez minutos para las seis, la hora en la que Edward tiene que llegar. El sonido del timbre hace que mis nervios aumenten.

Respiro varias veces para buscar el valor que necesito para enfrentar esta situación y me dirijo hasta la puerta. Al abrirla, los ojos grises de Edward me reciben, el aire se escapa de mis pulmones. Cada vez que lo veo está más guapo. No debería sorprenderme, pero lo hace.

—¿Puedo pasar? —dice al ver que me he quedado parada y callada en la puerta.

—Sí, sí, claro. —Me aparto un poco permitiendo que él entre.

Lo observo mirar todo a su alrededor, por la expresión de su cara, sé que está recordando los momentos que vivimos en casa.

—Iré a buscar a Violetta.

Sacude su cabeza como si quisiera borrar algo de su mente.

—Le traje un regalo. —Extiende una pequeña caja en mi dirección.

—Será mejor que se lo entregues tú. —Su mirada no se aparta de mí—. Puedes pasar al comedor, ya sabes dónde está.

Con pasos cortos, me dirijo hasta la habitación de Violetta, al llegar la veo en la alfombra jugando con uno de los osos de peluche que le ha regalado William.

Bertha, a su lado, levanta la cabeza al escuchar la puerta.

—Señora...

—He venido por ella.

—¡Mami! —exclama al verme, corre hasta mí y extiende sus brazos para que la alce.

—Espero que todo salga bien —comenta Bertha al verme salir de la habitación con la niña en brazos.

Asiento en su dirección deseando que así sea.

Cuando llego al comedor, Edward está de espalda a nosotras. Hago un ruido con la boca para llamar su atención. Sus ojos brillan al ver a Violetta y esta lo observa con curiosidad.

—¿Qen ele? —pregunta ella.

Edward la observa a ella y luego a mí, abre su boca en varias ocasiones, pero sin emitir ninguna palabra.

—Hay algo que tengo que decirte, mi cielo, pero será después de la cena. Edward cenará con nosotras. —Lo señalo.

Ella asiente haciendo un puchero, pero no vuelve a preguntar sobre el tema.

La cena transcurre entre los parloteos de Violetta contándonos cómo ha estado su día.

Al terminar, la tomo en brazos caminando hacia la sala con Edward tras mi espalda. La siento en el sofá, Edward y yo hacemos lo mismo cada uno a un lado.

—Violetta.

—¿Sí, mami? —Mis ojos se cristalizan al ver cómo me observa con fijeza.

—¿Recuerdas cuando me preguntaste por tu papá? —Ella mueve su cabeza diciendo que sí—.

¿Recuerdas que te dije que él estaba trabajando y que algún día vendría por ti? —Levanto la vista un momento, veo cómo el rostro de Edward se llena de sorpresa al escuchar mi confesión, pero vuelvo a prestar atención a la niña—. ¿Lo recuerdas?

—Sí, ya vino por mí, mami. —Sus ojos brillan, emocionados.

—Sí, mi amor.

—¿Y dónde eta? —Se gira hasta quedar frente a frente a Edward y luego vuelve a mirarme.

—¿E él? —Asiento, vuelve su rostro hasta Edward y lo contempla por varios minutos sin decir una palabra.

—¿Tú ele mi papi?

—Sí. —Su voz se escucha más grave de lo normal.

—¿Tú me quiele? —Vuelve a preguntar.

—Sí.

El silencio de Violetta se extiende por un largo periodo en lo que solo observa a Edward detenidamente.

—E lindo como Santi —me susurra al oído, yo sonrío sin poder evitarlo, Edward frunce el ceño al ver nuestra actitud. Vuelve su mirada hasta él—. ¿Pedo abasarte?

La mirada de Edward se vuelve más intensa, abre sus brazos y recibe a Violetta, quien se lanza encima de él.

Yo limpio una lágrima que se desliza por mi mejilla al ver tan conmovedora escena.

Mi hija tiene un padre.

Llego a la dirección que William me facilitó, toco el timbre de la puerta con insistencia. Violetta me observa con una sonrisa, alza sus brazos para que la levante y poder ella tocar el timbre, aplaude emocionada y es que desde que salimos de casa que está así.

—¿Tereza? —pregunta la señora Julia al abrir la puerta.

—Abu —grita Violetta lanzándose hacia sus brazos; esta la recibe, alegre.

—¿Qué te trae por aquí? —inquiere extrañada. Y es que desde que ellos regresaron de Inglaterra, no he puesto un pie en su casa, a pesar de que ha insistido en que la visite.

—He venido a hablar con Ross, ¿está? —La observo arrugar el ceño y asentir.

—Pasa. —Entro a la casa y examino mi alrededor con nerviosismo—. Él no está aquí —dice como si pudiera leerme el pensamiento. Respiro aliviada, porque lo que menos deseo en estos momentos es encontrarme con Edward.

Es cierto que nuestra relación ha mejorado desde que Violetta está en medio de ambos, estoy agradecida de que él esté haciendo un esfuerzo para que nos llevemos bien, aunque eso no evita que mi corazón se acelere cada vez que se encuentra cerca.

—La iré a llamar, toma asiento, por favor —habla con amabilidad—. ¿Puedo? —Se refiere a que si puede llevarse a Violetta.

—Sí —respondo, para luego verla desaparecer por un pasillo.

Unos minutos después, la veo regresar y tras ella a Ross cargando a Violetta mientras esta ríe a carcajada junto con ella. Al verme, su sonrisa desaparece haciendo que me ponga más nerviosa de lo que estoy. Julia nos mira sin saber muy bien qué hacer, al final decide tomar a Violetta y llevársela a la cocina.

—Esta niña y yo vamos a disfrutar de un delicioso pastel que la abu acaba de preparar.

—¡Sí!

—¿Quieres que te sirva algo? —me pregunta antes de marcharse.

—No, está bien, gracias.

—Bueno. Las dejo solas. —Desaparece por una puerta que supongo la llevará a la cocina.

—Sígame —dice Ross y nos introducimos en lo que parece ser una pequeña biblioteca—. Ahora sí, ¿qué es lo que desea usted hablar conmigo?

—He venido a hablar de Cristián. —Espero su reacción.

—Disculpe, señora, pero ese tema no le concierne, que conste que la única razón por la que accedí hablar con usted es porque es la madre de mi sobrina y no quiero ocasionarle más problemas a mi hermano de los que usted le ocasionó —determina—. En mi vida privada usted no tiene derecho a meterse.

—Lamento diferir de ti, pero este asunto sí me concierne, sobre todo cuando una persona está sufriendo por ello.

—¿A qué se refiere? —indaga sin dejar de lado su pose altiva.

—A Cristián, él es un buen muchacho y te ama.

—Él debió haber pensado en ese amor antes de ocultarme que tengo una sobrina.

Ross ha decidido romper el compromiso con Cristián al enterarse que sabía de la existencia de Violetta.

—No seas orgullosa. Yo fui quien le pedí que no lo hiciera, era mi derecho —grito.

—¿Derecho? ¿Y lo de mi hermano no valía nada para usted? —Sus ojos destilan rabia.

—Él siempre los ha tenido. —La idea era tener una conversación tranquila, pero con ella no se puede—. Sin embargo, si tú no hubieses sido tan orgullosa y temperamental, aquel día que llamé a Inglaterra, Edward habría sabido que tenía una hija. Pero no, tú me colgaste sin darme la oportunidad de hablar con él. Si vamos a buscar un culpable a esta situación, tú también lo eres. —Mi voz suena más fuerte de lo normal, intento calmarme, pues lo que menos deseo es que Violetta me escuche discutiendo con su tía.

—¿Qué? —Sus ojos parecen salirse de sus cuencas por la sorpresa.

—Lo que escuchaste, si aquel día le hubieras pasado el teléfono a Edward como te pedí, él habría podido estar en el nacimiento de su hija.

La biblioteca queda en silencio por lo que parece una eternidad, Ross me mira y veo el arrepentimiento reflejado en su mirada. No deseé que las cosas fueran de esta manera, no quise en ningún momento traer a colación ese hecho del pasado. Tenía que hacerla entrar en razón y esta fue la forma que se me ocurrió.

Mi pecho arde de dolor al recordar aquel instante, solo espero que mi confesión valga la pena y que Ross decida perdonar a Cristián.

—Yo... yo... lo siento. —Su voz se quiebra en la última palabra, sus ojos se han cristalizado y su mirada arrepentida me hace recordar a la Ross que conocí hace tres años, aquella jovencita que solo buscaba estabilidad.

Me conmueve verla tan vulnerable, una lágrima se desliza por mi mejilla, paso mi mano por está quitándola de inmediato. Tengo que ser fuerte.

—Nunca imaginé que era para esto que buscabas a mi hermano. Ha sido duro verlo sufrir estos años. No obstante, los tres primeros meses en el que estuvimos en Inglaterra llegué a temer por su salud mental, ver la tristeza en su rostro me consumía el alma y saber que tú eras la causante de ese dolor no ayudaba en nada.

Su confesión no me sorprende, siempre sospeché que la razón por la que ella colgó el teléfono en aquella ocasión era porque buscaba proteger a su hermano, aunque me lo hubiera confesado en aquel instante, escucharla en estos momentos no deja de sentirse horrible.

—No quería que él siguiera sufriendo por una mujer que lo hirió de esa manera. No dudé ni un

instante en que estaba haciendo lo correcto. Yo... yo lo siento mucho, Tereza, me aterra pensar que mi hermano se entere de esto y no quiera volver a verme en su vida. —Rompe en llanto.

Me acerco a ella envolviéndola en mis brazos, su llanto se hace más fuerte.

—Edward no tiene por qué enterarse. —Ella se aparta de mí, sus ojos se abren como si no pudiera creer lo que digo.

—¿Cómo? No creo...

—Esto solo lo sabemos Clara y yo. Por supuesto, ahora tú; Edward no tiene por qué saberlo — respondo de forma segura—. No vine aquí a ahondar en el pasado, eso ya quedó atrás. Lo único que quiero es que hables con Cristián, no considero justo que él esté sufriendo por un error mío. Sé que ustedes se aman. No pierdas al amor de tu vida por orgullo, eso es lo peor que te puede acontecer. —La nostalgia en mi voz es palpable.

—Hablaré con él —dice un poco más tranquila—. Gracias por venir a hablar conmigo, Tereza.

—No tienes por qué agradecerme, es mi responsabilidad. Nos veremos después.

Me dirijo hacia la puerta.

—Tereza —me llama cuando estoy con el pomo en la mano.

—¿Sí? —Me giro hasta ella.

—¿Por qué abandonaste a mi hermano? —Me deja aturdida por un instante.

—Porque lo amaba. —Salgo deprisa de aquel lugar dejando a una Ross confundida ante mi respuesta.

Camino por el pasillo deteniéndome en la puerta por la que vi entrar a Julia con Violetta en brazos. Al ingresar a la que supongo es la cocina, un grito de horror sale de mi garganta. Violetta se encuentra cubierta de chocolate riendo a carcajada mientras sus manos, también sucias, las pasa por toda la cara de Edward y este lame sus dedos. Y a todo esto, ¿no se supone que no estaba aquí?

—¡Oh, por Dios! —exclamo con pesar.

Todos se giran hasta a mí y me contemplan.

—Mami —grita Violetta queriendo que la sostenga, pero eso no ocurrirá, no al menos hasta que no haya ni una gota de chocolate en su cuerpo—. ¿Qíele cocolate?

Niego con la cabeza.

—¿Cómo han podido permitir esto?

—Te dije que se iba a enojar —dice Julia dirigiéndose hacia Edward.

—No es para tanto —responde este restándole importancia.

—Eres... eres... —gruño, trato de controlar mi enojo, escucho la risa de Julia—. La quiero limpia en quince minutos.

Echo humo cuando salgo de la cocina.

Me encuentro con Ross en el pasillo, me ve y frunce el ceño.

—¿Qué ha sucedido?

—Tu hermano —respondo con enojo dirigiéndome hacia la sala para esperar a que traiga a Violetta limpia.

Narra Edward

—Creo que se enojó —dice la abuela con una sonrisa.

—Yo creo que es muy dramática. —Me pongo de pie con Violetta en brazos—. Iré a bañarla antes que vuelva a aparecer refunfuñando.

—¿Sabes algo?

—¿Qué? —pregunto de vuelta parado en la puerta.

—Olvidalo. —Toma un paño y empieza a limpiar la encimera.

—Abuela, dime, por favor. —Me acerco al ver cierta nostalgia en su mirada.

—Es que a veces me los imagino casados y felices, criando a Violetta juntos. —Cierro los ojos por varios segundos, exhalo.

—Ya hemos hablado de esto, abuela —hablo con pesar.

—Lo sé, discúlpame. Es que no puedo evitar imaginarte feliz.

—¿Qué te hace pensar que ella me haría feliz?

—La manera en que la miras. Tienes la misma mirada de tu abuelo y tu padre cuando nos veían a mí o a tu madre.

Me quedo en silencio sin saber qué responder a eso, es cierto que cada vez que Tereza se acerca a mí, mi corazón se acelera sin poder evitarlo, pero es imposible un juntos y felices para siempre.

—Iré a bañarla —repito al notar el silencio incómodo que se ha tornado entre ambos. Ella asiente con una sonrisa.

—Sabes, fue divertido ver a tu mamá enojada —le digo a mi hija mientras lavo su cara—, pero no se lo digas, ¿vale? Será un secreto entre tú y yo.

—Sequeto. —Choca sus palmas la una con la otra.

—Sí, un secreto. —Envuelvo su pequeño cuerpo en la toalla sacándola de la bañera.

La deposito en la cama y comienzo a vestirla, cuando ya está lista, me dirijo con ella hacia la sala.

—Acá está la princesa de papá, sin una gota de chocolate —hablo al llegar junto a Tereza. Violetta alza los brazos hasta ella para que la tome y lo hace sin dudar.

—Despídete, cariño —le dice a la niña.

—¿No te quedarás a cenar? —Escucho a la abuela preguntar mientras se acerca a nosotros. Veo que está a segundos de negarse e intercedo.

—Quédate —pido. Sus ojos se abren y no es para menos, pues yo también lo estoy. ¿En qué momento salió esa petición de mis labios?—. Quiero pasar más tiempo con mi hija. —Trato de arreglarlo, miro a la abuela y esta trata de ocultar una sonrisa.

—Yo... yo... no...

—Por favor —interrumpo.

—Está bien. —Mi corazón salta de alegría.

—Bueno, pueden pasar al comedor, enseguida les sirvo. —La abuela se gira en el instante que escucha el timbre de la puerta.

—Yo voy. —Ella asiente, conforme, y continúa su marcha a la cocina.

—¡Edward! —exclama una muy entusiasta Sofi lanzándose a mis brazos en el momento que abro la puerta—. No sabes lo que acaba de ocurrirme, es la mejor noticia que he podido recibir, siento... —Detiene su parloteo y no hay que ser adivino para saber que acaba de notar la presencia de Tereza en la sala.

—¡Oh! Hola, Tereza. —Suelta el agarre que tenía sobre mí, me permite así cerrar la puerta.

—Hola, Sofía —saluda con desagrado—. ¿Cómo has estado? —pregunta, soy consciente que lo hace por cortesía.

—Muy bien, gracias, ahora mucho mejor porque tengo a Edward a mi lado.

Tereza arquea sus cejas en dirección hacia mí con una pregunta silenciosa. No sé qué decir, y solo me limito a mirar de un lado para otro, de una a otra.

—Me alegra —concluye Tereza—. Fue un placer verte, hasta una próxima ocasión. —Me permite reaccionar en el acto.

Cuando pasa cerca de mí, la tomo por el brazo y detengo su avance.

—¿Hacia dónde vas? —Siento la mirada de Sofí que no se pierde ningún detalle.

—A casa —contesta, desafiante—. Mi hija y yo no tenemos nada que hacer aquí, así que te voy a pedir, por favor, que me sueltes y me dejes ir.

—Le dijiste a la abuela que cenarás con nosotros. —Intento convencerla, ignorando el reclamo en su afirmación—. No te puedes marchar así no más.

—Tú sabrás darle una buena excusa de mi parte. —Se zafa de mi agarra y camina hasta la puerta provocando un sonido fuerte al ser cerrada con violencia.

Maldigo internamente, me giro para encontrarme con una Sofí muy sonriente frente a mí.

Narra Tereza

No. No estaba molesta, estaba sumamente enojada, quería romperle la cara a esa estúpida y borrar su petulante sonrisa de un puñetazo. Él tampoco dijo nada. ¡Cuánto te odio, Edward Samz! Sé que no debería sentirme de esta manera, pero cada vez que veo a Sofía junto a él, no puedo controlar el deseo de gritarle y de golpearla. Si tan solo él supiera que ella es parte causante de que no estemos juntos. ¿Qué pasaría? A lo mejor: no me creería.

Llego a casa con la imagen de ambos en mi cabeza, solo de pensar que ella podría estar tocándolo o besándolo me enferma. Dejo a una dormida Violetta en su cama y me dirijo hacia mi habitación dispuesta a que Morfeo me envuelva en sus brazos y olvidar por lo menos esa noche, a Edward y a Sofía.

El despertador suena, anuncia el inicio de un nuevo día, siento mi cuerpo entumecido por las pocas horas de sueño. Morfeo no quiso tener piedad de mí y pasé la noche en vela pensando en Edward, cuando al fin logré conciliar el sueño, imágenes venían a mí, en donde lo veía casándose con Sofía y me despertaba asustada.

Me encuentro frente al espejo intentando ocultar mis ojeras, pero me doy cuenta de que el resultado no es muy favorecedor al entrar a la cocina.

—Mala noche —habla Bertha, sé que no es una pregunta, sino una afirmación. Asiento y le doy un trago al café que depositó para mí en la mesa.

—¿Violetta? —pregunto al sentir la tranquilidad que reina en la cocina a esta hora de la mañana.

—Su hermana se la llevó al colegio, se hizo tarde y no quiso despertarla.

—¿Tarde? Pero si apenas es... —Me detengo al ver el reloj que cuelga de la pared indicando las nueve treinta de la mañana—. ¡Oh, por Dios! ¿Tanto dormí? —Bertha asiente con una sonrisa conciliadora en su rostro—. Tengo que irme. —Me levanto de prisa del taburete, tomo mi bolso en el proceso—. Tengo una reunión dentro de media hora. —Me detengo abruptamente al recordar que dicha reunión es con Richard y Edward. Mi día no podría haber empezado mejor.

Llego a la oficina diez minutos tarde a la primera reunión que tengo programada, y si por mí fuera, hubiera preferido quedarme durmiendo, pero el deber llama. Además, por mucho que ame a Edward, él no desequilibrará mi rutina, mi vida.

Johanna me recibe con los papeles que necesitaré en las manos y sin pronunciar palabra, me dirijo a la sala de juntas.

—¡Buenos días! —saludo sin dirigir mi mirada hacia Edward, sonrío a Richard y este me devuelve la sonrisa.

—¿Se le pegaron las sábanas al cuerpo, señora Roberts? —pregunta Edward con burla en la voz—. ¿O acaso alguien la entretuvo más de la cuenta? —En esta ocasión la burla desaparece.

—Lamento la demora. —Me dirijo hasta él y arquea una ceja—. Y permítame decirle que mi vida privada no es de su incumbencia. Empecemos. —Veo cómo su expresión cambia a una enojada mientras su amigo sonrío.

La reunión pasa más lenta de lo que hubiese deseado. Yo huyendo de la mirada de Edward y este tratando de llamar mi atención con comentarios de doble sentido. Al final me despido con una inclinación de cabeza y me dirijo a mi oficina. Le pido a Johanna llevarme un poco de fruta, ya que por la prisa de la mañana me fue imposible desayunar.

Cinco minutos después, esta ingresa con lo que le pedí y tras ella Clara.

—¿A qué se debe tu tardanza de hoy? —pregunta sin rodeos sentándose frente a mí.

—Edward. —Me limito a responder mientras introduzco un trozo de piña a mi boca.

—No me digas que tú y él...

—No. Nada de lo que estás pensando. —Comienzo a narrarle todo lo acontecido anoche, desde mi conversación con Ross hasta la llegada de Sofia.

—Yo en tu lugar le hubiera dibujado mi puño en la cara. —Toma otra uva de mi plato y golpeo su mano.

—Ganas no me faltaron, y eso que no soy una mujer violenta. No sé hasta cuándo tendré fuerza para soportarla, sobre todo, cuando sé que se acerca a Edward para molestarme.

—Dile la verdad; estoy segura de que si él sabe que fue ella la de la idea de que tú te alejaras, no querrá ni tenerla cerca.

—Lo he pensado, pero yo también fui muy cobarde al no buscar una solución junto a él para que no se marchara.

—Él te ama, Tereza, si le dices la verdad, te perdonará. Tú solo querías lo mejor para él.

—Sí. Sin embargo, él tenía derecho a decidir lo que quería y yo le quité ese privilegio, no creo...

—En eso estoy de acuerdo —interrumpe la voz de Edward entrando a mi oficina.

La sangre de mi cuerpo se heló, observo a Clara y se encuentra igual o más sorprendida que yo.

Narra Edward

—Estoy esperando una explicación —pido sin poder creer la calma en la que me encuentro en estos momentos.

Al despertar esta mañana, nunca imaginé recibir una noticia de esta índole. Aún no puedo creer que Sofi me haya hecho algo como esto, ella me juró que no se interpondría, que no intervendría en mi relación con Tereza, que iba a respetar la decisión que tomara. Debería sentirme enojado, pero no lo estoy, en cierta forma mi corazón saltó de alegría al descubrir que existe la posibilidad de que Tereza sí llegara a amarme, de que ella todavía me ame.

Cuando la vi entrar a la sala de juntas en la mañana, solo quise molestarla diciéndole que su amante no la había dejado dormir, en el fondo quería creer que sus ojeras y su cara cansada eran raíz de lo ocurrido en mi casa la noche anterior.

Cuando se acabó la reunión, quise venir a disculparme, tanto por el comportamiento de anoche y el de hoy en la mañana, claro que antes de que Richard me hubiese regañado. No soy de andar escuchando detrás de las puertas, pero al escuchar mi nombre de sus labios, me quedé plantado allí deseando saber que tenía que decir de mí.

—Tereza. —Ella me mira con preocupación—. Puedes tomarte el tiempo que quieres, pero te advierto que no saldremos de aquí hasta que me des una explicación, y te pido que sea convincente, por favor.

—Yo... Será mejor que los deje solos. —Clara se pone de pie y sale de la oficina—. ¡Suerte! —se dirige a Tereza para luego cerrar tras ella.

—¿Aquel día, cuando vine a tu oficina, sabías de la propuesta de Lapo? —pregunto iniciando la conversación. Asiente—. ¿Por qué no me lo dijiste?

La veo respirar profundo.

—Por la misma razón que tú no me dijiste que pensabas rechazarla. Tal vez hice mal, en realidad ambos hicimos mal al ocultarnos que ya lo sabíamos.

—Yo había tomado mi decisión. No concebía la idea de estar alejado de ti.

—¿Y qué pasaría después? Llegaría el momento en el que me odiarías por haber arruinado tus sueños.

—¡Eso no habría pasado!

—No tenías cómo saberlo.

—Sí. Lo sabía, después de hablar con Elkann y ver que les gustaron mis dibujos, los envíe a varias de las universidades del país, dos de ellas me habían aceptado. —Su expresión cambia radicalmente a sorpresa—. Te amaba, Tereza, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ti.

—¿Me amabas? ¿Ya no lo haces? —Quiero gritarle que sí, que la sigo amando con la misma intensidad que al principio, pero este no es el momento, tenemos algo que aclarar.

—Eso no viene al caso ahora —respondo con expresión neutral—. Fuiste egoísta al tomar esa decisión por mí, porque después de tu rechazo, en lo único que podía pensar era en alejarme de ti, quedarme aquí era hacer que la herida que me provocaste aquel día nunca sanara, por eso decidí marcharme, no porque lo desease.

—¡Egoísta! —grita enojada acercándose hacia mí—. Lo único que hice fue pensar en ti, en tu bienestar y en el de tu familia. —Su dedo índice se clava en mi pecho haciendo énfasis en cada palabra—. La propuesta de Lapo era única, rechazarla hubiese sido una estupidez.

—¡Tenía otra propuesta! —grito al igual que ella, esta situación está empezando a molestarme.

Sujeto sus manos para evitar que siga golpeándome.

—Pero yo no lo sabía. ¿Crees que fuiste el único que sufrió al alejarte? —Lágrimas comienzan a deslizarse por sus mejillas—. Todo fue un caos para mí, lo único que logró hacerme salir a flote fue enterarme de que estaba embarazada, saber que iba a tener a una personita fruto del amor que una vez sentimos, me hizo reaccionar, me hizo surgir e incluso te llamé, pero no me fue posible contactar contigo. —Sus sollozos se expanden por toda la oficina—. Solo quería que cumplieses tus sueños, que fueses feliz, y si para eso era necesario alejarme de ti, sin duda lo volvería a hacer. —Sus ojos brillan por las lágrimas derramadas, pero con algo más que no logro identificar—. ¡Te amé, Edward! Tal vez tu amor por mí haya muerto en estos años que estuvimos separados, no obstante, mi amor por ti se hizo más fuerte, porque te amo igual o más que ayer. —Ese es el detonante para que olvide todo el dolor de hace años, toda sed de venganza. Mis labios impactan con los de ella con ansia en un beso necesitado, un beso que, sin necesidad de palabras, demuestra lo mucho que yo también la amo.

Pasada la sorpresa momentánea, Tereza comienza a responder al beso con la misma intensidad. Nos necesitamos, hace mucho tiempo que nuestros cuerpos se reclamaban, se anhelaban de tal forma que dolía, bastaba solo un roce para que nos incendiáramos. Traté de evitarlo, de detener este frenesí que me provocaba su mera presencia. Ya no quería luchar, estaba cansado de buscar alejarla de mí, de controlar mis ganas de hacerla mía, de hacerle el amor como lo soñé estos cuatros años que estuvimos separados.

Mis ansías por sus labios se hacían cada vez más intensas, necesitamos respirar, pero me negaba a soltarla; nuestras lenguas se entrelazaron en un baile unísono que nos envolvía de tal forma que todo a nuestro alrededor desapareció.

Saber que nunca me engañó y escucharla decir que aún me ama, fue como despertar de un sueño del cual llevaba mucho tiempo dormido y al cual no quería volver a sucumbir.

Despego mis labios en busca de aire, nuestras respiraciones son agitadas, nuestras miradas no se apartan, puedo ver el deseo reflejado en sus ojos, es el mismo deseo que están en los míos. Ella vuelve a unir su boca con la mía con desespero, muerde mi labio inferior haciendo que pierda el control que intenté mantener hasta el momento. Comienzo a dejar besos por su barbilla y descendiendo por su cuello, muerdo y succiono. De seguro dejaré marcas en él. Sin embargo, esto en vez de atemorizarme es un incentivo a seguir haciéndolo con más ímpetu, quiero que todo el mundo sepa que Tereza Roberts es mía, solo mía.

Sus manos se introducen por debajo de mi camisa acariciando mi pecho, gimo en su cuello sin dejar de besarla. Mi chaqueta desaparece de un momento a otro y Tereza lucha con los botones de mi camisa. La parte superior de su ropa también ha desaparecido, sus senos me invitan a ser besados y no la hago esperar. Desabrocho su sostén, lo retiro de su cuerpo lanzándolo en alguna esquina de la oficina, mis manos acarician sus pechos, pellizco sus pezones haciéndola suspirar de deleite, introduzco uno en mi boca y un jadeo extremadamente fuerte sale de su boca, me detengo en el acto.

Nuestras miradas se vuelven a encontrar, sus labios se encuentran hinchados y recorro la parte superior de su cuerpo, tonalidades rojas se vislumbran en su cuello. Sonrío, orgulloso.

—Si no quieres que toda la empresa se entere de lo que está ocurriendo en tu oficina, debes controlar tus gemidos. —Sus mejillas se tornan aún más rosadas de lo que estaban. Abre sus ojos como platos, me observa, luego fija la mirada en la puerta.

Sé lo que está pensando, pero nadie detendrá este momento, he esperado mucho por esto, nadie me detendrá hasta obtenerlo. En dos pasos llego hasta la puerta y me aseguro que esté cerrada. Vuelvo hasta Tereza y la beso.

Mis manos recorren su cuerpo sin control, a prisa, intento retirar su falda, pero me resulta complicado, decido enrollarla hasta su cintura, retiro sus bragas, la tomo por su trasero alzándola sobre el escritorio y la siento en él.

Introduzco un dedo en su vagina y compruebo qué tan lista está para recibirme.

El calor de su cuerpo me hace jadear, muevo mi dedo dentro y fuera de su fuente de calor y humedad, muerde sus labios intentando controlar sus gemidos. Retiro mis dedos de ella y los llevo a mi boca, me deleito con su sabor.

¡Maldición! ¡La necesito ya! Me despojo de mis últimas prendas y quedo desnudo; tomo mi pene en mi mano derecha para acariciarlo.

Tereza se coloca en la orilla de la mesa, busca facilitarme la tarea de sumergirme en ella.

—Te extrañé tanto —gimo cuando la penetro. Comienzo a moverme hacia atrás y hacia adelante—. Estás un poco apretada. —Muerdo su oreja haciéndola jadear—. Dime si te lastimo. —Asiente.

Mis movimientos comienzan a ser más rápidos, más profundos. Busco su boca una vez más, devoro sus labios sin dejar de penetrarla.

—¡Edward! —exclama cuando libero su boca. Sé que está a punto de alcanzar el clímax, yo también lo estoy, acelero mis penetraciones, la siento apretarse alrededor de mi pene indicándome que ha llegado a su orgasmo, con un par de estocadas más, también llego.

Nuestra respiración empieza a hacerse normal, me retiro de ella y la hago gemir por ese acto.

—Te amo. —Tomo su rostro con ambas manos y deposito un beso tierno en sus labios.

—Yo también te amo. —Sonríe, una lágrima se desliza por su mejilla y la limpio de inmediato.

Narra Tereza

Me ama, Edward me ama. La sonrisa en mi rostro se ensancha, por mucho tiempo deseé poder tener la oportunidad de volver a escuchárselo decir. Ahora él está aquí, a pocos centímetros de mí, me sonrío de la misma forma en la que lo hago yo. No hay palabras, no son necesarias. Sin embargo, en mí surgen preguntas, dudas. Lo veo recoger su camisa y comenzar a colocársela. ¿Ahora qué? ¿Qué sucederá después de esto?

De lo único que estoy segura es que no quiero que él vuelva a alejarse, el pensamiento de este hecho me entristece a tal punto que mis ojos arden por las lágrimas retenidas.

—¿Qué te pasa, bonita? —Alza mi rostro, el cual mantenía bajo—. ¿Por qué lloras? —Sus dedos limpian mis mejillas, no había notado cuando empecé a llorar.

Miro hacia sus ojos, su mirada se encuentra fija en mí en espera de una respuesta. Reúno el valor necesario y me atrevo a preguntarle aquella duda que ronda por mi cabeza, que me atormenta.

—¿Qué pasará con nosotros? —Un destello de confusión pasa por sus ojos. De repente, siento cómo envuelve sus brazos alrededor de mi cuerpo aún desnudo.

—¿Qué crees que pasará? —me pregunta de regreso.

—No lo sé —admito con temor.

—Si has pensado que por algún momento voy a alejarme de ti después de lo que acaba de suceder entre nosotros, estás muy equivocada. Nadie volverá a separarme de ti, eso te lo juro. —Toma mi rostro entre sus manos—. Prométeme que no dejarás que nadie vuelva a interferir en nuestra relación, Tereza. —Su voz me suplica.

—¿Nuestra relación?

—Sí, nuestra relación, aquella de la cual nos quitaron la oportunidad de disfrutar, y que ahora vamos aprovechar, tú, nuestra hija y yo, pero quiero que primero me prometas que antes de tomar cualquier decisión que nos involucre a ambos, me consultarás. Promételo, Tereza.

—Te lo prometo. —Tomo sus labios hinchados con los míos y lo beso con pasión. Él gime en mi boca antes de apartarse.

—Tereza. —No puedo dejar de mirarlo—. Quiero hacerte el amor de mil y un maneras, encerrarte en mi habitación y no dejarte salir hasta que ambos estemos saciados. —Un jadeo se escapa de mi boca, él deja un pequeño beso allí—. Pero tengo que irme, hay un asunto que tengo que resolver, además creo que casi es la hora de buscar a Violetta en el colegio. —Sus manos sujetan mis caderas ayudándome a bajar de la mesa.

Acomodo mi falda, mis piernas tiemblan un poco y se encuentran pegajosas, entro al baño que hay en mi oficina y Edward me sigue.

—¿Cuándo volveré a verte? —Observo su reflejo en el espejo.

—¿Te parece si vamos a cenar esta noche? Solo tú y yo. Puedes dejar a Violetta con la abuela, ella encantada la atenderá. —Sonrío sin la menor duda.

Termino de colocar mi ropa al igual que él, peino mi cabello con las manos y salimos del pequeño baño.

—Está bien.

Llaman a la puerta, voy y quito el seguro, por ella entra una Johanna con las mejillas sonrojadas y William pisándole los talones.

—El señor Paterson... —habla, pero William la interrumpe.

—No sé hasta cuándo tendré que repetirle a esta niña. —Al escucharlo decirle *niña*, lo miro

con los ojos entrecerrados—. Que no necesito ser anunciado cada vez que vengo aquí. —Sé que lo único que busca es hacerla enojar y por la expresión de ella, creo que lo ha logrado. Esta lo observa molesta y se retira.

Niego con la cabeza y sonrío.

—Te aseguro que si tengo que elegir entre mi asistente y tú.

—No tendrás que hacerlo. Nunca tendrías el valor suficiente para dejarme ir —asegura, sus brazos me envuelven en un abrazo. Un sonido proveniente de mi espalda nos hace separarnos.

—Samz —dice William, se percató de la presencia de Edward. Sus ojos van del uno al otro.

—Paterson —saluda y por su expresión puedo asegurar que el Edward de hace un momento ha desaparecido—. Nos veremos luego. —Se dirige hacia mí.

Cuando veo que pasa por mi lado sin ni siquiera darme un beso de despedida, lo retengo por su mano derecha haciéndolo girar hacia mí. Mis labios rozan los suyos en un beso tierno.

—Te amo.

—Te amo —dice de vuelta, me da otro beso para luego salir de mi oficina.

Al girar, un William con sus cejas arqueadas me observa entre burlón y divertido.

Narra Edward

Llego a mi empresa eufórico; hacer el amor con Tereza y tenerla en mis brazos me hizo despertar de un gran letargo. Es como si flotara en una nube. Una sensación de paz me embarga, ojalá pudiera expresar con palabras lo que estoy sintiendo en estos momentos, pero me es imposible.

No quiero que esta dicha que estoy sintiendo desaparezca, tampoco voy a permitir que este nuevo inicio con Tereza, la mujer que amo, se arruine por nada en el mundo.

Aún no me hago a la idea de Sofía traicionando mi confianza, pero sé que Tereza no mentiría, sobre todo en algo como eso. Necesito hablarle, por eso me dirijo hacia mi oficina con el fin de llamarla y aclarar este asunto.

Al entrar, encuentro a Richard en una acalorada discusión con ella, al parecer, la llamé con el pensamiento.

—¿Qué sucede? —Intento mantener la calma en todo momento.

—Que esta —señala a Sofía—, se cree con el derecho de mover mis cosas sin autorización y sin pedir permiso. —Le da una mirada enojada.

—Déjame solo con ella.

—Pero...

—Por favor. —Este me mira con el ceño fruncido para luego asentir.

—Con permiso. —Sale de la oficina, no sin antes darle una mala mirada a Sofí, ella solo se limita a sonreír.

—¡Edward! —Envuelve sus manos en mi cuello en un abrazo que me encargo de deshacer al instante—. ¿Qué pasa contigo? —pregunta al ver mi reacción—. Estuve todo el día esperándote para que almorcemos juntos, pero no llegaste. ¿Dónde estabas?

—Quiero que me explique quién te dio el derecho de contarle a Tereza que había rechazado la oferta que Lapo Elkann me había hecho —hablo despacio y con cierta molestia.

—Yo no...

—¡No me mientas!

—¿Ella te lo dijo? ¿Cómo puedes creerle a una mujer que te abandonó por otro y te ocultó que tienes una hija?

—¡Ya basta! Le creo porque es la madre de mi hija, la mujer que amo, y porque tarde comprendí que ella no sería capaz de engañarme.

—¿Cómo puedes estar seguro de ello? Apenas la conoces hace un par de años, yo he sido tu amiga toda la vida. ¡Nunca te haría daño!

—Lo sé —respondo sin dejarme manipular, ya no más—. Y es a esa amistad a la que recurro ahora implorándote que no me sigas viendo la cara de idiota y que me digas, ¿por qué lo hiciste?

Guarda silencio por un largo periodo hasta que observo cómo dos lágrimas se deslizan por sus mejillas.

—Porque te amaba. Porque te amo, te lo dije en una ocasión, pero estabas tan embozado por ella que ni siquiera lo pensaste dos segundos para rechazarme. Por eso lo hice, sobre todo, lo hice porque merecías un mejor futuro y esa beca te lo estaba dando. Tú habías tomado la decisión de rechazarla. No me parecía justo que tiraras tu vida por la borda y la de tu familia por una relación que podría terminar de la noche a la mañana. ¿Es que acaso no notas lo diferentes que son? ¡Vienen de dos mundos opuestos! Aunque ahora tengas dinero, esas diferencias siempre estarán ahí, recordándote lo inferior que eres de ella, y eso más temprano que tarde no te llevará a ningún

lado.

—¿No crees que esa es una decisión que yo debo tomar? Te pedí que no intervinieras, aun así, lo hiciste. No respetaste mi elección. He asumido el riesgo, quizá tengas razón y existen muchas diferencias entre Tereza y yo. Sin embargo, estoy seguro de que podremos sobrellevarlo si estamos juntos.

—¿De qué hablas? ¿Acaso piensas regresar con ella? —Ahora el enojo tiñe el tono de su voz.

—Es algo que no te incumbe, porque dejaste de ser mi amiga en el momento que no respetaste mis deseos, aunque me haya enterado hasta ahora. No obstante, te informo que Tereza y yo estamos juntos una vez más, y esta vez me aseguraré que nadie pueda separarnos. Tienes una hora para presentar tu carta de renuncia a recursos humanos, ellos sabrán qué hacer.

—¿Qué? ¡No puedes hacerme esto! Sabes muy bien que dependo de esto para ayudar a mi familia.

—Lo sé. Te daré una carta de recomendación, no importa en cuál empresa decidas trabajar, con esa carta lo conseguirás inmediatamente. Ahora, te suplico que abandones mi oficina en estos momentos, ya no quiero verte.

Sin pronunciar una palabra más, sale azotando la puerta en el proceso.

Narra Tereza

Hace dos semanas que Edward y yo entramos en una etapa de reconciliación. ¡Y qué reconciliación! Hacer el amor en la oficina se convirtió en un fetiche para él. Claro que no iba hacer yo quien se negara. He quedado de ir a cenar con él esta noche, termino de ordenar unos papeles que tengo esparcidos, pero me detengo y me precipito hasta la puerta cuando veo que por ella entra una Tania llorosa con Samuel pisándole los talones.

—¿Qué ha pasado? —me dirijo al chico mientras envuelvo a mi hermana con mis brazos. Espero que no haya sido otra de sus peleas. Lo único que mi hermana ha pronunciado desde que llegó es que se lo van a llevar. ¿A quién se van a llevar?

Este niega con la cabeza y señala a Tania en una clara declaración de que es ella la que debe decirme. Espero pacientemente hasta que logra tranquilizarse y empieza a hablar.

El punto es el siguiente: Tania atendía a una madre soltera que padecía de cáncer, pero que no logró librar la batalla, al igual que nuestra madre, la señora tenía un hijo de cuatro años a quien dejó huérfano. Es que de solo pensar en dejar a Violetta siento que muero, por lo menos ella tendría a un padre que la ama, que la cuidaría con el alma y que, además, se preocupa por ella, a diferencia de este niño que solo tiene a un padre alcohólico que quiere hacerse con él. He ahí la angustia de mi hermana.

La madre del niño hizo que ella le prometiera que lo cuidaría, que se haría cargo de él, y a pesar de que esta ha dejado un papel firmado donde le entrega la patria potestad a mi hermana, el padre tiene pensado abogar para que le den la custodia a él. El problema radica en que mi hermana no posee un trabajo estable, podrían acusarla de violar la ética médica, tampoco tiene una pareja estable y no posee ningún lazo sanguíneo con el niño. En un tribunal, su padre, aunque sea un alcohólico, tiene mayor posibilidad.

—Todo estará bien. Mañana llamaremos a Clara y buscaremos una solución.

En ese instante la puerta vuelve abrirse y entra Edward quien, al vernos, arruga el ceño.

—Hoy no podremos ir a cenar, cariño. ¿Lo dejamos para mañana? —Este asiente al ver la condición en la que mi hermana se encuentra.

—No. No. —Tania se incorpora de mi regazo—. No quiero que pierdan la oportunidad de pasar tiempo juntos por mi culpa, ya bastante han pasado.

—No te preocupes por eso. —Le hago ver—. Sé que estoy un poco mayor, pero no tengo planes de morirme aún, por lo que Edward y yo tendremos tiempo más adelante. Vámonos a casa para que descanses.

Asiente, nos levantamos del mueble y nos dirigimos a casa para intentar descansar.

A la mañana siguiente, Clara se presentó a primera hora del día para tratar de buscar una solución factible ante la situación de Brayan, es así como se llama el niño.

La solución más conveniente sería que yo me casara y solicitara la custodia del niño, pues mi posición económica está a favor, el problema es que Edward y yo apenas llevábamos un par de semanas juntos. Además, no quiero que él se case conmigo por esta causa por muy buena que sea. Eso se lo hice ver.

—No voy a decirle nada de esto a Edward. Debe de haber otra solución —le pido a mi amiga.

—¿Qué es lo que no vas a decirme? —pregunta Edward al entrar en la sala en la que nos encontramos.

—Edward, ¿qué haces aquí tan temprano? —Evito responder la pregunta que me hizo.

—Anoche me quedé muy preocupado por tu hermana, y quise venir a ver qué ocurría. Ahora

responde a mi pregunta, ¿qué es lo que, según tú, yo no debo saber? Pensé que después de todo por lo que hemos pasado, ya no había secretos. —Sus ojos no se despegan de los míos.

Un suspiro cansado sale de mis labios, observo a Clara y esta sonrío de manera triunfante.

Sin otra salida, le relato todo a Edward, lo de la señora fallecida, la promesa que hizo mi hermana, la adopción del niño y la posible solución. Al terminar, me observa con una enorme sonrisa.

—¡Eso es genial! Ahora tendré un argumento de peso para que no puedas rechazarme —dice sin dejar de sonreír.

—¿De qué hablas?

—Anoche tenía planes de pedírtelo en la cena, pero al presentarse lo de tu hermana, decidí posponerlo. —Observo cómo se arrodilla frente a mí mientras busca algo en su bolsillo, abro los ojos con sorpresa, miro a mis lados, Clara, Tania y Bertha nos observan con emoción reflejada en sus rostros.

—Tereza Roberts, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa? —Abre la pequeña caja que sacó de su bolsillo mostrando un hermoso anillo en ella.

Mis ojos se llenan de lágrimas, no puedo emitir palabra alguna. Lo observo y busco que esta imagen quede grabada en mi memoria por siempre.

—¡Por dios, mujer! ¿Piensas dejarlo todo el día arrodillado? Dile que sí —grita Clara y quiero matarla por sacarme de este momento tan íntimo.

—Ella tiene razón —comenta Edward—. Además, tenemos un niño al que adoptar. No es por apurarte, pero tenemos el tiempo encima. —Sonríe de manera nerviosa

Me arrodillo ante él, tomo su rostro con mis manos y lo beso, un beso tierno, lleno de promesas, de amor. Me despego de sus labios descansando mi frente contra la suya.

—Acepto casarme contigo, Edward Samz. —Sonríe para proceder a besarlo nuevamente.

Narra Edward

—¡Ya cálmate, hijo! Todo saldrá bien, todas las novias siempre llegan tarde a su boda —dice la abuela tomándome por el brazo para mantenerme en mi sitio.

—Sí, Edward, ya cálmate —alienta mi amigo—. Lo peor que podría pasar es que se escape con William. Por cierto, no sé cómo aceptaste que sea él que la entregue en el altar. Conociendo su historial y Tereza fuera mi novia, ni en esta vida ni la otra lo permitiría.

—Cállate, Richard, no estás ayudando —lo regaña la abuela—. Lo pondrás más nervioso.

—No mencioné que intentaba calmarlo. —Sonríe. Tanto la abuela como yo lo fulminamos con la mirada—. ¡Ah, mira! Allí viene mi futuro hijastro. —Señala el pasillo de la iglesia.

Efectivamente Santi camina hasta nosotros con la biblia abierta en la mano.

—¿Qué es eso de tu futuro hijastro? —pregunto.

—No preguntes y mira hacia delante, ahí viene la mujer más hermosa de toda la iglesia.

Mi sonrisa se ensancha olvidándome completamente de Richard. Violetta entra portando los anillos, me sonrío y creo que olvidé cómo se respira. Se coloca al lado de Santi y la veo reclamarle algo a este.

Una suave melodía inunda la iglesia obligándome a apartar la mirada de mi hija para dirigirla al frente por donde en estos momentos viene entrando Tereza del brazo de William.

—¡Wow! —Escucho que exclama Richard a la par mía, tal vez yo diría lo mismo si mi boca se dignara a responder a la orden de mi cerebro—. Si decides no casarte yo con gusto tomaría tu lugar —dice, sin embargo, lo ignoro. Todos mis sentidos están centrados en la mujer que se dirige hasta a mí.

—Cuidala —me dice William cuando llega a mi lado del brazo de Tereza—. Es una gran mujer. —Asiento y este se dirige hasta un lugar vacío.

—Estás... estás...

—Tú también estás muy guapo —me interrumpe al ver que no puedo hilar palabra. Le sonrío y giro hasta al altar para dar inicio a la ceremonia.

—¡Queridos hermanos! Estamos aquí reunidos para unir en sagrado matrimonio a dos personas que han decidido jurarse amor eterno mediante el vínculo sagrado del matrimonio. Tereza Roberts y Edward Samz.

Narra Tereza

—Dejen de comer delante de los pobres —comenta Richard a nuestro lado, se la ha pasado haciendo bromas de esa índole cada vez que Edward se acerca a besarme. Sonríó al ver a mi esposo golpearle detrás de la cabeza.

Mi esposo, a veces creo que estoy en un sueño y que en cualquier momento podría despertar.

Luego de la ceremonia, nos dirigimos al lugar de la fiesta que se realizó en el restaurant principal de mi cadena.

No faltaron las felicitaciones, las risas. Todo es dicha y felicidad, de tal manera que quizás pronto tendremos una o tal vez otras dos bodas.

—Escapémonos —susurra Edward en mi oído.

—No podemos dejar a los invitados solos —digo plantando un pequeño beso en sus labios.

—Estoy seguro de que ellos sabrán llegar a su casa —bromea observando alrededor.

—¿De verdad quieres irte? —le pregunto.

—Sí. Desde el momento en que Clara insinuó lo de Victoria Secret —dice haciéndome sonrojar —. Bertha ya se retiró con los niños, y los demás invitados están tan entretenidos y borrachos que no notarán nuestra marcha —justifica.

Al final Edward logra convencerme, y nos marchamos sin despedirnos.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —cuestiono al ver que nuestro chofer comienza alejarse de la ciudad. Pero él se niega a decirme.

Media hora más tarde, nos detenemos frente a una pequeña edificación. Bajo cuando Edward abre la puerta y extiende su mano para ayudarme hacerlo.

Se aleja un poco para darle instrucciones al chofer mientras yo me encargo de observar el lugar donde estamos. Al estar un poco más cerca de la edificación que vi desde el auto, ahora veo que es una pequeña cabaña.

Edward regresa a mi lado y me invita a ingresar a la cabaña.

—Cierra los ojos —me pide. Obedezco caminando y sintiendo su respiración en mi cuello.

—Ábrelos —vuelve a pedir depositando besos por mi cuello.

Al hacerlo puedo ver cómo todo el lugar se encuentra iluminado por velas, hay un camino de las mismas que llega hacia una cama.

Camino hasta allí y veo una botella con dos copas, y pétalos de rosas esparcidos por todo el lugar.

Tengo las emociones al límite, giro para estar frente a frente con Edward retirando el vestido que usé en la fiesta y quedando en la ropa interior que compré especialmente para él.

Lo deseo, tengo prisa, quiero que me haga el amor y no puedo esperar. Su mirada me recorre todo el cuerpo, se acerca apoderándose de mis labios con las mismas ansias con las que lo deseo.

Chupa, muerde, pasa su lengua por todo mi cuerpo. Recibo gustosa cada embiste de su lengua en mi boca.

Sus besos descienden por mi cuello, por mis omoplatos. Retira mi sostén y besa mis senos, los chupa como niño hambriento, cuando veo que él aún conserva toda la ropa, me apresuro a quitar su camisa dejando su torso desnudo.

El resto de nuestra ropa pasa a la historia, sus manos recorren mi cuerpo con perfecta maestría llevándome a la cúspide del placer.

—¡Te amo! —susurra cuando su liberación llega.

—También te amo. —Acaricio su pelo de manera distraída.

Me observa, lo observo. Al verlo hoy aquí, puedo asegurar que la vida siempre nos dará una nueva oportunidad para volver a amar y que no debemos desaprovecharla, porque si es necesario empezar de cero, si es necesario volver a empezar, no dudemos de que estamos tomando la decisión correcta.

Epílogo

Las oportunidades son como tesoros que se encuentran escondidos y que muchas veces solo un buen cazatesoros puede darse el lujo de encontrar. Sin embargo, otras llegan cuando menos lo esperas, en el momento indicado, dándote la certeza de que las cosas pueden mejorar.

Las oportunidades son eso, oportunidades. Ellas te dan dos opciones: dejarlas pasar o aferrarte a ellas.

Tereza y Edward tomaron la segunda, aferrarse a ellas, sin importar cuán difícil resultó mantenerse en un mismo estado.

Han pasado dieciocho años y su amor ha logrado romper todo tipo de barreras, han luchado juntos, han llorado juntos, sobre todo, han reído juntos. ¿Quién dijo que las segundas oportunidades no resultan mejor que las primeras? Si alguien ha comentado eso, se equivoca. Tereza nunca olvidará a Marcos, su primer amor, pero las cosas siempre tienen una razón de ser.

Ella es feliz, quizá como nunca lo ha sido.

Violetta creció convirtiéndose en una mujer muy hermosa, al igual que su madre, pero siendo una chica con un temperamento no propio de sus padres, más bien al de su tía Tania; su sentido de la justicia ha hecho que se meta en ciertos problemas, siendo un dolor de cabeza para Tereza y sacándole más de una sonrisa a Edward.

Él ama a su hija, siempre la apoya en todo, a pesar de que eso le lleva a discutir con Tereza, no es que se quejara, pues las reconciliaciones valían tanto la pena que si por él fuera siempre se mantendría discutiendo con su mujer.

No lograron tener más hijos, Tereza estaba en una edad que podría resultar un tanto peligroso, sobre todo por unos pequeños quistes que aparecieron en sus ovarios que, con el tiempo, desaparecieron. Aun así, Edward no quiso arriesgarse.

Esto no fue impedimento para amarse con locura, además tenían al pequeño Brayán Samz Roberts que, aunque no llevara su sangre, desde que firmaron ese papel hace quince años pasó a ser su hijo y su amor por él no era más ni menos que el que sentían por Violetta.

Clara siguió de Cupido sin título uniendo parejas que, según ella, eran tan tontos que no sabían que se amaban, pero que se notaba a leguas.

Richard cayó en las garras del matrimonio al enamorarse perdidamente de Karen, la madre de Santiago. Y para dicha y desdicha, mudándose a solo tres cuadras de Tereza y Edward, por lo que su amistad se convirtió en una hermandad inquebrantable. Sus hijos: Santiago, a quien Richard dio su apellido, Omar, de quince años, un cerebritito, y Sheryl, de trece, una niña muy dulce hasta que se le provoca.

Tania, con ayudada de su hermana, terminó su carrera y creó una fundación para ayudar aquellas personas que padecían de cáncer, junto con su esposo Samuel, la dirigen. Lograron convertirse en unos de los médicos más influyentes en la materia. Tuvieron solo dos niños, dos gemelos que hoy tienen diez años, Mathew y Laionet.

William también se casó nada más y nada menos que con Johanna, la asistente de Tereza, las

cosas no fueron tan sencillas al principio, pero su amor logró vencer las dificultades, la diferencia de clase, y hoy se aman sin miedo a nada.

Ross y Cristián se fueron a vivir a España, según ella, era el mejor lugar para dejar notar su talento. Al final decidió estudiar literatura convirtiéndose en una escritora muy famosa, su primera obra titulada *Segundas oportunidades*, es la versión de Ross del amor de su hermano y Tereza. Su esposo la apoya en todo, hoy es su abogado y mánager, se la pasan viajando por todo el mundo, por lo que aún no han tenido hijos, y no sabemos si lo tendrán más adelante.

Espero no se haya quedado nadie. ¡Oh! Lo olvidaba. No se supo qué ocurrió con Sofia, de lo último de lo que nos enteramos es que volvió a la ciudad que la vio nacer.

Recuerden que en algún lugar se encuentra ese amor con el que tanto soñamos, solo tienes que estar atento, ver las oportunidades cuando se presenten, luchar por ser feliz, luchar por los sueños porque se cumplen.

Pero nunca, nunca, nunca, tengan miedo de Volver a empezar.

Agradecimientos

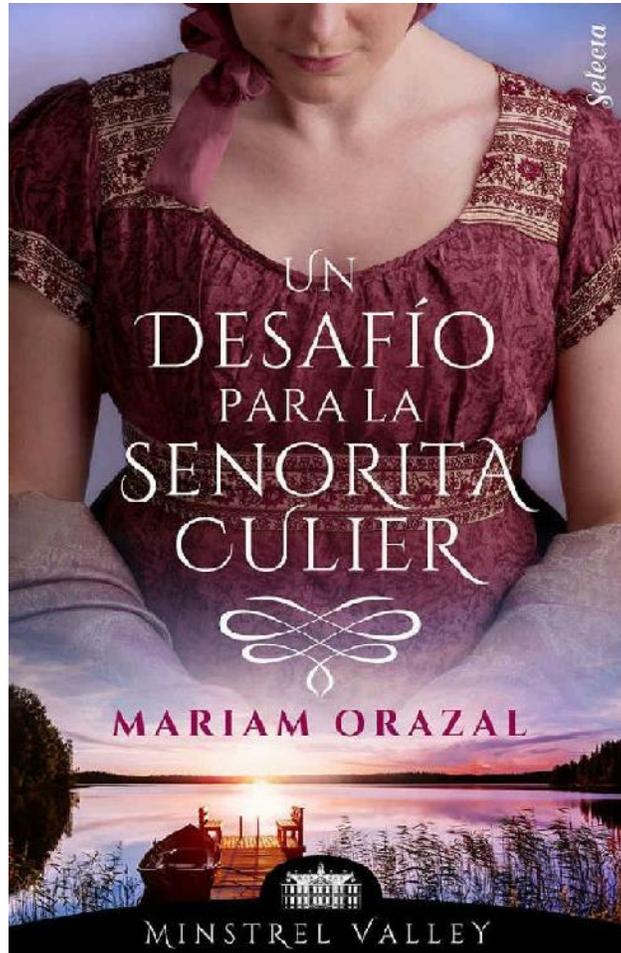
El primer libro: *Volver a amar*.

A Katty Camey, porque tus palabras me ayudaron a no darme por vencida.

El segundo libro: *Volver a empezar*.

A mi prima, Rossy Perez Mariano, por hacerme creer en mi talento.

Si te ha gustado
Volver a empezar
te recomendamos comenzar a leer
Un desafío para la señorita Culier
de *Mariam Orazal*



Prólogo

*N*oviembre de 1838.

Condado de Oxford

Podía reconocer perfectamente a un timador cuando lo tenía enfrente. Robert Fenton extendió de

nuevo el montón de libras hacia el hombre enjuto y de mirada aviesa que se encontraba al otro lado de la mesa.

—No es suficiente.

—Vamos, Fenton, tú sabes que esa cochambre no vale más de lo que te ofrezco.

Una ira lenta y gélida recorrió su espina dorsal. Tal vez solo fuese una edificación ruinoso, pero parte de la vivienda se conservaba en buen estado. Además, el terreno contaba con alrededor de dieciséis acres de buena tierra para la labranza. No era, sin embargo, el menoscabo de la propiedad lo que lo ofendía hasta hacerle hervir la sangre, sino el uso de aquel término tan despectivo para referirse al lugar que había sido toda su vida. Su hogar. Su patrimonio. Su buen nombre y el de su padre.

Una cosa era desistir de rescatar el negocio, y otra muy distinta, permitir que una alimaña usurera y soberbia como lo era aquel tipo se quedase con lo que a Robert le había costado tanto levantar, por la mitad del valor que tenía.

—Si no te interesa, ahí está la puerta, Edworth. No he sido yo el que ha buscado comprador.

El tipo, que era uno de los ganaderos más pudientes de la zona, torció el gesto y fingió pensarlo por unos segundos. Robert odiaba aquellas situaciones. No le gustaba tener que regatear con nadie y jamás había sido bueno para discutir el precio de las cosas.

—Yo lo que sé es que hace dos años que aquello se prendió fuego, y hasta ahora nadie se ha interesado por comprártelo. Tan provechoso no será el terreno cuando nadie lo ha querido.

Tuvo que morderse la lengua para no soltar algún improperio. Le importaba un jaspé si la operación se cerraba o no, pero prefería mil veces que le arrancaran las uñas de manos y pies que demostrar algún tipo de emoción ante ese hombre.

—No he querido venderlo hasta ahora —se limitó a decir.

Aunque hubiese sido una estupidez aferrarse a un lugar que no le inspiraba más que malos recuerdos, Robert se había dejado guiar durante mucho tiempo por el orgullo y el rencor. Se había empeñado en salir adelante sin necesidad de desprenderse de su patrimonio, demostrándole a todo el que quisiera mirar que era capaz de recomponerse y volver a ser el hombre acomodado en el que se había llegado a convertir.

Ya no se engañaba con semejantes fanfarrias ni les concedía tanto valor a las opiniones ajenas. No necesitaba el dinero; las cosas empezaban a irle medianamente bien, y tal vez por eso había dejado de tener aquella necesidad de probar a todos su valía.

—Mira, Fenton, puedo subir cien libras más —concedió su interlocutor como si le estuviera perdonando la vida—, pero yo que tú dejaría de apretar. No estoy dispuesto a financiar tu salida del hoyo. La tierra vale lo que vale.

La sonrisa que se dibujó en la cara de Robert fue tan dura y llena de desprecio que borró de un plumazo la expresión confiada de su interlocutor.

—La tierra también sirve para enterrar alimañas, Edworth. Vuelve a hablarme en ese tono y sabrás lo profundo que está el hoyo. —Se levantó de la silla que ocupaba en la taberna y le obsequió una mirada ominosa—. Antes que permitir que te la quedes, le prendo fuego al pasto. Hemos acabado.

—Pero...

Salió de allí con paso firme y sin prestar atención a los balbuceos que llegaban desde la mesa. Si Edworth pensaba que iba a quedarse allí sentado escuchando cómo lo insultaba, se había equivocado de cabo a rabo. Eran pocos los que cometían el error de confundir su actitud prudente y reservada con alguna suerte de necedad, pero al parecer era lo que acababa de ocurrir. Lo

habían tomado por tonto.

Apartó a un lado el asunto y se dirigió hacia su casa. La de su madre, en realidad. Había vuelto a residir con ella hacía cosa de dos años. El tiempo más largo de su vida.

Cuando alcanzó el patio trasero, pues había evitado la zona de más tránsito del pueblo, le sorprendió encontrar un lujoso carruaje aparcado a pocos metros de la puerta principal. No era habitual ver ese tipo de vehículos en Halt Brooden Court.

Se detuvo junto a la cerca y estuvo tentado de ir a inspeccionarlo, pero supuso que se enteraría de igual modo de quién era la visita si entraba en casa.

El hogar de los Fenton era exactamente como lady Valery Bissop lo recordaba. Había una gran sala con una pequeña cocina adosada, una mesa de comedor y una zona de estar junto a la chimenea. Los muebles habían cambiado, pero la distribución era la misma, solo que ahora lucía un aspecto mejorado, más elegante, menos humilde.

Ocho años.

Toda una eternidad sin pisar aquel suelo de grava fina, sin recorrer los senderos que dibujaban el paisaje del extenso bosque de Halt Brooden Court.

—No sabe la alegría que me da volver a verla, señora Fenton —confesó—. Está usted tan hermosa como la recordaba.

Era una mujer regordeta y muy pequeñita, aunque bella. Tenía un rostro de facciones suaves y armónicas, unos llamativos ojos azules y cabello castaño, algo desteñido por las canas.

—Bobadas, milady. —Rio ella, encantada—. No soy más que una vieja buena para nada.

—Eso no es cierto —insistió con vehemencia mientras buscaba el acuerdo de su marido, que la había acompañado en ese importante día. Este asintió y ella continuó—. Está usted tal y como la recordaba. ¿Cómo están todos? ¿Dónde están el señor Fenton, y Sarah y Bobby?

Hasta ahí había aguantado sus intentos por ser sutil y contener el ansia por encontrar respuestas. No había esperado en absoluto una calurosa recibida en aquella casa, habida cuenta de que nadie había contestado sus cartas durante el último año. Sin embargo, era lo que había encontrado.

—Oh, querida, el señor Fenton nos abandonó hace muchos años.

—Lo lamento muchísimo, señora Fenton. —Reforzó sus palabras acercándose hasta ella y tomándola de las manos.

—Tuvo una caída muy grave poco después de que usted se fuera, ¿sabe? Aquel matasanos de Golding no atendió a mi Homer como debía, y una infección se lo llevó en el invierno del veintinueve.

—No puedo creer que ya no esté —musitó con nostalgia—. Cuántas cosas me he perdido, ¿verdad? ¿Y Bobby? ¿Se casó? ¿Sigue viviendo en Halt Brooden Court?

Él era el motivo esencial de aquella visita. Valery se había preguntado durante mucho tiempo qué habría sido de su mejor amigo de la infancia. Las respuestas no tardarían en llegar.

—Pues verá, milady...

—Veo que la vida no te ha tratado mal —interrumpió una voz sañuda desde la puerta que daba al patio posterior.

Valery se giró sobresaltada.

—Bobby —murmuró.

El sombrero de ala ancha apenas le permitía adivinar la expresión del hombre que se hallaba en la penumbra de la cocina, pero el cuerpo era muy similar a como lo recordaba; alto y fuerte, con unos brazos morenos y nervudos. La mandíbula cuadrada enmarcaba unos labios finos de tan apretados, que enseguida se abrieron de nuevo para obsequiarle una bienvenida de lo más

inesperada.

—No sabía que tenía invitados para comer, madre. Creo que prefiero un estofado en la taberna. Mándeme un aviso cuando se haya retirado la visita.

Con esa agria intervención, se dio media vuelta y volvió a salir al patio. Valery se llevó las manos al pecho. El rencor que destilaba aquella voz se le había clavado como cientos de agujas. Dunhcan Bissop, su esposo, se acercó hasta ella y le puso una mano sobre el hombro.

—No le haga caso, milady —terció Claudia Fenton—. Si conozco a mi Robert, no se moverá del patio en toda la tarde. Odia el estofado de la taberna.

—Pensé que... Pensé que se alegraría de verme —musitó.

—Tranquila, querida —le contestó Dunhcan—. No tenemos por qué quedarnos si no quieres.

—Pero quiero quedarme, Dunhcan. Deseo saber por qué no ha respondido a ninguna de mis cartas.

—Déjelo un rato a solas, milady —suplicó la señora Fenton con ademán avergonzando—. Necesitará calmarse y, como le he dicho, no va a marcharse a ningún sitio. Vengan. Siéntense un momento, les pondré un tazón de caldo que acabo de preparar.

Después de servirles, se sentó frente a ella. La señora inspiró hondo y fijó la mirada en sus manos unidas sobre la mesa.

—Robert no es el chico que era, milady. La vida... no lo ha tratado demasiado bien. Siempre fue un muchacho alegre, ya lo conocía. Incluso cuando murió mi Homer, que Dios lo ampare, él se comportó como el gran hombre en el que todos esperábamos que se convirtiera. Se hizo cargo del taller de ceras de su padre y lo convirtió en un negocio más próspero de lo que hubiéramos podido soñar. Se casó con una joven hermosa y de buen corazón. Él y Regina se fueron a vivir a las afueras y abrió una nueva fábrica. Más grande. El negocio no hacía más que crecer. Quiso comprarme otra casa más lujosa, ¿saben? Pero estas paredes están llenas de recuerdos —añadió mirando con nostalgia a su alrededor—, y yo no podría haberme marchado de aquí.

—Su casa es hermosa, señora Fenton.

—Como le iba diciendo, le fue francamente bien. Consiguió que las ceras de su padre se vendieran por toda Inglaterra...

—¡Ceras Fenton! —interrumpió Dunhcan como si acabara de descubrir algo importante—. Vaya, las he usado durante muchos años. Entonces... ¿fue su fábrica la que se quemó?

La señora asintió con pesar mientras ella digería la noticia.

—Fue una tragedia. Regina... —Alzó los ojos hacia ellos—. Falleció en ese incendio. La casa estaba adosada al taller de ceras.

—Pobre Bobby —musitó.

—No solo tuvimos que lidiar con la muerte de mi nuera, sino que el incendio lo devoró todo. Perdimos el negocio, y Robert tuvo que trabajar de cualquier cosa para poder liquidar todas las deudas.

Estuvieron en silencio un largo instante. Valery no tenía palabras para consolar a aquella gente. Lamentaba sus calamidades, pero aquello no justificaba el hecho de que no hubiesen querido tener contacto con ella. Había pasado ocho años fuera, huyendo de un tutor ambicioso y malvado que había querido arrebatárle su herencia y hasta su vida. ¿No se habían preguntado qué le había ocurrido?

—Todo esto que me cuenta es horrible, señora Fenton. Imagino que Bobby debió sufrir lo indecible, pero... no logro entender cómo ha cambiado tanto. ¿Por qué parecía estar enfadado conmigo?

—Está enfadado con el mundo, querida. Después del incendio se volvió huraño, callado. Tiene algo por dentro que lo devora. Creo que se culpa por no haber podido salvar a Regina de las llamas, pero no sabría decirle; no le gusta comentar lo que pasó.

—Creo que debería ir a hablar con él —anunció, poniéndose en pie.

—Disculpe la pregunta, señora Fenton —terció Dunhcan—, pero... ¿considera seguro que mi esposa vaya sola a ver a su hijo en este momento?

—Oh, por supuesto —concluyó al instante—. Es un chico malhumorado y necio, pero jamás ha dado una voz más alta que otra. Es inofensivo.

Robert la vio salir por la puerta del patio trasero y concentró la vista en el trabajo de sus manos. Se había retirado junto al pesebre donde bebían las vacas, buscando un poco de calma. Trabajar en cosas mecánicas siempre conseguía distraerlo, de modo que siguió afilando sus gubias contra la piedra instalada en el caballete a medida que ella se acercaba.

—Así que... recibiste mis cartas —lo acusó cuando llegó hasta donde el hombre se encontraba.

—Las quemé —concretó él sin abandonar su labor.

—¿No querías saber qué había sido de mí? ¿Por qué me había marchado?

Robert alzó los ojos grises hacia ella y la observó con fingido desdén. Tanto su expresión como su postura debían denotar lo poco que le importaba todo. Llevaba demasiado tiempo metido en aquella piel como para que no resultara natural.

Se veía tan bonita como la recordaba. Sus mejillas estaban más llenas y su aspecto en general parecía mostrar que había disfrutado de una buena vida. Al contrario que él; los años le habían pasado factura a Robert Fenton. La dura realidad se había encargado de trocar al niño vivaracho e intrépido que ella había conocido en un hombre amargado y huraño. Pudo leer la decepción en aquellos óvalos castaños.

Sin decir una sola palabra, volvió a sus gubias y sopló sobre la piedra para eliminar el residuo que había generado el afilado.

—Estoy aquí, Bobby, ¿es que ni siquiera vas a preguntarme...?

—Nadie me llama así —la interrumpió.

—¿Qué? —preguntó contrariada.

—Que todo el mundo me llama Robert.

Dejó de gustarle cuando su nombre vino acompañado de aquel tono compasivo que todos empezaron a usar después del incendio. Odiaba la piedad, incluso aunque viniera de su propia familia.

—Está bien —transigió ella—, Robert. He venido hasta aquí para contarte...

—No me interesa —volvió a interrumpir.

En un rincón bastante marginal de su cerebro, sabía que estaba siendo arbitrario y cruel, pero era una costumbre tan arraigada que no supo, ni quiso, suavizarla.

Para su sorpresa, la elegante dama se acercó en un par de zancadas y le hizo alzar la cabeza con un semblante lleno de decisión. Su expresión mutó de inmediato cuando se detuvo a observar sus cicatrices. Una viga ardiendo le había caído sobre la cara y sobre el hombro. La línea blanquecina le ocupaba gran parte de la mejilla derecha; desde la sien hasta la comisura de la boca. Le sonrió con desprecio por aquella curiosidad, aunque le sorprendió comprobar que ella no mostraba desagrado ni tampoco morbo. Por el contrario, le ofreció una mirada muy seria y le alzó un poco más la barbilla.

—Apenas tengo un indicio de lo dura que ha sido tu vida. No sé qué amarguras te corroen por dentro. Pero sí te puedo asegurar una cosa, Robert Fenton, yo no soy responsable de ninguna de

ellas. No tienes ningún derecho a tratarme de este modo.

En los dos años que venía durando su particular batalla contra el mundo, nadie se había atrevido a reprocharle nada. Nadie le había hablado con tamaña osadía y firmeza. Tuvo que apartar la vista para ocultar su sorpresa y su admiración. Se levantó, llevó las gubias hasta un cajón que había junto al abrevadero y sacó otras nuevas. Volvió a su asiento en la bala de paja y se quedó parado junto a ella hasta que se apartó. De nuevo volvió a sentarse y comenzó a afilar ese nuevo juego de herramientas.

—¿No quieres escucharme? —inquirió ella, cada vez más irritada.

—Cualquier mujer más inteligente ya lo habría comprendido.

Le supieron mal aquellas palabras nada más pronunciarlas. Quizá se le estaba yendo la mano. Una cosa era ignorarla cuando se limitaba a mandar cartas, pero teniéndola delante, le estaba costando mantener la fachada de indiferencia. Robert empujó aquel sentimiento de añoranza que quiso emerger en su mente y se obligó a permanecer inmune a la tristeza que empezaba a dibujarse en aquel rostro bondadoso y otrora risueño de la que había sido su única amiga.

—¿Cómo has podido guardarme tanto rencor?

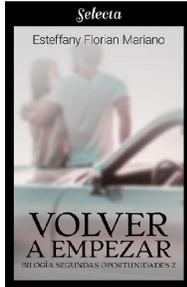
—Ni siquiera me acordaba de ti hasta que te he visto en el comedor de mi casa —mintió con un tono impasible, dedicándole una mirada fija que pretendía demostrar la firmeza de su posición.

Aquello pareció revivir el espíritu combativo de la dama. Ella fijó sus ojos del color del caramelo en él y los entrecerró con arrogancia.

—Doy gracias a Dios por mantenerte con vida —dijo de modo categórico—, porque al menos me queda algo de familia en esta tierra. Yo aún te siento parte de mi familia, Bobby. Antes o después tendrás que escucharme. No tienes una idea de lo terca que soy.

Con esas palabras, desapareció de su vista. Robert volvió a sus gubias, rumiando la indignación que le había provocado aquel carácter tan autoritario. Debería haberlo imaginado. A fin de cuentas, ella se equivocaba. Sí que recordaba lo terca que era.

Las segundas oportunidades no sirven de nada, si no estás dispuesto a volver a empezar.



Dicen que del amor al odio hay un solo paso, quizás eso sea cierto para Tereza y para Eduawd.

¿Qué pasa cuando el destino quiere que sus caminos vuelvan a cruzarse? El pasado parece haberse borrado, y de aquel lazo que los unía quedan solo recuerdos, nostalgia, rencor y deseos de venganza.

Ambos guardan secretos que no están dispuestos a revelar, acciones de las que se arrepienten y dudas sobre el futuro. Pero cuando la mentira que lo separó queda al descubierto, sus vidas vuelven a cobrar sentido una vez más.

Esteffany Florian nació en la República Dominicana, el 25 de Abril de 1992. Estudia Bioanálisis en la UASD (Universidad Autónoma de Santo Domingo).

Escribir poesía, se convirtió en una especie de terapia. Escribía sobre situaciones que le pasaban, que le pasaban a sus amigos y vecinos, sobre temas morales y sobre injusticias. Así fue como nació su primer libro *Media vida en letras* donde narra parte de su vida en rimas, prosas y versos libre. En la universidad se unió al grupo de teatro lo que provocó que incursionara en otros géneros.

Actualmente tiene un blog de literatura donde escribe reseñas, realiza entrevistas a autores y sube reportes sobre actividades literarias.

Edición en formato digital: octubre de 2020

© 2020, Esteffany Florian Mariano

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN:

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice de contenido

[Volver a empezar](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Esteffany Florian Mariano](#)

[Créditos](#)